



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE PSICOLOGIA

11 Psico
n Guinda.

**El Suicidio: Análisis Comparativo de los Enfoques
Sociológico, Psicoanalítico y Psiquiátrico.**

T E S I S

Que para obtener el Título de
LICENCIADO EN PSICOLOGIA

P r e s e n t a :

Graciela Inés Peña Alfaro González

M 0032987



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TRC. 4032

A: C L A U D I O

A mis queridos padres:

EDUARDO PEÑA-ALFARO SAENZ
JOSEFINA GONZALEZ DE PEÑA-ALFARO

A

ALVARO ELIAS

In memoriam de:

JOSEFINA DE LA GARZA DE GONZALEZ

Con especial agradecimiento a mi asesora:

PATRICIA PAZ DE BUEN RODRIGUEZ

I N D I C E

63
25
130
22
53
218
27

I N D I C E

Introducción. 1

Primera Parte

ENFOQUE SOCIOLOGICO DEL SUICIDIO

ENFOQUE SOCIOLOGICO POSITIVISTA

I. LA METODOLOGIA DURKHEIMIANA. 6

 I. Reglas relativas a la observación de los hechos sociales 9

 II. Reglas relativas a la explicación de los hechos sociales 14

 III. Reglas relativas a la comprobación de los hechos sociales 18

II. ENFOQUE DURKHEIMIANO DEL SUICIDIO. 21

 I. Los factores extrasociales 24

 II. Los factores sociales 29

 1. El suicidio egoísta 31

 2. El suicidio altruista 36

 3. El suicidio anónimo 39

III. MEDIDAS PROFILACTICAS 44

IV. ANALISIS CRITICO DEL ENFOQUE DURKHEIMIANO 48

ENFOQUE SOCIOLOGICO MARXISTA

V. ENFOQUE SOCIOLOGICO MARXISTA: LA PERSPECTIVA DE ADAM SCHAFF 61

VI. ANALISIS CRITICO DEL ENFOQUE MARXISTA 75

Segunda Parte

ENFOQUE PSICOANALITICO DEL SUICIDIO

VII.	EL ENFOQUE FREUDIANO	77
VIII.	DIFERENTES EXPLICACIONES ACERCA DE LA GENESIS DEL SUICIDIO	90
IX.	SUGERENCIAS TERAPEUTICAS	116
X.	ANALISIS CRITICO DEL ENFOQUE PSICOANALITICO . .	122

Tercera Parte

ENFOQUE PSIQUIATRICO DEL SUICIDIO

XI.	ENFOQUE PSIQUIATRICO DEL SUICIDIO	130 *
	I. Antecedentes históricos de la psiquiatría	130
	II. Concepción psiquiátrica del suicidio y - sus implicaciones clínicas	135
	III. Análisis crítico de la epidemiología psiquiátrica	142
XII.	ANALISIS CRITICO DEL ENFOQUE PSIQUIATRICO . . .	148
CONCLUSIONES		152
BIBLIOGRAFIA		166

Desde mis ojos insomnes
mi muerte me está acechando,
me acecha, sí, me enamora
con su ojo lánguido.
¡Anda, putilla del rubor helado,
anda, vámonos al diablo!

José Gorestiza

I N T R O D U C C I O N

INTRODUCCION

De acuerdo a cifras de la Organización Mundial de la Salud (OMS), cada día se suicidan en promedio mil personas y - otras tantas fallan en su intento. Otras fuentes registran cifras aún más alarmantes: un promedio de nueve mil intentos de suicidio se producen diariamente en el mundo, llegando a consumarse unos mil setecientos (datos de 1976)¹.

Si bien en la República Mexicana la tendencia suicidológica es una de las más bajas del mundo y ha permanecido en promedio relativamente estable durante varias décadas, un examen más atento pone de manifiesto que en nuestro país, este fenómeno presenta signos de gravedad.

Como lo ha señalado Lara Tapia², ciertos estados de la República registran tasas de suicidio⁺ propias de países desarrollados: Chihuahua, 8.5; Tabasco, 5.6; Sonora, 5.0. Por otro lado, María Luisa Rodríguez-Sala³ comprobó que en la década 1960-1970 se presentó un considerable aumento -casi duplicación- de las tasas de suicidio en el estrato agrícola. Esta significativa elevación de la tasa de suicidios puede -

1. Rojas, Enrique, Estudios sobre el suicidio, Salvat Editores, Barcelona, 1978.

2. Lara Tapia, Héctor, "El suicidio en México. Epidemiología, clínica y sociología", Consejo Nacional para la Enseñanza e Investigación en Psicología en México, Vol. X, No. 1, - junio de 1984, pp. 85-100.

+ Tasas calculadas por cada 100.000 habitantes.

4. Rodríguez-Sala de Gómezgil, Ma. Luisa, Suicidios y suicidas en la sociedad mexicana, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1974.

ser atribuida al incremento en el subempleo y desocupación de los trabajadores del campo, situación que genera inestabilidad emocional y estados de anomia.

Esta autora ha puesto de manifiesto, asimismo, que las mayores tasas de suicidios frustrados se registraron en el decenio de 1940 a 1950, década en la que tuvo lugar un proceso de acelerada migración interna.

Si analizamos la crítica situación económica y política por la que atraviesa nuestro país, la constante migración de grandes núcleos de trabajadores agrícolas a la ciudad, la creciente pauperización del pueblo mexicano y consideramos que estos factores -migración, pérdida de status social, frustración creciente- están asociados a la autodestrucción, habremos de reconocer que el suicidio es un fenómeno cuya vigencia está lejos de agotarse. Por el contrario, todo parece indicar que ésta es una problemática que puede agravarse si no se toman las medidas convenientes.

Sorprende, sin embargo, que un fenómeno de tal magnitud y alcances haya recibido tan poca atención en nuestro país. La escasez de trabajos e investigaciones en torno a este tema revela el reducido interés que ha despertado esta problemática entre los científicos sociales.

Esta situación responde, a mi juicio, a dos factores básicos: el primero consiste en el objeto de estudio y en sus implicaciones dinámicas sobre el investigador. Muchos autores prefieren investigar aspectos de la conducta humana más constructivos que el suicidio porque éste es un tema que, como plantea Velazo Ibarra⁴, "nos enfrenta de una manera

4. Velazo Ibarra, Sergio, Metapsicología del suicidio, tesis presentada en la Facultad de Psicología, UNAM, 1965.

drástica, determinante y brutal ante el problema immanente e inminente a todo ser humano, esto es, la muerte". Es decir, las investigaciones acerca del suicidio provocan a menudo resistencias por parte de los científicos sociales, que viven un rechazo ante una problemática generadora de angustia y protegida por un tabú cultural persistente.

El segundo factor, aun más relevante que el primero, consiste en la carencia de un marco teórico integrado que funja de guía para el análisis y la interpretación del fenómeno. Numerosas investigaciones se limitan a correlacionar el fenómeno de la autodestrucción con algunos indicadores demográficos y sociales (edad, sexo, escolaridad, estado civil, etc.) que, en ausencia de un modelo interpretativo más global no pueden dar cuenta de la génesis y de la etiología del suicidio.

Es imprescindible, por tanto, desarrollar un estudio que sistematice las diferentes teorías que sobre el suicidio se han elaborado y que permita, a partir de un análisis crítico de las mismas, sentar las bases para desarrollar investigaciones más fructíferas.

El objetivo de este trabajo es contribuir, con una primera aproximación, a la sistematización e integración de los principales enfoques que se han desarrollado en este campo -el sociológico, el psicoanalítico y el psiquiátrico- a partir de un análisis comparativo de los mismos.

Para lograr este objetivo, no basta exponer las principales tesis de los autores más representativos en cada campo; se precisa, además, llevar a cabo un análisis crítico de - -

cada uno de los enfoques, análisis que permita señalar las contribuciones y limitaciones que cada uno presenta.

Desde la perspectiva sociológica, analizo dos posiciones: la positivista y la marxista. Durkheim constituye, dentro de la orientación sociológica positivista, el autor que ha estudiado el fenómeno del suicidio con mayor hondura y sistematicidad. El examen de su obra, por tanto, resulta imprescindible.

Con respecto a la sociología marxista, examino las posiciones del teórico polaco Adam Schaff acerca de la alienación. A pesar de que Schaff no realiza investigaciones específicas acerca del suicidio, sus conceptos medulares permiten configurar un marco de análisis sumamente valioso para la comprensión del fenómeno de la autodestrucción.

El análisis sociológico -punto de partida imprescindible para la comprensión de cualquier fenómeno social- no puede dar cuenta, sin embargo, de los móviles que llevan a un individuo a darse a sí mismo la muerte. Para ello se requiere, de forma ineluctable, una teoría psicológica. En este campo -el psicológico- ha sido el psicoanálisis el que ha abordado con mayor profundidad el fenómeno del suicidio.

Para el análisis de esta temática, parto del estudio de las principales tesis freudianas en torno a este tema, examinando posteriormente las contribuciones de los psicoanalistas contemporáneos.

Por último, la inclusión del enfoque psiquiátrico resulta de sumo interés. Ha sido en este campo en donde se han realizado la mayor cantidad de investigaciones y estudios -

epidemiológicos. Por otro lado, han sido predominantemente los psiquiatras quienes se han abocado a la tarea de la prevención del suicidio no sólo en el medio hospitalario sino también a nivel comunitario.

Considerando que el objetivo central de este trabajo radica en la proposición de un análisis comparativo, no se yuxtaponen estáticamente los tres enfoques; por el contrario, se elabora una integración de conceptos y de modelos indicando las posibles convergencias y divergencias que cada uno guarda con los demás.

Es preciso advertir que este trabajo de ninguna manera proporciona una respuesta definitiva al problema de la construcción de una teoría psicosocial del suicidio. Su objetivo es más modesto: estimular el desarrollo de estudios e investigaciones que intenten cuantificar el impacto del suicidio como fenómeno social a partir de un marco teórico sistemático y rigurosamente elaborado.

Primera Parte

ENFOQUE SOCIOLOGICO DEL SUICIDIO

I. LA METODOLOGIA DURKHEIMIANA

I. LA METODOLOGIA DURKHEIMIANA

La obra de Durkheim, El Suicidio, fue publicada en 1897 y constituye la aplicación de la metodología expuesta en su obra Las reglas del método sociológico (1895). Es conveniente, por tanto, hacer una revisión de las principales tesis que sostiene Durkheim en esta obra tanto acerca del objeto de estudio de la sociología como de las reglas metodológicas que se deben observar para permitir el avance de la sociología y garantizar la cientificidad de sus resultados.

Define Durkheim en esta obra a la sociología como la ciencia de las instituciones, de su génesis y su funcionamiento. Institución designa al conjunto de creencias y formas de conducta instituidas por la colectividad. Este conjunto de creencias, formas de actuar y de pensar susceptibles de ejercer una influencia coercitiva sobre las conciencias individuales constituyen los hechos sociales. La sociología sería, por tanto, el estudio del origen, dinámica y desarrollo de los hechos sociales.

Considerando el importante papel que desempeña el concepto de hecho social en la obra durkheimiana, es oportuno precisarlo. Señala el autor, en principio, la carencia de definiciones rigurosas de este concepto. Se lo emplea con una vastedad tal que llega a hacer referencia a casi todos los fenómenos que tienen lugar en la sociedad. Así, el beber, dormir y comer constituirían hechos sociales y la sociología no tendría su propio objeto, confundiéndose con el de la biología y la psicología.

Existen, sostiene Durkheim, un conjunto de fenómenos cuyas características difieren de los que estudian otras ciencias. Constituyen maneras de sentir, de pensar y de actuar que manifiestan una importante propiedad: la de existir independientemente de las conciencias individuales. De esta forma, las creencias y prácticas religiosas, el sistema de signos utilizados para transmitir los pensamientos, los comportamientos sancionados con respecto a los diferentes roles sociales (ciudadano, esposo, padre, etc.), le son dados al individuo desde el exterior y están dotados de un poder imperativo en virtud del cual se le imponen.

Esta coacción ejercida sobre el individuo puede ser directa, es decir, estar legitimada por reglas jurídicas. La violación de las reglas del Derecho, faculta al Estado la imposición de medidas punitivas.

No son los comportamientos regidos por el código del Derecho, empero, los únicos sobre los que la sociedad tiene ascendiente sobre el individuo. Existen muchos otros casos en los que la coacción es menos violenta pero que no por ello resulta menos eficaz. Aluden a todas las convenciones sociales: formas de vestir, de hablar, etc. Concluye Durkheim:

Tenemos, entonces, un orden de hechos que presentan características especiales: consisten en maneras de actuar, de pensar y de sentir, exteriores al individuo y dotadas de un poder coercitivo en virtud del cual se le imponen. Por consiguiente, no podría confundírseles con los fenómenos orgánicos, ya que consisten en representaciones y acciones; ni con los fenómenos psíquicos, que sólo tienen existencia en la conciencia individual y por

ella. Constituyen, pues, una nueva especie, y es a ellos a quienes debe explicarse y reservarse la calificación de sociales¹.

Podría pensarse, asienta Durkheim, que sólo existen hechos sociales donde hay organizaciones definidas. En realidad, existen otros hechos que, sin presentar esta forma cristalizada, se imponen con la misma fuerza al individuo. Son las corrientes sociales. Ejemplifica este concepto haciendo referencia a las emociones que surgen en un grupo -movimientos de entusiasmo, de indignación, de piedad- que no se originan en una conciencia particular y que, sin embargo, afectan a todos sus miembros.

Esta definición del hecho social se aclara al hacer referencia a la educación. Es obvio que la educación tiene - por objeto la imposición de ciertas formas normativas dirigidas a que el niño sienta, actúe y vea de determinada manera. Si a través del tiempo esta coacción se hace menos perceptible, es únicamente porque origina hábitos y tendencias internas que la hacen inútil, reemplazándola.

Es importante dejar sentado que no es la generalidad el índice para caracterizar a un hecho social. No deben confundirse las prácticas de grupo colectivas con sus encarnaciones individuales. Los hechos sociales son generales porque son colectivos, es decir, más o menos obligatorios; pero de ninguna manera son colectivos porque son generales. "Está -

1. Durkheim, E., Las reglas del método sociológico, Ediciones Quinto Sol, México, p. 24.

en cada una de las partes porque está en el todo, y no en el todo porque está en las partes"².

El dominio de la sociología es, entonces, el estudio de los hechos sociales, reconocibles por el poder de coerción externa que ejercen sobre los individuos. Esta coerción se pone de manifiesto en la existencia de alguna sanción determinada o en la resistencia que ese hecho opone a toda empresa individual que tienda a violarlo.

Una última palabra acerca de los hechos sociales: no debe creerse que los hechos sociales se explican a través de la coacción, de la misma forma que Tarde los explica por la imitación. La coacción no constituye la esencia de lo social, únicamente constituye un signo que permite reconocerlo.

I. Reglas relativas a la observación de los hechos sociales

Respecto a la observación de los hechos sociales, la primera proposición metodológica durkheimiana postula que los hechos sociales deben ser tratados como cosas. Esta proposición, que causó gran escándalo en los círculos sociológicos de su época, establece que se debe reivindicar para los fenómenos de la vida social el mismo grado de realidad que se reconoce a los fenómenos del mundo externo. Para Durkheim, una cosa es lo contrario a una idea y constituye todo objeto de conocimiento no susceptible de ser aprehendido únicamente por la inteligencia; sólo se lo puede comprender a partir de observaciones y experimentaciones, partiendo

2. Ibid, p. 27.

desde sus caracteres externos e inmediatamente asequibles a los más profundos y menos visibles. "...es cosa todo lo que está dado, todo lo que se ofrece, o más bien se impone a la observación"³.

Esta regla, sostiene Durkheim, no implica ninguna concepción metafísica. Lo único que reclama es que los sociólogos se enfrenten a su dominio científico con la misma postura que los físicos, químicos o biólogos.

El que la sociología, a pesar de la gran cantidad de estudios sociológicos existentes, no se haya desarrollado, se ha debido a que los sociólogos han abordado su objeto de estudio partiendo de preconiciones --cuya génesis se encuentra en el sentido común-- y no de observaciones y experimentaciones; se ha partido de las ideas de las cosas y no de las cosas mismas.

Para que la sociología pueda avanzar, afirma, es necesario que se formulen nuevas leyes o que, señalando la insuficiencia de las explicaciones existentes, se planteen de una manera novedosa los problemas a partir del análisis de nuevos hechos.

Esto, considera, sólo es posible si se investigan hechos sociales concretos utilizando una metodología que, sin ser una reproducción de aquélla utilizada en las ciencias naturales, pueda colocar a la sociología en su mismo nivel. Se debe, por tanto, penetrar en el mundo social teniendo conciencia de que se está en presencia de lo desconocido; de que se trata de "hechos cuyas leyes son tan insospechadas -

3. Ibid, p. 38.

como podían ser las de la vida cuando la biología no estaba aún estructurada"⁴.

Otra afirmación metodológica, derivada de la anterior y que fue igualmente discutida, fue la que propone que los fenómenos sociales son exteriores a los individuos.

Ya no hay sociólogos que nieguen a la sociología - toda clase de especificidad. Pero por estar com puesta la sociedad solamente de individuos, el sentido común llega a suponer que la vida social no puede tener otro sustrato que la conciencia individual; de otra manera parecería que flotara en el - aire, que planeara en el vacío⁵.

Afirma Durkheim que lo que se admite con facilidad en - las ciencias naturales, resulta inadmisibile en tratándose de hechos sociales; esto es, que la combinación de cualesquiera elementos da origen como síntesis a fenómenos nuevos y que - es preciso considerar a estos fenómenos como producto del to do formado por su unión.

Aplicando este principio a la sociología, es preciso ad mitir que de la síntesis que constituye la sociedad, dimanen fenómenos nuevos, diversos de aquéllos que tienen lugar en - las conciencias individuales, de la misma manera que en bio logía se admite que la vida se encuentra en la célula y no - que sean sus partículas inanimadas de las que está formada - las que se nutren y reproducen.

Los hechos sociales tienen otro sustrato que los hechos psíquicos; no evolucionan en el mismo medio ni dependen de - las mismas condiciones. La mentalidad de los grupos no es la

4. Ibid, p. 13.

5. Ibid, p. 14.

de los individuos. Los símbolos a través de los que se piensa a sí misma, cambian de acuerdo a lo que ella es.

Ahora bien, para asegurar la realización práctica de la regla antes establecida, es necesario atenerse a los corolarios que de ella se desprenden:

1. Descartar sistemáticamente todas las preconiciones. Esto, que no es más que la aplicación de la duda metódica - cartesiana, significa que el investigador debe liberarse de todas las conceptualizaciones propias del sentido común; de be escapar del yugo que una pesada tradición impone al pensamiento.

La dificultad de lograr este primer principio obedece a la tiranía que sobre la razón ejerce el sentimiento. El apasionamiento por ciertas ideas obstaculiza los análisis objetivos e impide el desarrollo científico.

Los sentimientos, afirma Durkheim, si bien ellos mismos constituyen un objeto de la ciencia, no deben situarse por encima de la razón. Son el producto de condiciones históricas, de experiencias humanas conformadas de forma confusa y desorganizada. No pueden, de ninguna manera, conformar el criterio de la verdad científica.

2. La regla anterior, empero, no señala cómo deben encararse los hechos científicos. Advierte únicamente los peligros que entraña el reproducir el pensamiento vulgar.

Abordar los hechos sociales de manera científica, exige que el investigador defina los fenómenos de su interés con la mayor claridad posible. Para ello, debe partir de aquellas propiedades inherentes a los fenómenos y no de ideas de su espíritu.

Al comenzar la investigación, los únicos caracteres -
aprehensibles del fenómeno son los caracteres externos. Son
éstos los que deben considerarse al elaborar las definicio-
nes, y deben incluirse todos los fenómenos que presenten las
mismas características. Así, "...la forma de clasificar los
hechos ya no depende de él (del investigador), de la espe- -
cial disposición de su espíritu, sino de la naturaleza de -
las cosas"⁶.

Lo anterior no significa que el investigador deba recha-
zar los conceptos vulgares. Le pueden servir de indicadores
de la existencia de ciertos fenómenos que, dado que están -
agrupados en la misma clasificación, poseen, presumiblemente,
caracteres comunes.

Durkheim considera que los caracteres externos están re-
lacionados con las propiedades fundamentales, que es a par-
tir de los elementos fenomenológicos -que se ofrecen directa-
mente a los sentidos- como se puede llegar a la esencia de -
los fenómenos.

Partiendo de que el exterior de las cosas nos es dado -
por las sensaciones, puede concluirse que la ciencia debe -
partir de las sensaciones y no de conceptos formados sin -
ella.

Sin embargo, no todos los datos que se ofrecen directa-
mente al observador son confiables. En muchas ocasiones se
corre el riesgo de que estén influenciados de manera signifi-
cativa por la personalidad del observador. Para obviar -
estas dificultades, al elaborar una definición, deben -

6. Ibid, p. 43.

considerarse aquellos caracteres externos que sean lo más objetivo posible; es decir, admitirse únicamente aquellas sensaciones que aparezcan ligadas permanentemente a los fenómenos.

La vida social, sin embargo, está en continua transformación y la mirada del observador encuentra obstáculos para captarla. Aun así, dentro de esta movilidad continua, la vida social se cristaliza sin perder su esencia: los hábitos colectivos se cristalizan en reglas jurídicas, morales, dichos populares, etc. Serán, por tanto, estas formas cristalizadas de la vida social, las que constituirán el punto de partida del estudio de los fenómenos sociales.

II. Reglas relativas a la explicación de los hechos sociales

Respecto a las reglas relativas a la explicación de los hechos sociales, señala Durkheim como un punto de extraordinaria importancia que "se deben investigar separadamente la causa eficiente que los produce y la función que cumplen"⁷.

Para fundamentar este punto, principia señalando el error de muchos sociólogos que consideran haber explicado un fenómeno cuando han dado cuenta de la utilidad y el papel que desempeñan. Mostrar la utilidad de un hecho no significa explicar su origen ni el porqué se manifiesta de determinada manera. Existe cierta independencia entre la naturaleza de un fenómeno y la utilidad que reporta; esto se

7. Ibid, p. 80.

manifiesta claramente cuando se considera que existen ciertos hechos sociales que no sirven para nada porque, o bien - han perdido a través del tiempo toda utilidad y han continuado existiendo por la fuerza de la costumbre, o porque nunca han servido a ningún fin vital. Asimismo, existen casos en que una institución social cambia de función sin cambiar su esencia (dogmas religiosos en la Edad Media y en la actual, por ejemplo).

No únicamente se deben estudiar separadamente estos dos órdenes de problemas -causa y función-, sino que se debe comenzar con la primera, lo que ayudará al conocimiento del segundo. Si bien se admitió la existencia de cierta autono- -mía entre la naturaleza de un fenómeno y su utilidad, es preciso reconocer que el vínculo que une a la causa con el efecto tiene un carácter de reciprocidad. El efecto no puede - existir sin la causa pero ésta a su vez se mantiene por la - existencia de aquél.

La segunda regla metodológica relativa a la explicación de los hechos sociales, señala que la "causa determinante de un hecho social debe ser buscada entre los hechos sociales - antecedentes, y no entre los estados de la conciencia individual". Asimismo, "la función de un hecho social sólo puede ser social, es decir, que consiste en la producción de efectos socialmente útiles"⁸.

El método de explicación finalista -que considera explicado un fenómeno cuando ha determinado la función que - - -

8. Ibid, p. 89.

cumple-, suele ir asociado con análisis psicologistas. Consideran los sociólogos que se adhieren a este tipo de aproximación metodológica que, dado que la sociedad es un sistema de medios creados por los hombres para alcanzar ciertos fines, estos fines sólo pueden ser individuales. Si la sociedad es el producto de las ideas y necesidades del individuo, es en el estudio de éste en donde debe encontrarse la clave para comprender la sociedad.

Este método, advierte Durkheim, deforma y desnaturaliza los fenómenos sociológicos. Los hechos sociales existen por encima de las conciencias individuales, ejercen desde fuera una presión sobre él. La sociología, por tanto, no constituye de ninguna manera un corolario de la psicología; estudia fenómenos propios que difieren cualitativamente de los fenómenos psicológicos.

Es en la sociedad, por tanto, y no en el individuo donde hay que buscar la explicación de la vida social. Si bien está formada por un conjunto de individuos, su asociación conforma una realidad específica, con caracteres propios.

Esto no significa, sin embargo, que el estudio de los hechos psíquicos no sea indispensable para el sociólogo. Si bien la vida social no deriva de la individual, una y otra están estrechamente relacionadas entre sí. Lo importante es que el sociólogo, nutriéndose de los conocimientos psicológicos, los supere y desarrolle un campo de conocimientos propiamente sociológicos.

La tercera regla afirma que "el origen primero de todo

proceso social de alguna importancia deberá ser buscado en la constitución del medio social interno"⁹.

Si la esencia de los fenómenos sociales reside en la asociación, éstos deben variar dependiendo de las formas de dicha asociación. La unión específica que conforman los elementos de una sociedad, constituirá su medio interno.

Aclara Durkheim que los elementos que constituyen este medio son de dos clases: cosas y personas. Entre las cosas no sólo incluye los objetos materiales sino el producto de la actividad social anterior, es decir, el derecho, las costumbres, producción literaria, artística, etc. No es entre éstos, sin embargo, de donde emerge la fuerza motriz que impulsa a las sociedades al cambio. El factor dinámico surge del medio propiamente humano.

Las propiedades de este medio humano que ejercen una acción sobre los fenómenos sociales son de dos tipos: densidad dinámica y densidad material. La primera se refiere al número de individuos que se encuentran en relación no sólo comercial sino también moral. La segunda hace referencia tanto a la densidad poblacional como a la infraestructura -vías de comunicación y de transmisión- que existen en determinada sociedad.

La densidad material generalmente se desarrolla a la par que la densidad dinámica; no obstante, no puede utilizarse como índice para medir la segunda, ya que en ocasiones pueden existir gran cantidad de rutas y líneas férreas que permitan el movimiento comercial pero que no conlleven la fusión de las poblaciones.

9. Ibid, p. 90.

Es este medio social, por lo tanto, el elemento clave - que permitirá comprender la dinámica social. Hasta ahora, - se le ha considerado únicamente como el medio por el que se realiza el progreso, y no la causa que lo determina.

Por otra parte, será también en relación a este medio - por el que se evaluará la función social de los fenómenos so ciales. Obvia señalar que la conveniencia o inconveniencia de las instituciones sólo puede establecerse por referencia a un medio dado, y no de forma generalizada.

III. Reglas relativas a la comprobación de los hechos sociales

Respecto a las reglas relativas a la administración de la prueba, Durkheim sostiene que "a un mismo efecto corresponde una misma causa".

Para demostrar que un fenómeno es causa de otro, se de ben comparar los casos en que estén simultáneamente presentes o ausentes y analizar si las variaciones prueban que - uno depende del otro. Cuando el investigador pueda controlar las variables que intervienen en el fenómeno de su inte rés, el método será el de experimentación. Cuando esto no sea posible, el método a emplear será el de la experimentación indirecta o método comparativo.

En el caso de la sociología, será el método comparativo el conveniente, ya que los fenómenos sociales escapan a la manipulación del investigador.

Dentro de los métodos comparativos, el método de las - variaciones concomitantes es el que ofrece mayor - - -

aplicabilidad a la complejidad de la vida social. Si se comprueba que dos fenómenos aparecen invariablemente ligados - uno al otro y que existe un paralelismo de los valores de ambos, se puede estar seguro de que existe entre ellos una relación. Ciertamente es que se debe aplicar este método con rigurosidad y no comparar variaciones aisladas, sino series de variaciones constituidas regularmente cuyos elementos se relacionen unos con otros de una forma gradual lo más continua posible y que sean además suficientemente extensos.

Es importante indicar, además, que estas leyes no siempre se presentan desde un principio como relaciones de causalidad. Para eliminar la posibilidad de que ambos sean efectos de una misma causa o que entre ambos se interponga un tercer elemento, es necesario interpretar los resultados. Mediante la deducción se tratará de determinar cómo uno de los elementos pudo producir el otro. Posteriormente se verificará el resultado de esta deducción mediante experiencias, es decir, nuevas comparaciones. Si la verificación tiene éxito, podrá considerarse que la relación causal establecida es correcta.

Las comparaciones pueden establecerse tomando hechos de una misma sociedad -o de varias sociedades de la misma especie-, o de varias especies sociales distintas.

Concluye Durkheim esta obra con la caracterización de su método. Considera en principio que es independiente de toda filosofía. Nacida de ésta, la sociología conservó la costumbre de apoyarse en las grandes doctrinas filosóficas. Sin embargo, considera que tiene la suficiente madurez como para constituirse como disciplina autónoma.

Con respecto a las doctrinas políticas, su método exige la misma independencia. Así, la sociología no será ni comunista, ni socialista ni individualista. "Ignorará a estas teorías, a las que no puede reconocer valor científico, ya que tienden directamente, no a expresar los hechos, sino a reformarlos"¹⁰.

En segundo lugar, considera su método como objetivo. - Analizará los hechos sociales como cosas, si bien de una naturaleza especial, como cosas sociales.

Como tercer atributo, considera su método como exclusivamente sociológico. La sociología es una ciencia distinta y autónoma.

10. Ibid, p. 109.

II. ENFOQUE DURKHEIMIANO DEL SUICIDIO

II. ENFOQUE DURKHEIMIANO DEL SUICIDIO

Una vez expuestas las principales reglas metodológicas durkheimianas, procederemos a analizar su obra El Suicidio.

Siendo congruente con su proposición acerca de la forma de observar los hechos, la primera tarea a la que se aboca es a definir el concepto de suicidio, para evitar que "categorías de hechos diferentes se agrupen indistintamente, bajo un mismo término genérico o realidades de la misma naturaleza sean designadas con nombres diferentes"¹.

Define el suicidio como "todo acto de muerte que resulte, directa o indirectamente, de un acto, positivo o negativo, realizado por la víctima misma, sabiendo ella que debía producir este resultado"².

El suicidio, pues, puede tener causas directas o indirectas, es decir, no es preciso que el acto que realiza la persona sea el antecedente inmediato de su muerte. Así, el soldado que corre hacia la muerte al intentar salvar a su regimiento, será considerado un suicida; hasta cierto punto es el autor de su propia muerte. A Durkheim, por tanto, le es indiferente saber si la muerte ha sido aceptada como condición necesaria para alcanzar lo deseado o si ha sido deseada por sí misma.

Entre los casos de suicidio incluye no sólo aquellos actos positivos que llevan a la autodestrucción (envenenamiento, disparo de armas, etc.), sino también las actitudes - -

1. Durkheim, E., El suicidio, UNAM, México, 1983, p. 55.
2. Ibid, p. 60.

negativas que conducen al mismo fin (rehusarse a alimentarse, por ejemplo).

Durkheim, incluyendo en su análisis la conciencia que tiene el suicida de las consecuencias de su acción, elimina aquellos casos en que la persona no tiene la certeza de perder la vida -el hombre que se expone por otro sin tener la seguridad del mortal desenlace; el apático que al no interesarse por nada descuida su salud, etc.- La diferencia entre los dos casos, argumenta el autor, radica en que en el último son menores las probabilidades de morir.

Cabe aclarar, desde ahora, que al incluir en su definición la conciencia que tiene el suicida de las consecuencias de su acción, Durkheim no muestra la sistematicidad y rigor que exige su metodología y que había guiado sus análisis de la intencionalidad del suicida. A este respecto Durkheim señala que "la intencionalidad es una cosa demasiado íntima para que pueda ser apreciada desde fuera y por aproximaciones groseras. Se sustrae hasta a la misma observación interior".³

Sin embargo, no encuentra dificultad alguna en conocer cuándo el suicida tiene la seguridad de perecer. Porque, ¿cómo saber -retomando su ejemplo- que el soldado tiene la certeza de morir y cómo, por otro lado, probar que el apático no tiene conciencia de la gravedad de sus acciones?

Se pregunta el autor si el fenómeno del suicidio compete a la sociología. ¿No estaremos tentados a considerarlo más bien como el resultado de conflictos internos, personales, en cuyo caso sería de incumbencia exclusiva de la psicología?

3. Ibid., p. 58.

Sin rechazar la posibilidad de un análisis psicológico del problema, considera que este fenómeno admite otro tipo de aproximación. En efecto, si en lugar de analizar los sui cidios como fenómenos aislados unos de otros, se les conside ra en su totalidad, analizando la cantidad de suicidios en una sociedad dada en cierto lapso, se descubrirá que esta to talidad constituye un hecho nuevo, "sui generis", con una na tural eza propia, eminentemente social.

La naturaleza social del suicidio se pone de manifiesto al considerar, por un lado, la invariabilidad de las cifras en una misma sociedad por un periodo determinado⁺. Ciertamente es que a veces se producen variaciones, pero éstas obedecen siempre a cambios que ocurren en el ambiente social. La brusca depresión de 1948 en los estados europeos, por ejemplo, produjo en los dos años consecutivos un apreciable aumento en la tasa de suicidios.

Asimismo, esta naturaleza social se revela al reparar en la gran variabilidad en las cifras de suicidios que existen en diferentes sociedades. "Cada sociedad tiene, pues, en determinado momento de su historia, una aptitud definida para el suicidio"⁴.

La cifra de los suicidios constituye, en consecuencia, un hecho nuevo y así lo demuestra tanto su invariabilidad

+ La intensidad del suicidio se mide comparando la cifra glo bal de éstos con la población de todo sexo y edad. A este dato numérico se le conoce como tasa de suicidios y generalmente se le calcula en relación con un millón o 100.000 habi tantes.

4. Ibid., p. 58.

como su permanencia. La primera no sería explicable más que asociándola a un conjunto de caracteres que, aun dentro de - su movilidad, conservan ciertos rasgos estructurales. La se gunda sólo se aclara si se considera que estos mismos rasgos son peculiares de cada sociedad.

El objeto de esta obra es, entonces, el análisis sociológico de este nuevo hecho, la cifra social de los suicidios. En primer término se analizarán las posibles causas extrasociales de gran generalidad, mostrando el débil papel que desempeñan. Posteriormente, se examinarán las causas propiamente sociales, desentrañando su naturaleza, la forma en la que producen sus efectos y sus relaciones con los estados in dividuales.

I. Los factores extrasociales

Las causas extrasociales que estudia son: a) los estados psicopáticos, b) la raza y la herencia, c) los factores cósmicos y d) la imitación.

Al analizar en Las reglas del método sociológico la forma en la que Durkheim pretende comprobar los hechos, se vio que él considera el método comparativo y, dentro de éste, el método de las variaciones concomitantes, como el apropiado - para examinar los hechos sociales. Hicimos notar, asimismo, que estas comparaciones se llevarían a cabo dentro de una - misma sociedad -o de varias sociedades del mismo tipo- o de varias sociedades distintas.

Es este método, entonces, el que utiliza para compro- - bar la posible relación entre los estados psicopáticos y el

suicidio. Haciendo un análisis comparativo dentro de una misma sociedad y de varias sociedades distintas, investiga si el porcentaje de tratornos vesánicos varía a la par que el suicidio y comprueba que esto no ocurre así. Tampoco encuentra ninguna correlación entre el alcoholismo y el suicidio.

Con respecto a la segunda posible causa extrasocial, la raza y la herencia, llega a la misma conclusión: no puede atribuirse el suicidio a causas genéticas. En primer término, hace notar que el concepto de raza es vago y no muestra la objetividad y claridad que una ciencia exige. Ya esto constituye un problema. Pero, aun admitiendo la clasificación racial más aceptada -germánico, celta-romano, eslavo y ural-áltaico-, no se encuentra ninguna correlación entre estos tipos raciales y el suicidio. Efectivamente, el cotejo entre varias razas no muestra una diferencia sustancial en la tasa de muertes voluntarias; por el contrario, pueden observarse dentro de una misma raza y, aun dentro de un mismo país -Alemania, por ejemplo- las más extremas divergencias de una región a otra.

Abundando en la refutación de esta hipótesis, hace notar la imposibilidad de aceptar el factor genético como determinante del suicidio al considerar que la inclinación que tienen los habitantes de cierto país al suicidio, disminuye de manera notable cuando emigran a otro. Asimismo, es inexplicable, partiendo de esta hipótesis el porqué los hombres se suicidan más que las mujeres y el hecho de que la tendencia hacia la autodestrucción aumenta con la edad.

La tercera hipótesis extrasocial establece una relación entre el suicidio y los factores cósmicos. Si los factores individuales por sí mismos no determinan el suicidio, podría ocurrir que ciertos factores cósmicos predispusieran a determinados sujetos a este acto de autodestrucción, de la misma manera que cierto ambiente físico favorece la aparición de ciertas enfermedades que permanecían en estado de germinación.

Entre los factores de esta naturaleza a los que se ha atribuido una influencia suicidógena se encuentran el clima y las temperaturas de las distintas estaciones. Examinémoslos.

Con respecto al clima, el análisis estadístico comparativo de diferentes sociedades no muestra la existencia de correlación alguna.

El análisis de las temperaturas de las diferentes estaciones, sin embargo, parecería ofrecer un punto de apoyo explicativo. En efecto, resulta sumamente interesante observar que casi en todos los lugares y 76 veces por 100, la tasa más alta de suicidios tiene lugar en verano siguiéndole, en orden decreciente, la primavera, el otoño y finalmente el invierno.

A partir de estos datos, algunos autores han concluido que la temperatura tiene un efecto indiscutible sobre el suicidio. Han pensado que el calor ejerce un efecto perturbante sobre las funciones cerebrales que empuja al hombre hacia la muerte. Consideran que la excitabilidad del sistema nervioso producida por el calor origina un exceso de actividad

que encontraría en los actos violentos forma de emplearse. - Esto daría cuenta del hecho de que en el verano aumenten tan to las muertes voluntarias como los homicidios.

Durkheim difiere de estos autores. Apunta en primer - término que el suicidio no siempre se produce en estados de sobreexcitación; por el contrario, frecuentemente es produc- to de estados de depresión profunda. Es imposible, argumen- ta, que el calor actúe de la misma forma en los suicidios - exaltados que en los melancólicos; al estimular el primero, - debería moderar el segundo. El aumento en los primeros se - neutralizaría con la reducción de los segundos, y no se mani- festaría sobre todos de una manera tan notable a través de - los datos de la estadística.

Si la temperatura fuera la causa del suicidio, éste de- bería variar regularmente con ella; esto, no obstante, no - ocurre así. La diferencia entre la tasa de suicidios entre la primavera y el verano -por ejemplo- no es muy grande, - mientras que es muy notable en la temperatura. Asimismo, en un mismo país y en meses cuya temperatura es la misma, se - produce un número proporcional de suicidios muy distinto.

Concluye Durkheim, entonces, que no existe ninguna rela- ción entre la temperatura y el suicidio. Para explicar el - hecho de que la marcha del suicidio asciende a partir de ene- ro continuamente hasta el mes de junio y a partir de aquí - empieza a descender hasta el fin de año, considera los si- - guientes hechos:

a) La existencia de un paralelismo perfecto entre la - longitud media del día y la parte proporcional de cada mes -

en el total de los suicidios. Se observa la misma tasa de suicidios en meses diferentes que tienen días de aproximadamente la misma longitud.

b) En todas las estaciones la mayor parte de los suicidios tienen lugar de día. Los suicidios de la mañana y de la tarde representan cuatro quintas partes del total y los primeros por sí solos representan tres quintos.

c) Los suicidios disminuyen el fin de semana a partir del viernes.

El análisis de estos hechos lleva a Durkheim a establecer una relación entre la intensidad de la vida social y los suicidios. Revisemos sus argumentos.

Si la mañana es el momento que favorece más el suicidio, ello se debe a que es entonces que la vida social se encuentra en su máxima ebullición. Al ser el día más fecundo en suicidios que la noche, es comprensible que éstos aumenten a medida que aquél es más largo.

El aumento en el número de las muertes voluntarias de enero a julio se explicaría, asimismo, considerando que durante estos meses la intensidad de la vida social crece paulatinamente. Es verdad que este aumento responde a condiciones atmosféricas que permiten que el individuo se desenvuelva con más facilidad; pero no es la temperatura la que incide sobre el ritmo del suicidio, sino las condiciones sociales. La hipótesis propuesta da cuenta, igualmente, de la disminución de los suicidios durante el fin de semana pues durante estos días decrece el dinamismo social.

Antes de examinar las causas sociales del suicidio, analiza Durkheim el grado de influencia que sobre el suicidio - pueda ejercer la imitación. La define de la siguiente forma: "acto que tiene como antecedente inmediato la representación de otro acto semejante, anteriormente realizado por otro, - sin que entre esta representación y la ejecución se intercale ninguna operación intelectual, explícita o implícita, que se relacione con los caracteres intrínsecos de los actos re producidos"⁵.

Una vez definido el concepto, estudia la influencia de la imitación a través de la distribución geográfica de los - suicidios y concluye que, si bien el suicidio puede ser con tagioso de individuo a individuo, no influye en la cifra so cial de los mismos. El suicidio contagioso sólo se presenta en individuos fuertemente predispuestos.

II. Los factores sociales

Después de haber analizado las causas extrasociales del suicidio mostrando que no desempeñan un papel importante, - procede Durkheim al análisis de las causas sociales del mis mo.

La primera tarea a la que se aboca es a la constitu- - ción de los tipos sociales de suicidio, es decir, a la consti- - tución de especies de suicidios según sus semejanzas y dife- - rencias.

La conformación de esta clasificación a partir de los - caracteres morfológicos, presenta obstáculos insuperables. -

5. Ibid., p. 175.

Efectivamente, para ello sería preciso conocer una serie de elementos del estado psíquico del suicida que se encuentran fuera del alcance del investigador. Existen, ciertamente, formas de obtener algunos datos que podrían ser de utilidad, -análisis de cartas o notas dejadas por el suicida; examen de los documentos judiciales que registran el motivos de las muertes voluntarias- pero éstos presentan un grado de confiabilidad tan reducido, que no pueden ser tomados en consideración.

No es posible fundamentar un análisis a partir del examen que hace el sujeto de las causas que lo orillan a la muerte, dada la poca objetividad que presentan. Respecto a la estadística de los motivos de suicidio, constituyen fundamentalmente "la opinión que se forman de estos motivos los agentes, frecuentemente subalternos, encargados del servicio de información"⁶.

Lo más conveniente, por lo tanto, es elaborar los tipos sociales del suicidio a partir del estudio de sus concomitancias sociales. Esto es, se examinará, haciendo a un lado - las motivaciones individuales, la correlación existente entre distintos medios sociales -religión, familia, política, grupos profesionales, etc.- y la cifra social de los suicidios. Será sólo posteriormente cuando, volviendo a los sujetos, se investigará la forma en la que las condiciones sociales generales se concretizan en cada uno.

6. Ibid., p. 201

1. El suicidio egoísta

El examen de las diferentes confesiones religiosas y su relación con el suicidio, ofrece datos de sumo interés. Es dentro del grupo de los protestantes en donde se presenta, - sin excepción alguna, el mayor porcentaje de suicidios, con una diferencia que oscila entre un minimum de 20 a 30 por ciento y un maximum de 300 por ciento. El catolicismo ocupa el segundo lugar, siendo los judíos el grupo en donde se presentan menos muertes voluntarias.

Analizando las diferencias de muertes voluntarias entre los protestantes y los católicos, considera que éstas no podrían atribuirse a la naturaleza de los sistemas religiosos. Tanto en el protestantismo como en el catolicismo se condena severamente el suicidio. La única diferencia entre ambos es que en el protestantismo se da cabida con mayor amplitud al libre examen; existe dentro de esta confesión religiosa una mayor tolerancia a la libre interpretación individual de los textos bíblicos. Ahora bien, esta independencia mayor que tienen los protestantes obedece al hecho de que tienen menos creencias y prácticas comunes. Por tanto, si los protestantes se matan más que los católicos, ello se debe a que su iglesia se encuentra menos integrada.

El análisis de la fuerza integrativa de la iglesia permite explicar, asimismo, la inmunidad que gozan los judíos. Efectivamente, es la iglesia judía la que presenta una mayor integración. La hostilidad que han padecido los judíos durante largo tiempo, los ha obligado a establecer entre ellos fuertes lazos de solidaridad; han constituido comunidades -

que presentan una gran unidad, en donde las diferencias individuales son casi imposibles. El judaísmo, regulando de modo minucioso toda la existencia, deja poco margen al juicio individual.

Ahora bien, el libre examen no puede desarrollarse sin ir acompañado del gusto por la instrucción. Si esto es así, debería encontrarse entre los países protestantes una media de escolaridad más alta; asimismo, dado que la instrucción se desarrolla como producto de un debilitamiento de las creencias tradicionales, debería variar a la par que el suicidio.

Durkheim confirma ambas hipótesis. Son los países protestantes en donde se encuentra un promedio de escolaridad mayor. Comprueba, igualmente, que la instrucción y el suicidio varían en razón directa. Las mujeres, por ejemplo, se suicidan menos que los hombres y se sabe que tradicionalmente han quedado al margen de las tareas intelectuales y que han estado más apegadas a las creencias y prácticas tradicionales.

Existe, sin embargo, una excepción que parecería contradecir lo hasta aquí expuesto. Los judíos constituyen el grupo menos propenso al suicidio y, no obstante, entre ellos el conocimiento está ampliamente difundido. Encontraremos la explicación considerando que su interés por el estudio ha respondido a la necesidad de encontrar un punto de apoyo y una forma de sobresalir dentro de sociedades sumamente hostiles; no ha respondido a un decaimiento de sus tradiciones y el desarrollo de sus conocimientos cientificos no ha destruido la fortaleza de sus costumbres.

En resumen, puede postularse lo siguiente: el hombre se suicida a consecuencia del debilitamiento de la cohesión social. Los grupos que ofrecen patrones de creencias y de comportamiento fuertemente consolidados, preservan en gran medida a sus miembros del suicidio. Si éste se desarrolla mayormente en grupos de más alta instrucción, esto no se debe a cierta influencia maligna de la ciencia, sino a la desorganización social previa que ha llevado al hombre a la búsqueda de nuevas respuestas. La religión, por tanto, no preserva a sus miembros de este comportamiento autodestructivo por su naturaleza intrínseca, sino por constituir una sociedad altamente consolidada.

Otro factor que estudia Durkheim en relación al suicidio es la familia, obteniendo los siguientes resultados:

1. Los matrimonios muy jóvenes (de 15 a 20 años), ejercen una influencia agravante en el suicidio, que se manifiesta particularmente en los hombres.

2. A partir de los 20 años, los casados de ambos sexos resultan beneficiados con un coeficiente de preservación⁺ en relación a los solteros.

3. El sexo de los casados que presenta un mayor coeficiente de preservación varía en diferentes sociedades.

4. La viudez disminuye el coeficiente de preservación de ambos esposos pero no lo suprime por completo. Los - -

+ Coeficiente de preservación: llámase así al número que indica cuántas veces menos se matan los individuos de un grupo que los de otro de la misma edad.

viudos se suicidan más que los casados pero, generalmente, - menos que los solteros. El sexo más favorecido en estado de viudez varía según las sociedades.

Questionándose Durkheim acerca del origen de la inmunidad de la que gozan los casados, se plantea dos hipótesis. - La primera consideraría a la familia como el factor preservante del suicidio. La segunda haría referencia a lo que llama "la selección matrimonial", esto es, plantearía que se casan aquellos individuos mejor dotados física y moralmente, permaneciendo célibes aquellos que constituyen la parte más desfavorecida de la sociedad -gente demasiado pobre, enfermos, individuos con taras notorias, etc.-. De acuerdo a esto, el grupo de los solteros estaría conformado por individuos que, desde este punto de vista, serían inferiores a los casados. No sorprendería entonces que, como producto de esta inferioridad, estuvieran más propensos a cometer actos homicidas, entre ellos el suicidio.

Durkheim rechaza esta última hipótesis. No es verdad - que la gente con una posición económica desfavorecida se case menos. Por otro lado, no es entre los enfermos en donde se presentan mayor cantidad de muertes voluntarias. Aún más, los casados muy jóvenes tienen una inclinación al suicidio - que supera a la de los solteros de su misma edad. No ocurriría así si estuvieran desde antes inmunizados en contra del suicidio.

Rechazando esta hipótesis, examina Durkheim la constitución del grupo familiar. Este puede analizarse desde dos - puntos de vista: como grupo conyugal, por un lado, y como - grupo familiar por el otro.

Examinando el coeficiente de preservación entre los casados con hijos y sin hijos, encuentra que entre los primeros se encuentra un índice mucho más alto. Efectivamente, - los esposos de matrimonios fecundos se benefician con un índice de preservación, en relación a los solteros de 2.9, el doble del de los casados sin hijos (1.5). Las mujeres casadas sin hijos, sin embargo, se suicidan el doble que las mujeres solteras de la misma edad.

Ahora bien, la preservación que ejerce la familia sobre el suicidio es más fuerte conforme ésta es más densa, es -- decir, cuando existe una mayor número de miembros que conviven y conforman la sociedad doméstica.

Resumiendo, se puede plantear que la sociedad domésti--ca, al igual que la sociedad religiosa, es un poderoso medio de preservación del suicidio.

El análisis de las condiciones políticas y su correla--ción con el suicidio resulta, asimismo, sumamente interesan--te. Analiza Durkheim cómo, durante las grandes conmociones políticas -guerras, por ejemplo- se produce una disminución en la tasa de suicidios. Esta acción profiláctica de estos -@contecimientos se explicaría porque "avivan los sentimien--tos colectivos, estimulan tanto el espíritu de partido como el patriotismo, la fe política como la fe racional y, conec--tando las actividades a un mismo fin, determinan, al menos -por cierto tiempo, una integración más fuerte de la socie--dad"⁷.

7. Ibid., p. 284.

Se puede concluir, entonces, basándonos en el análisis de estos tres factores sociales, que el suicidio varía en razón directa al grado de desintegración de la sociedad: religiosa, doméstica y política. Cuando el individuo pertenece a grupos débilmente integrados, recurrirá, más que a las normas sociales, a sus propias reglas de conducta.

Si se conviene en llamar egoísmo a aquel estado de conducta en que el yo individual se afirma en mayor medida que el yo social y a expensas de este último, puede denominarse suicidio egoísta al que resulta de una individualización - excesiva producto de una pobre integración social.

2. El suicidio altruista

El suicidio altruista constituye otro grupo dentro de la tipología elaborada por Durkheim. Así como una individualización extrema conduce al suicidio -suicidio egoísta-, una pobre individualización produce el mismo resultado.

Llama la atención el hecho de que entre los pueblos primitivos -contrariamente a la opinión común-, el suicidio se encontraba ampliamente difundido. Algunos ejemplos ilustrarán este punto.

Los guerreros daneses, por ejemplo, consideraban una vergüenza morir en su cama, viejos o enfermos y se suicidaban para evitar esta desgracia. Asimismo, los celtas españoles no toleraban la vejez y se daban muerte antes de alcanzarla; los esperaba, de acuerdo a sus creencias, un sitio paradisiaco en caso de que tuvieran la valentía de quitarse la vida y un terrorífico subterráneo si morían decrepitos y viejos.

Existe una razón religiosa que explica este fenómeno. - Numerosos pueblos creían que era en el jefe de familia en donde habitaba su espíritu protector. Este dios sufría todas las vicisitudes y participaba de la vida del hombre en cuyo cuerpo residía, envejeciendo a su mismo ritmo. No era conveniente, por tanto, exponer a la familia a algún peligro por estar bajo el amparo de un dios senil.

Igualmente, en México los mayas se suicidaban a la menor provocación, quedando bajo la protección de la diosa Ixtab representada, de acuerdo al código Dresden, con una cuerda alrededor del cuello.

En la India las viudas estaban obligadas a matarse al fallecer sus esposos. Lo mismo sucedía a los servidores de un príncipe o un jefe.

Ahora bien, todos estos suicidios que ocurren en las sociedades primitivas no son producto del ejercicio del libre albedrío; son el resultado de la presión que ejerce la sociedad. Estos individuos se quitan la vida para evitar penas religiosas o el deshonor.

Para que la sociedad, analiza Durkheim, orille de esta forma al individuo a la muerte, es preciso que valore muy poco la personalidad individual. En estas agrupaciones el individuo ocupa un lugar sin importancia dentro de la vida colectiva. Se encuentra totalmente absorbido por el grupo y no le es permitida ninguna manifestación divergente de aquéllas que predominan en la colectividad.

Este tipo de suicidio, pues, es producto de un estado en el que el yo no se pertenece, en el que el objeto de su -

vida está situado fuera de él, en el grupo del que forma parte. Se le denominará, entonces, suicidio altruista -en contraposición al suicidio egoísta- y, dado que se presenta como un deber impuesto por la sociedad, se le caracterizará como suicidio altruista obligatorio.

No todos los suicidios altruistas presentan este carácter. En algunos casos la sociedad, sin imponerlos formalmente, los propicia. Se trata de aquellas sociedades en donde se considera digno de admiración aquél que tiene poco apego a la vida y se deshace de ella con soltura. Los denomina - Durkheim suicidios altruistas facultativos y se encuentran - tan íntimamente relacionados con los anteriores, que en ocasiones es difícil establecer la línea de demarcación entre - ambos.

El último tipo de suicidio altruista es el agudo y su - prototipo es el suicidio místico. El individuo considera - que no puede alcanzar su plenitud más que despojándose de su vida y penetrando en otra, más acorde con su esencia. La - India es el sitio clásico de este tipo de suicidios. La impersonalidad se encuentra aquí en su máxima expresión.

Existe una diferencia sustancial entre este tipo de suicidios y el egoísta. Mientras que en este último el sujeto ha perdido todo lazo que lo ate a la existencia y experimenta melancolía y tristeza, en el primero la persona tiene una finalidad situada fuera de esta vida y se mata con esperanza y entusiasmo disfrutando por anticipado los goces que le esperan.

Si bien el suicidio altruista tiene lugar predominantemente en las sociedades primitivas, no deja de presentarse -

en las sociedades modernas. Sus protagonistas son los mártires religiosos -que, si bien no se matan a sí mismos, buscan con desesperación la muerte- y los miembros del ejército.

El alto índice de suicidios que se registra en el ejército puede explicarse considerando el espíritu militar que -priva en estas agrupaciones y el estado de altruismo que implica.

3. El suicidio anómico

Finalmente, el suicidio anómico completa la tipología -durkheimiana. El suicidio anómico tiene como origen una ruptura en el equilibrio de la sociedad provocada por cambios -demasiado bruscos: súbitas crisis económicas o repentina -prosperidad en un país.

Las necesidades en el ser humano -analiza Durkheim- a diferencia de las de los animales, no se encuentran limitadas biológicamente. En el caso del hombre, no es el organismo sino la sociedad la que establece un freno e impone límites a las pasiones. Este poder emanado de la sociedad no puede ser más que moral. El hombre, escribe el autor, "recibe su ley no de un medio material que se le impone brutalmente, sino de una conciencia superior a la suya y cuya imperiosidad siente"⁸.

Sin embargo, cuando la sociedad se encuentra trastornada debido a cambios demasiado abruptos -estados de anomia- pierde esta capacidad reguladora, lo que provoca una ascensión en la curva de suicidios.

8. Ibid., p. 345.

El estado de anomia no es únicamente económico sino también conyugal. Hace resaltar Durkheim cómo en la inmensa mayoría de las sociedades existe un paralelismo entre el divorcio y el suicidio.

Como se analizó, la anomia constituye un estado en el cual la sociedad ha perdido la capacidad de regular las conciencias individuales. En los países en donde el divorcio se halla legalizado, el matrimonio no ejerce la misma función de contención que en aquéllos en donde está proscrito. El divorcio implica un debilitamiento de la reglamentación matrimonial, contiene con menos energía a las pasiones que, al no encontrar diques suficientemente fuertes, tiende a desbordarse. "No es posible encontrarse fuertemente retenido por un lazo que a cada instante puede ser roto, sea de un lado, sea de otro. No es posible dejar de mirar más allá del punto donde uno se encuentra cuando no se siente firme el terreno que se pisa"⁹.

Es precisamente esta falta de regulación de la sociedad, por tanto, la que favorece el suicidio.

No debe entenderse, sin embargo, que el autor hace derivar el suicidio de la legalización del divorcio. Aclara que éste únicamente se legaliza en aquellas sociedades en donde la "conciencia pública" considera conveniente la disolubilidad del lazo conyugal. La anomia matrimonial puede existir sin estar apoyada legalmente. No obstante, es solamente en aquellas sociedades en que ha encontrado un soporte legal en donde produce todas sus consecuencias. Mientras el derecho

9. Ibid., p. 375.

matrimonial no es modificado, sirve para refrenar materialmente las pasiones; impide que la anomia gane terreno, al re probarla.

Antes de abordar las consecuencias prácticas que se derivan del análisis teórico elaborado por Durkheim, es conveniente recapitular sus principales tesis.

El suicidio, afirma el autor, es un fenómeno que obedece a causas sociales. El elemento que constituye la base de su análisis sociológico es la cifra social de las muertes voluntarias. A partir del análisis de la correlación entre diferentes factores sociales y el índice de suicidios, construye una tipología de los mismos.

Sostiene Durkheim que "es la constitución moral de la sociedad la que fija a cada instante el contingente de las muertes voluntarias"¹⁰.

La tendencia de cada grupo social por el suicidio es fruto de las corrientes de egoísmo, altruismo y anomia que fluyen dentro de la sociedad y que se concretizan, a nivel individual, en manifestaciones de melancolía, renunciamentos colectivos o fatiga exasperada. Estas corrientes sociales existen en el grupo antes de afectar al individuo y conformar dentro de él, bajo una forma peculiar, una existencia puramente interior.

El elemento medular del análisis durkheimiano del suicidio lo constituye el estudio del grado de integración social del individuo al grupo el que, a su vez, depende de la estructura de la sociedad en la que se encuentre. En efecto -

10. Ibid., p. 408.

el suicidio egoísta es producto de una excesiva individualización debido a un debilitamiento de los lazos que unen al individuo con el grupo.

El suicida egoísta carece de una razón para soportar las miserias de la vida debido a que no es solidario de un grupo al que ame y con el cual se identifique. "Cuando no tenemos más objetivos que nosotros mismos, no podemos escapar a la idea de que nuestros esfuerzos están destinados a perderse en la nada, puesto que a ésta debemos ir a parar"¹¹. El que el hombre necesite de la ilusión de inmortalidad, está implícito en su constitución moral.

Por el contrario, el suicidio altruista se desarrolla como producto de una situación en la cual el individuo está absorbido por la sociedad de una forma tan considerable, que no desarrolla su individualidad sino de una forma muy rudimentaria.

El suicidio anómico, al igual que el suicidio egoísta, se produce por no estar la sociedad lo suficientemente presente en el individuo. Difiere de éste en que en el suicidio egoísta es a la actividad colectiva a quien hace falta; en el suicidio anómico son las pasiones individuales las que la necesitan. El brusco desequilibramiento de la sociedad impide que ésta, "esa conciencia superior a la suya (del individuo) y cuya imperiosidad siente", reglamente su vida.

De acuerdo a Durkheim, la actividad humana no puede estar libre de todo freno. Así como los fenómenos naturales están regidos por leyes, igualmente el hombre necesita de un

11. Ibid., p. 287.

poder externo que lo sujete y dirija. "No hay más que diferencias de grados y formas entre el mineral y el sujeto pensante. Lo que el hombre tiene de característico es que el freno a que está sometido no es físico sino moral, es decir, social"¹².

12. Ibid., p. 345.

III. MEDIDAS PROFILACTICAS

III. MEDIDAS PROFILACTICAS

Previamente al análisis de las medidas convenientes para enfrentar el problema del suicidio, se pregunta Durkheim si éste puede ser considerado normal o anormal ya que, dependiendo de la respuesta, se convendrá en intentar refrenarlo o aceptarlo tal cual es.

Para el autor la palabra enfermedad designa algo evitable. Si un fenómeno es ineludible, éste será normal aun cuando, en determinadas ocasiones, lastime la conciencia ética. Así, por ejemplo, considera que el crimen es normal debido a que no existe ninguna sociedad en donde no se presente. Pero, advierte, así como el crimen es normal, igualmente es normal que éste sea castigado.

Asimismo, considera el suicidio como un elemento de la constitución normal de la sociedad ya que, hasta donde se sabe, no ha dejado de presentarse en todas las sociedades. El suicidio altruista, por ejemplo, responde a la extrema subordinación del individuo al grupo y, sin embargo, es esta subordinación precisamente la que constituye la base de la disciplina colectiva. Igualmente, toda moral de progreso y perfeccionamiento es inseparable de cierto grado de anomia, así como aquellas sociedades en donde la dignidad humana es el fin supremo favorecen que el individuo se erija él mismo en su propio culto. Existe, por lo tanto, una extrema relación entre la práctica del suicidio y la organización moral de las sociedades.

Ahora bien, si es verdad que estas corrientes de egoísmo, altruismo y anomia van acompañadas de cierto número de

suicidios, ello no implica que deben dejar de existir. Es indispensable que existan esferas en donde se cultive el libre examen así como otras en donde el individuo admita las tradiciones sin crítica alguna, como lo requiere el ejército.

Ahora bien, de que se considere normal una cierta corriente suicidógena, no se sigue que toda corriente de esta naturaleza tenga este carácter. La observación del índice de suicidios en Europa indica que éste ha aumentado de forma notable en los últimos años. No es posible que se produzca una alteración tan grave y rápida sin ser morbosa ya que una sociedad no puede cambiar de estructura con tanta prontitud. Estos cambios, al contrario de lo que se ha pensado, no son el resultado inevitable de la civilización y el progreso, sino de las condiciones muy particulares en las que éstos se han efectuado, esto es, en condiciones de crisis y perturbación.

Si, entonces, se conviene en que el enorme aumento de las muertes voluntarias es morboso, es necesario examinar las medidas que podrían mitigarlo. El autor no coincide con aquéllos que proponen restablecer las penas conminatorias porque considera que no ejercerían sino una influencia secundaria sin alcanzar la raíz del problema. Tampoco considera que la educación sea el medio idóneo ya que ésta no es más que el reflejo de la sociedad. Si el medio social está viciado, la educación lo estará igualmente. Se preci-sa, entonces, llegar a la esencia del problema.

Durkheim no analiza el suicidio altruista debido a que la corriente de la que procede está en constante decadencia. Centra su atención en el suicidio egoísta y el anómico.

El suicidio egoísta se origina, como se ha señalado en diversas ocasiones, debido a que la sociedad no tiene la suficiente integración como para mantener a todos los individuos bajo su dominio. La solución, por tanto, sería dar a los grupos sociales la suficiente consistencia para que mantengan firmemente al individuo y que éste se sostenga mediante ellos. Mas, ¿qué tipo de grupos serían los adecuados para realizar esta función?

Ciertamente no es la sociedad política, ya que se mantiene demasiado alejada de los individuos como para poder actuar sobre ellos adecuadamente. La sociedad religiosa tampoco puede desempeñar esta función. Si bien pudo hacerlo en épocas pasadas, en la actualidad no existen las condiciones suficientes para que esta influencia pueda darse. La religión no puede actuar de forma benéfica sobre el individuo más que impidiéndole pensar libremente. No obstante, en el presente no es posible imponer límites a la razón.

Asimismo, la familia tiene una dudosa virtud profiláctica. Los cambios que se han operado en ella reducen su función preservadora. Apenas se ha constituido, se dispersa así que la mayor parte del tiempo se reduce a la pareja conyugal y se ha visto que ésta no tiene más que una débil acción sobre el suicidio.

Ninguno de estos grupos, por ende, puede constituir el remedio a este mal. Empero, es preciso recordar que éstos debieron su eficacia al hecho de constituir sociedades bien

integradas, es decir, sin ningún exceso. Por tanto, cualquier grupo que llene estos requisitos, puede hacerle frente al problema del suicidio.

Durkheim considera que el grupo ideal lo constituiría el profesional o de corporación. En efecto, en éste se dan las condiciones reales para que existan intereses y sentimientos sociales. El grupo profesional tiene la ventaja de que su dominio se extiende a la mayor parte de la existencia. Puede, entonces, ejercer su influencia en todos los pormenores de la vida y orientarlos en un sentido colectivo. Este grupo profesional debería constituirse fuera del Estado aunque sometido a su acción.

De esta forma, no sólo se combatiría el suicidio egoísta sino también el anómico. La anomia procede de una carencia en ciertos puntos de la sociedad de fuerzas colectivas que reglamenten la vida social. El grupo profesional podría igualmente regular las funciones sociales, particularmente las económicas. Por ser un grupo, dominaría desde bastante altura a los individuos y, al mismo tiempo, estaría lo suficientemente cercano a éstos para representar sus intereses.

El suicidio que procede de la anomia conyugal, empero, no podría encararse de esta manera. El único medio de disminuir el número de muertes voluntarias de esta naturaleza, sería haciendo más indisoluble el matrimonio.

Hasta aquí, la exposición de la metodología y la obra durkheimiana de El suicidio. Procederemos a elaborar el análisis crítico de las mismas.

IV ANALISIS CRITICO DEL ENFOQUE DURKHEIMIANO

IV. ANALISIS CRITICO DEL ENFOQUE DURKHEIMIANO

La obra de Durkheim constituye una significativa y valiosa aportación tanto a la sociología como a la psicología social. En una época en que se consideraba que la única realidad susceptible de ser estudiada científicamente era el individuo, su énfasis en la objetividad de los hechos sociales resulta verdaderamente revolucionario.

Su insistencia en explicar los fenómenos sociales mediante el análisis de los hechos sociales, contrasta con las teorizaciones de sociólogos como Gabriel Tarde (1920) y Gustave Le Bon (1895), quienes pretendieron dar cuenta de los fenómenos sociales desde posiciones psicologistas. Tarde consideró que la clave de la explicación residía en la imitación y Le Bon en el contagio¹.

A pesar de la brillante contribución durkheimiana, ciertos principios metodológicos de su obra pueden someterse a crítica. Comenzaremos analizando su proposición de que los hechos sociales deben ser tratados "como cosas", "desde fuera". Durkheim no se pregunta si esto es epistemológicamente posible. Confía en que la aplicación de la duda metódica - cartesiana bastará para abordar los hechos de forma directa, sin mediaciones de preconociones que oscurezcan la realidad. Veámos si esto es posible.

Afirma el autor que el carácter pasional del investigador incide en la forma de explicar y concebir la realidad. Esta intrusión del sentimiento, sostiene, ha constituido un

1. Pariguin, Psicología Social, Edit. Pueblos Unidos, México, D. F., p. 13.

obstáculo en el desarrollo de todas las ciencias. Durante mucho tiempo estos sentimientos, cimentados en principios de carácter religioso y moral, estorbaron el desarrollo de la física. Mas, si pudieron ser desterrados de esta disciplina, igualmente lo pueden ser de la sociología, gracias a la madurez a la que ha llegado².

Sin embargo, no basta que el científico intente abordar los hechos sociales desde una posición de total imparcialidad pues "con frecuencia aborda los hechos con las categorías y los preconceptos implícitos e inconscientes que le cierran de antemano el camino de una comprensión objetiva"³.

Durkheim concibe el proceso de conocimiento de forma mecanicista. Considera que el objeto de conocimiento actúa sobre el aparato perceptivo del sujeto quien es un agente contemplativo y pasivo. El producto de este proceso constituirá, por tanto, un reflejo o copia del objeto. La pasividad que atribuye al sujeto cognoscente se pone de manifiesto al aseverar que la forma en la que el investigador clasifica los hechos "ya no depende de él, de la especial disposición de su espíritu, sino de la naturaleza de las cosas"⁴.

Así, por tanto, el autor considera que la elaboración de conceptos y categorías está ya dada en la realidad; el papel del investigador consistirá en aprehender esta realidad-

2. Durkheim, E., Las reglas del método sociológico, op. cit. p. 42.

3. Goldman, Lucien, Las ciencias humanas y la filosofía, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1972, p. 27

4. Durkheim, E., Las reglas del método sociológico, op. cit. p. 43.

a través de sus sentidos. Ciertamente es que Durkheim establece una distinción entre los caracteres superficiales y los esenciales de los fenómenos. Estos últimos tienen un poder explicativo mayor pero sólo pueden ser alcanzados partiendo de los caracteres exteriores, inmediatamente visibles.

Si partimos de que el hombre es el conjunto de sus relaciones sociales, que se distingue de los animales no sólo de forma cuantitativa -como postulaba Durkheim- sino cualitativamente, en cuanto es el producto y productor de su cultura, podremos extraer algunos principios relativos a la naturaleza del proceso de conocimiento.

En primer término, la dinámica perceptual del hombre está ligada a un lenguaje y a un sistema conceptual que recibe de la sociedad. Sus juicios están condicionados por un sistema de valores que poseen un carácter de clase. El sujeto-cognoscente, por tanto, no registra de forma pasiva las sensaciones originadas por el medio ambiente; constituye, por el contrario, el aparato que dirige, regula y transforma los datos que éste le proporciona⁵.

El sujeto cognoscente, por lo tanto, "transfigura" la información que recibe a través de un complejo mecanismo de determinaciones sociales: el lenguaje en el que piensa, su situación de clase, sus motivaciones conscientes e inconscientes y, fundamentalmente, por su práctica social sin la cual el conocimiento no sería factible.

Por lo tanto, no es posible que el investigador estudie los fenómenos sociales "desde fuera". El científico no se -

5. Schaff, Adam, Historia y verdad, Edit. Grijalvo, México, -1974, p. 94.

M-0032987

encuentra al margen de la realidad que estudia; forma parte de un grupo social con el cual se identifica y cuyos valores adopta y su proceso de conocimiento constituye una actividad sensorial humana práctica.

Cuando el autor postula que hay que tratar los hechos sociales como cosas, desea ante todo subrayar el hecho de que éstos tienen una realidad propia, que el todo es distinto a la suma de sus partes, que la mentalidad de los grupos es diferente a la de los individuos. Esto constituye indiscutiblemente un progreso con respecto a muchas de las conceptualizaciones sociológicas de su época. Sin embargo, afirma igualmente que "no hay más que diferencias de grado y formas entre el mineral y el sujeto pensante. Lo que el hombre tiene de característico es que el freno a que está sometido no es físico, sino moral, es decir, social. Recibe su ley no de un medio material que se le impone brutalmente, sino de una conciencia superior a la suya y cuya imperiosidad es consciente"⁶.

Esta cita ilustra con suma claridad la concepción positivista y ahistórica del autor. En efecto, Durkheim desconoce que el hombre no sólo es el fruto de la evolución biológica, sino también y fundamentalmente, un producto histórico y social. Ignora que ha sido la práctica humana, el proceso de transformación del hombre de la realidad objetiva para la satisfacción de sus necesidades, lo que ha permitido que él mismo se transforme, se autocree⁷. Es absurdo, por tanto, -

6. Durkheim, E., El suicidio, op. cit. p. 345.

7. Schaff, Adam, La concepción marxista del individuo, Edit. Akal, p. 105.

plantear distinciones de grado entre los objetos físicos y el hombre. Mientras que los fenómenos naturales están sujetos a leyes cuya regularidad es independiente de la voluntad humana, los fenómenos sociales no son sólo el producto de factores objetivos, sino de la interacción entre éstos y los factores subjetivos⁸, es decir, son hechos en cuya producción intervienen decisivamente los hombres en la medida en que toman conciencia de ellos y actúan para producirlos.

El desarrollo social no constituye una mera transición de etapas "evolutivas"; es producto de la dialéctica generada por las acciones de los individuos reales que hacen la historia en y a través de sus relaciones mutuas.

La determinación social del hombre, entonces, no se realiza a través de una "conciencia superior". Tiene lugar en el conjunto de las relaciones sociales y la ideología que domina en cierta sociedad no es más que la ideología de la clase dominante.

Esta determinación del hombre por la sociedad, esta coerción que ejercen los hechos sociales sobre él de forma casi fatal de la que habla Durkheim -posición que concibe al individuo humano como irremisiblemente sujeto a esta "conciencia superior", a este "poder superior al suyo" que se le impone-, se pone de manifiesto asimismo en su definición de institución. La define como el conjunto de formas de actuar y de pensar que el individuo halla preestablecidas y cuya transmisión se efectúa a través de la educación.

8. Hiebsch, H., "Proyectos y deberes de la psicología social" en: Problemática científica de la psicología actual, Edit. Orbelus, p. 170.

Esta definición contiene los siguientes elementos:

a) La institución se pone de manifiesto por comportamientos y modos de pensamiento y no por la disposición de las relaciones de producción.

b) Estos comportamientos y formas de pensar constituyen una herencia del pasado, un gobierno de los muertos sobre los vivos.

c) Esta herencia de modelos culturales es una consecuencia de la educación y no de la lucha de clases.

"Asimilada a la sola instancia de lo instituido, se priva a la institución del dinamismo que le confiere la instancia complementaria y opuesta de lo instituyente"⁹. La institución se convierte en sinónimo de orden establecido, mientras que el grupo informal representa la negación y la anarquía.

Indiscutiblemente, no se puede soslayar la importancia de lo instituido, es decir, del sistema de valores y modelos culturales que se le imponen al hombre. Tampoco se pretende menospreciar la necesidad de formas institucionalizadas más o menos estables. Sin embargo, es de primordial importancia considerar asimismo las quiebras que realizan las fuerzas instituyentes provenientes tanto del movimiento obrero como de todos aquellos grupos que, a partir de una crítica del orden social vigente, luchan por el establecimiento de una realidad distinta, con valores totalmente divergentes a los establecidos.

9. Lapassade y Loureau, Claves de la sociología, Editorial-Laia, 1981, p. 195.

La explicación de los hechos sociales, apunta Durkheim, debe ser buscada entre los hechos sociales que le anteceden y no en la conciencia individual. El origen de todo proceso social debe ser buscado en la constitución del medio social interno. Como ya se mencionó, éste está constituido por cosas y personas. El medio humano está conformado por la densidad dinámica -número de individuos que entran en contacto no sólo comercial sino también moral- y la densidad material -número de habitantes por unidad de superficie y desarrollo de vías de comunicación y transporte-.

Considera Durkheim que la fuerza que domina al hombre y ante la cual se inclina es natural. "No deriva de un arreglo convencional que la voluntad humana ha sobreagregado completamente a lo real; surge de las entrañas mismas de la realidad, es el producto necesario de causas dadas". Y añade más adelante: "La vida social es natural ... (porque) deriva directamente del ser colectivo, que es en sí mismo, una naturaleza sui generis"¹⁰.

Si bien Durkheim pretende explicar los hechos sociales estableciendo una relación con el conjunto social, elude el análisis de conjunto. No aborda esta totalidad y sus transformaciones como paso previo al entendimiento de las partes. No analiza su génesis, desarrollo y, fundamentalmente, las contradicciones que contiene en su interior que pueden determinar su desaparición o transformación.

Por otro lado, el autor no considera que la interdependencia entre las partes de la sociedad es diferencial. - - -

10. Durkheim, E., Las reglas del método sociológico, op. cit., p. 96.

Ignora que la determinación en última instancia de la sociedad proviene de la estructura económica. Al constreñir su análisis teórico de los hechos sociales al grado de contacto que los individuos mantienen entre sí, no sólo empobrece, sino que deforma la realidad social.

Esta visión deformada de la sociedad ejemplifica la reificación de las relaciones sociales bajo el capitalismo. Constituyendo un sistema en donde predominan las relaciones de consumo, las relaciones sociales entre las personas se convierten en relaciones entre cosas. Concretamente, esta teoría asimila en su interior los rasgos de la producción y el intercambio capitalistas, en donde los individuos, aislados e intercambiables entre sí, se relacionan externamente de acuerdo con las leyes del mercado¹¹.

Es preciso, sin embargo, señalar que la distinción que efectúa Durkheim entre la explicación causal y la funcional de los hechos sociales, privilegiando la primera sobre la segunda, constituye un avance de singular importancia que, desafortunadamente, no fue retomado por otros funcionalistas como Parsons, Malinowski, Evans-Pritchard y otros, quienes se inclinaron por la explicación teleológica¹².

La reificación de las relaciones sociales se revela así mismo en el criterio adoptado por el autor para comprobar la veracidad de las hipótesis. Como ya se señaló, éste - - -

11. Gould, Carol, "La ontología social de Marx y la metodología en las ciencias sociales" en: La filosofía y las ciencias sociales, Edit. Grijalvo, 1976, p. 129.

12. Díaz Polanco, Héctor, Contribución a la crítica del funcionalismo, manuscrito de un seminario de El Colegio de México, p. 9.

consiste en la utilización del método de las variaciones concomitantes logrado mediante un análisis estadístico exhaustivo y riguroso. Este enfoque reduce la realidad social a aspectos meramente cuantitativos. Considera que es la cuantificación de los datos de la experiencia el criterio para acceder a la verdad.

Sin considerar que los datos estadísticos casi nunca dan cuenta de la complejidad de la experiencia humana y de la práctica social, el énfasis puesto en el método deductivo confirma la filiación positivista del autor y su teoría del método científico dirigido a la acumulación de hechos "positivos".

Finalmente, consideraremos la afirmación durkheimiana de la neutralidad axiológica de su teoría y su independencia de todo tipo de doctrinas políticas. "...ignoraré a estas teorías a las que no puede reconocer valor científico, ya que tienden directamente, no a expresar los hechos, sino a reformarlos"¹³.

En principio, es importante señalar que la neutralidad valorativa positivista tiene su fundamento en la aparente neutralidad valorativa de la relación económica de intercambio en el capitalismo. En realidad, sostener la neutralidad ideológica de la ciencia no hace más que encubrir la aceptación de las relaciones de producción y de poder dominantes;

13. Durkheim, E., Las reglas del método sociológico, op. cit., p. 209.

constituye, como lo señala Sánchez-Vázquez¹⁴ una ideología, la ideología de la "neutralidad ideológica de las ciencias sociales".

Como ya se mencionó, el concepto clave en Durkheim para explicar el suicidio, es el grado de integración del individuo a la sociedad. Detengámonos en el análisis de este concepto.

Durkheim otorga al concepto de integración una valoración virtualmente positiva ya que disminuye la tendencia al suicidio. Esta posición, sin embargo, ha sido impugnada aun dentro de las filas del positivismo por autores como Coseriu, Simmel y Dharendorf¹⁵. Otros autores, desde una perspectiva no positivista, atribuyen al concepto de integración connotaciones negativas, destacando el proceso de normalización, enajenación y cosificación que este proceso conlleva. -- Cooper, por ejemplo, plantea que la socialización primaria en la familia y la consiguiente socialización secundaria en la sociedad extrafamiliar de la escuela, la universidad, el sindicato, etc., induce a un conformismo enajenante. "...este proceso de normalización se funda en el deseo de una vida fácil, uniforme, progresivamente acomodada, segura, feliz -- que sin duda alguna es una especie de muerte".¹⁶ Asimismo, Martini plantea que "el individuo sometido a las presiones --

14. Sánchez-Vázquez A., "La ideología de la neutralidad ideológica de las ciencias sociales" en: Balcárcel, Bunge, et al., La filosofía y las ciencias sociales, op. cit., pp. 287-313.

15. Pitch, Tamar, Teoría de la desviación social, Editorial Nueva Imagen, México, 1980, pp. 133-142.

16. Martini, Claudio, El fin del manicomio, Ediciones Nueva Sociología, México, 1983, p. 153.

normativas de las instituciones sociales se convierte en un ser conformista; su normalidad es el deseo de una existencia que configura una muerte en vida y que provoca la trivialización y el empobrecimiento de la experiencia"¹⁷.

Por estas razones es preciso señalar que el concepto de integración se tiñe de connotaciones valorativas en función de la teoría de la sociedad que se adopte. Las teorías que analizan la sociedad de forma estática y que consideran los procesos sociales como el resultado de un desarrollo equilibrado y "armonioso" -teorías funcionalistas- otorgan al concepto de integración un significado positivo y una función central en el equilibrio del sistema social. Por el contrario, para las teorías que profundizan en el análisis de los desequilibrios estructurales y en la dinámica de la lucha de clases, la integración social no representa más que una de las estrategias de penetración de la clase dominante destinada a permear el conjunto social con sus principios normativos.

Este concepto de integración encubre la presencia de relaciones sociales basadas en el principio de la explotación, la plusvalía, la producción de mercancías. No es posible, por consiguiente, hablar de la integración como un elemento neutral puesto que es sinónimo de adaptación a las pautas, valores, códigos, reglas y relaciones sociales de producción propias del sistema capitalista. Por lo tanto, el poder que ejerce la "conciencia superior" encubre, de -

17. Martini, Claudio, El fin del manicomio, Ediciones Nueva Sociología, México, 1983, p. 153.

hecho, las estrategias y las tácticas de mando de la clase dominante que apuntan a la elaboración de una ideología del consenso precisamente para enmascarar su hegemonía clasista.

Por último, analizaremos la propuesta metodológica durkheimiana para afrontar el problema del suicidio: la constitución de grupos profesionales que presenten una gran cohesión y que defiendan los intereses de los trabajadores. Este grupo, sostiene Durkheim, se constituiría fuera del Estado aunque sometido a su acción.

Ahora bien, la propuesta de la constitución de un grupo laboral supeditado a la influencia moderadora del Estado, no considera el papel que históricamente ha desempeñado éste en las sociedades clasistas. "Como el Estado nació de la necesidad de enfrentar los antagonismos de clase, y como, al mismo tiempo, nació en medio del conflicto de esas clases, es, por regla general, el Estado de la clase más poderosa, de la clase económicamente dominante, que, con ayuda de él, se convierte también en la clase políticamente dominante, adquiriendo con ello nuevos medios para la represión y la explotación de la clase oprimida"¹⁸.

Durkheim ignora, por lo tanto, que la conformación de un grupo profesional de esta naturaleza, más que representar los intereses de los trabajadores, configuraría una organización dirigida a la integración de los trabajadores a la política del Estado.

18. Engels, F., "El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, en: Marx y Engels, Obras Escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1970, p. 346.

Finalmente, es importante señalar que la obra de Durkheim sobre el suicidio constituye una brillante aportación a la comprensión de este fenómeno. Su estudio abre un amplio horizonte de investigaciones en el terreno sociológico que, hasta ahora, no ha sido superado. En la actualidad una gran cantidad de escalas que intentan medir los riesgos suicidas están basadas en sus descubrimientos. Es urgente, por consiguiente, continuar el examen de este fenómeno desde la perspectiva sociológica intentando superar las limitaciones que, por razones de índole histórico e ideológico, presenta esta obra.

ENFOQUE SOCIOLOGICO MARXISTA

V. ENFOQUE SOCIOLOGICO MARXISTA: LA PERSPECTIVA

DE ADAM SCHAFF

V . ENFOQUE SOCIOLOGICO MARXISTA: LA PERSPECTIVA DE
ADAM SCHAFF

El análisis sociológico del suicidio obliga, además de la consideración del enfoque positivista, a examinar la perspectiva marxista. Mas, ¿permite el materialismo histórico - teoría de la historia y de la sociedad- enfrentarnos al problema de la autodestrucción y ofrecernos una explicación de este fenómeno?

Muchos teóricos impugnadores del marxismo le han reprochado a éste el haber diluido al individuo en la historia; - consideran, asimismo, que esta teoría ha subestimado el factor psicológico en el desarrollo social¹.

Otros, como el psicólogo marxista francés Le Ny² (1963), consideran que existe un vacío teórico dentro del materialismo histórico que impide explicar cómo las condiciones económicas, políticas, ideológicas, etc., determinan formas concretas de pensamiento y acción de un individuo o grupos de individuos.

Por otro lado, los intentos de ciertos teóricos marxistas de conformar un cuerpo de conocimientos que partan del materialismo histórico y dialéctico y den cuenta de la subjetividad del individuo, son verdaderamente desalentadores. - Autores como Hiebsch³ (de Alemania Democrática) y Le Ny

1. Barth, "La filosofía de la historia como sociología". - Citado por Pariguin, Psicología social, op. cit. p. 35.
2. Le Ny, "El materialismo y la psicología social" en: Psicología y materialismo dialéctico, Edit. Granica, p. 59.
3. Hiebsch, Introducción a la psicología social marxista, - Universidad de la Habana, Facultad de Psicología, p. 170.

parten de la teoría del reflejo para dar cuenta de la complejidad del psiquismo, afirmando que éste es producto de la actividad del cerebro y constituye el reflejo en la conciencia individual y colectiva de las condiciones objetivas. Este planteamiento constituye una deformación de los postulados marxistas; pretendiendo mantenerse dentro de una línea "ortodoxa", distorsionan los principios de la teoría de la que pretendidamente parten, cayendo en análisis mecanicistas⁴.

Sin embargo, no precisamos analizar a muchos de estos continuadores del marxismo. La teoría marxiana contiene un concepto fundamental que nos permitirá establecer un importante marco de análisis y explicación del fenómeno objeto de este estudio. Se trata del concepto de alienación.

Muchos han sido los autores que han profundizado en el estudio de esta temática. Entre ellos, el filósofo marxista polaco Adam Schaff⁵ ha logrado una brillante reconstrucción de la teoría marxiana de la alienación. Al igual que Marx, posee Schaff la virtud de valorar muchas de las aportaciones que sobre este fenómeno han hecho los teóricos "burgueses", lo que le permite elaborar un amplio y enriquecido examen que posibilita la comprensión y el conocimiento de los alcances de esta teoría. Por las razones arriba mencionadas, par tiré del estudio de este autor para abordar el fenómeno de la alienación.

4. Gómezjara, F., "La otra psicología" en: Alternativas a la psiquiatría, Ediciones Nueva Sociología, México, 1982, pp. 46-49.

5. Schaff, Adam, La alienación como fenómeno social, Editorial Grijalvo, México, 1979.

Resulta interesante constatar que a partir de la segunda guerra mundial empezaron a proliferar estudios del fenómeno de la alienación en círculos no marxistas. Por otro lado, precisamente en los círculos marxistas se presentó cierta indiferencia, cuando no franca aversión, hacia esta teoría. Lo primero resulta comprensible si consideramos que una teoría se convierte en una "moda", cuando aumentan en la realidad objetiva los fenómenos que aquélla explica. Es decir, si consideramos que a partir de la primera guerra mundial y fundamentalmente después de la segunda, se produce un colapso de la sociedad que afecta el ámbito del sistema de valores tradicionales, la religión, las relaciones interhumanas y que originó una infinidad de problemas humanos, es comprensible que surgieran una gran cantidad de "filosofías del hombre" que recogían y expresaban el sentimiento de desolación y desesperanza que experimentaba el ser humano a consecuencia de los estragos producidos por las guerras. Estas filosofías encontraron un punto de apoyo teórico en la teoría marxista de la alienación.

Por otro lado, las controversias que la teoría de la alienación suscitó entre los marxistas, obedecieron ante todo a sus implicaciones para la praxis. Esto es, el reconocimiento de que la teoría de la alienación constituye una parte medular de la teoría marxiana, obligaba al reconocimiento de la enajenación en el socialismo como un problema de importancia central, lo que minaba las bases de la concepción estalinista.

La alienación -o enajenación- hace referencia a la relación que se establece entre el hombre y su actividad, es -

decir, designa la pérdida del control del hombre de sus propios productos. La alienación de sí mismo, por otro lado, - se refiere a la enajenación -separación- que sufre el hombre tanto con respecto a sí mismo como con sus semejantes.

En el primer caso -alienación- nos encontramos ante una relación objetiva, puesto que se enajenan los productos del trabajo humano, independientemente de lo que el hombre piense o sienta acerca de esto. En el caso de la alienación de sí mismo, nos encontramos ante una relación subjetiva, puesto que es el hombre quien se enajena de la sociedad o de su propio yo, y la enajenación se manifiesta en los sentimientos, vivencias y actitudes del hombre, esto es, en sus reacciones subjetivas.

Con respecto a la alienación de sí mismo, propone Schaff una diferenciación semántica para clarificar con respecto a qué se encuentra el hombre alienado e incluye tres categorías dentro del concepto general de alienación subjetiva (alienación de sí mismo). Estas categorías son: alienación del yo, cuando el hombre pierde el sentimiento de identidad consigo mismo o cuando juzga de forma negativa sus propias acciones y posibilidades; alienación de la propia vida, cuando el hombre considera que su actividad vital carece de sentido y alienación de la propia actividad cuando la actividad humana se convierte en mercancía sometándose a las leyes del mercado.

Ahora bien, para el examen del fenómeno del suicidio, nos interesa fundamentalmente el estudio de la alienación subjetiva. Sin embargo, dada la relación e interacción recíproca que se establece entre la alienación subjetiva y la -

objetiva, es conveniente analizar esta última con mayor profundidad.

Para comprender la alienación objetiva tenemos que considerar los siguientes elementos: el hombre, para la satisfacción de sus necesidades sociales, crea ciertos productos -cosas, ideas, instituciones, etc.-; no obstante, en determinado mecanismo social y sometido a las leyes de este mecanismo, estos diversos productos funcionan de una manera no prevista por su creador, constituyendo este funcionamiento autónomo un elemento de la espontaneidad de la evolución -social. Los productos del hombre se transforman, por consiguiente, en el marco de la relación de la alienación, en un poder ajeno que se enfrenta a su voluntad y lo somete -bajo su dominio.

Como se desprende de la definición, es claro que todos los productos humanos pueden estar sujetos al proceso -de alienación. Entre ellos elige Schaff tres categorías -por el importante papel que desempeñan en la vida social -del hombre: la alienación económica, alienación de las instituciones sociopolíticas y alienación de los productos del espíritu.

Esta forma de conceptualizar la alienación se diferen-cia de aquélla utilizada en la literatura y la filosofía -existencialista por autores como Sartre, Camus, Hesse, -Kafka, quienes logran una admirable representación del hombre enajenando. Empero, estos autores identifican la alienación objetiva con la subjetiva, despojando a este concepto de su base material.

Al definir la alienación objetiva mencionamos "la espontaneidad de la evolución social", el "funcionamiento autónomo de los productos del hombre". No debe considerarse que los productos del hombre "actúan", se convierten en "enemigos" del hombre. Quienes realmente actúan son los hombres, puesto que han sido ellos quienes han creado el sistema social vigente con su condicionamiento legal. Lo que sucede es que los productos en cuanto mercancías, ideología, institución social, etc. se desenvuelven en la esfera de determinadas relaciones sociales y de las leyes que imperan en ellas, originando resultados que van en contra de las intenciones de sus creadores: crisis, inquisiciones, dominación de la burocracia, etc.

Con respecto a la producción científica, por ejemplo, podemos observar cómo el hombre conforma un conjunto de conocimientos con el objeto de lograr un dominio más amplio sobre el mundo; en determinadas ocasiones, sin embargo, este conocimiento se vuelca contra él -la energía atómica, por ejemplo-. Este y un sinnúmero de casos que se podrían mencionar, muestran la evolución espontánea de la sociedad y las múltiples formas en las que puede producirse la alienación objetiva.

La alienación económica constituye el fundamento de todas las manifestaciones de alienación y para analizarla toma Marx como punto de partida el análisis del trabajo humano desde una doble perspectiva: desde el producto del trabajo y desde el proceso del trabajo mismo. El trabajo enajenado es el trabajo asalariado, trabajo que produce capital

y que da origen a un poder ajeno, independiente del hombre. Esta alienación, alienación del producto del trabajo, sólo - constituye una parte de este fenómeno; el otro lado, el del proceso del trabajo, producto de la división social del trabajo, consiste en que el hombre al trabajar no se afirma a - sí mismo sino que se niega; no desarrolla una libre energía física e intelectual, sino que arruina su mente y su cuerpo.

La superación de la alienación objetiva requiere de la eliminación, como condición necesaria, de la propiedad privada de los medios de producción. Esto, no obstante, no es suficiente; es preciso suprimir el trabajo asalariado -trabajo forzado lo denomina Marx- y devolverle al hombre su potencia lidad creativa.

Una vez que se ha analizado la alienación objetiva, procederemos a profundizar en el estudio de la alienación subjetiva que constituirá el marco teórico para abordar el fenómeno del suicidio.

A diferencia del enfoque positivista en donde existen - estudios específicos sobre el fenómeno de las muertes voluntarias -además de la obra de Durkheim, Halbwachs⁶ y otros - han realizado investigaciones alrededor de este tema-, en la literatura sociológica marxista no se han desarrollado investigaciones de esta naturaleza. Nos limitaremos, por tanto, a enmarcar teóricamente el problema advirtiendo que éste adolecerá de las limitaciones propias de una primera aproximación.

6. Halbwachs, Maurice, Les causes du suicide, trabajo de - L'Année Sociologique, Paris, 1930.

A primera vista parecería conveniente identificar el suicidio con la alienación de la propia vida, considerando que sería el sentimiento de vacuidad que experimenta un sujeto lo que lo conduciría a quitarse la vida. Una mirada más profunda, empero, pone al descubierto la íntima conexión existente entre las diferentes formas de alienación de sí mismo y la inconveniencia de circunscribir el análisis de un fenómeno tan complejo y multideterminado como lo es el suicidio a sólo una de ellas. Partiremos, por tanto, de la consideración de las tres formas de alienación subjetiva analizando su potencial explicativo.

La alienación del yo se refiere a la falta de identidad, a la sensación de extrañamiento que un individuo experimenta con respecto a su propia personalidad. En su forma extrema puede manifestarse en las enfermedades psíquicas en las que se produce una escisión de la conciencia del individuo, lo que le impide conformar una identificación unívoca de su ser (esquizofrenia). De una forma moderada se presenta en aquellas "formas de comportamiento que se expresan en una persona que lucha consigo misma"⁷.

La alienación del yo se manifiesta asimismo -y es esta forma a la que Schaff concede mayor importancia- en aquellos casos en que una persona se juzga de forma negativa -en ocasiones puede llegar a despreciarse profundamente- al compararlo con lo que es con lo que desearía ser; esto es, en todos aquellos casos en que se produce una brecha perceptible para el sujeto entre el modelo ideal de lo que desearía ser y su realidad.

7. Schaff, A., op. cit., p. 239.

En múltiples ocasiones se produce la alienación del yo como consecuencia de la "adaptación" del hombre a la sociedad; deseando ser aceptado socialmente, el hombre se sumerge en la multitud haciendo a un lado sus valores e ideales. Sacrifica su "yo" en aras de la aceptación social.

Por último, un individuo se puede enajenar de sí mismo cuando experimenta sus cualidades específicas, sus actos, sus capacidades, como algo extraño, como mercancías que, al circular dentro del mercado, ya no le pertenecen. Cabe ilustrar este punto con el artista que se somete a las demandas del mercado desdeñando sus propias inclinaciones.

A este respecto Fromm, destacado miembro de la Escuela de Frankfurt y creador del psicoanálisis humanista, considera que la relación que el hombre mantiene consigo mismo tiene un carácter mercantilista. El hombre no se concibe a sí mismo como portador de las potencias humanas; se siente como una cosa a ser empleada exitosamente en el mercado. "Su cuerpo, su mente y su alma son su capital, y su tarea en la vida es invertirlo favorablemente, sacar utilidad de sí mismo. ...Si el individuo fracasa en hacer una inversión favorable de sí mismo, cree que él es un fracaso; si lo logra, él es un éxito"⁸.

Así, puede observarse que la sociedad contemporánea, obligando al hombre a entregarse a una rutina mecanizante, a internalizar valores que encubren procesos de fetichización, a relacionarse con sus semejantes "como dos máquinas vivientes que se usan recíprocamente", ha provocado que el hombre,

8. Fromm, E., Psicoanálisis de la sociedad contemporánea, - P.C.E., México, 1982, p. 122.

separado de la naturaleza, de sus semejantes y de sí mismo, no encuentre otra forma de enfrentarse a su realidad que a través de un conformismo plano que lo priva de una existencia intensa y creativa. Este proceso puede llegar a ser tan aniquilador que lleve al hombre a la autodestrucción como única forma de escapar de un estado asfixiante.

La segunda forma de alienación, la alienación de la propia vida, se presenta en aquellos casos en que un sujeto considera que su vida carece de sentido, que ninguna actividad es capaz de despertar su entusiasmo, considerando lo que hace como algo ajeno a aquéllo que, a su parecer, debería ser la existencia humana. Concretamente, la alienación de la propia vida hace referencia a la carencia de una meta internalizada que dirija la actividad vital.

En relación a este punto, Viktor Frankl, psicólogo existencialista de la posguerra señala que:

"En una universidad americana fueron reunidos 60 estudiantes que habían intentado suicidarse y un 85% de ellos dijeron que lo que les había inducido al suicidio era 'que la vida les parecía carente de sentido'. Pero lo más importante, sin embargo, radicaba en que un 93% de estos estudiantes, que padecían una aparente carencia de sentido en sus vidas, desarrollaban actividades sociales, se desenvolvían bien en sus estudios y mantenían excelentes relaciones con sus familiares. ...ello no se limita exclusivamente a esta universidad. Bástenos considerar las sobrecogedoras cifras de suicidio entre estudiantes americanos, cifras que ocupan el 2º lugar entre las causas más frecuentes de fallecimiento".⁹

9. Frankl, Viktor, Psicoterapia y humanismo, F.C.E., México 1984, p. 18.

No sería difícil, ciertamente, encontrar que en el fondo de esta sensación de vacío existencial subyacen agudos - procesos de alienación laboral, relacional, artística. Resulta comprensible que la vida se presente tediosa o francamente intolerable a un hombre que se mueve en un mundo dominado por fuerzas que no son las propias; que siente que no es él quien, a través del despliegue de su energía vital vive, sino que son las mudables condiciones externas las que deciden el destino de su existencia.

Por último, la alienación de la propia actividad hace referencia a la mutilación que padece el hombre en el proceso de trabajo. Si examinamos el papel que ha desempeñado el trabajo en el proceso de la antropogénesis, podemos observar que éste ha constituido la actividad que ha permitido la humanización del hombre. Mediante el trabajo, el hombre se convierte en un ser natural y espiritual universal en la medida en que es "potencialmente capaz de transformar en objeto de sus necesidades todos los fenómenos de la naturaleza - así como de asumir en sí e irradiar de sí todas las fuerzas esenciales de la naturaleza, aspirándolas y expirándolas"¹⁰.

El trabajo enajenado, por el contrario, no únicamente no desarrolla las potencialidades creativas del hombre, sino que corroe progresivamente su energía vital, destruyéndolo corporal y psíquicamente. El conjunto de enfermedades tanto físicas como mentales que el hombre desarrolla a consecuencia de las condiciones inhumanas bajo las que desarrolla su actividad laboral, son un ejemplo elocuente de este proceso.

10. Markus, G., Marxismo y antropología, Edit. Grijalvo, - México, p. 15.

El trabajo alienado, por tano, no se realiza como finalidad en sí misma; constituye únicamente el medio que le permite al hombre satisfacer sus necesidades mínimas y reproducir, así, su fuerza de trabajo.

A partir de las anteriores consideraciones, podemos establecer la relación entre la alienación subjetiva y el suicidio. La alienación de sí mismo, como proceso que implica la vivencia de la vacuidad de la vida, el distanciamiento entre el "yo ideal" del sujeto y su realidad y la mercantilización de la praxis humana, genera una frustración que puede manifestarse de forma hetero o autodirigida. En el primer caso, el individuo encuentra escape en la práctica de la agresividad y la violencia; en el segundo caso se pueden originar síndromes depresivos y una carga de destructividad auto-orientada que puede desembocar en el suicidio. En este sentido, el suicidio sería una de las posibles manifestaciones de este complejo proceso de alienación que adquiere matices diferentes en función de la situación social, laboral y familiar del sujeto y de sus capacidades de respuesta.

Es importante dejar sentado que la enajenación no está directa y mecánicamente relacionada con el suicidio. Las consecuencias de la alienación pueden abarcar una vasta gama de conductas sociales que van desde el sadismo manifiesto hasta la pasividad y el conformismo. Consideramos el suicidio como una de las posibles respuestas frente a una situación de deshumanización progresiva.

Ahora bien, bajo este marco de análisis, ¿cómo enfrentar el problema del suicidio? Para responder a esta pregunta -

es preciso clarificar la relación existente entre la alienación objetiva y la subjetiva.

La alienación subjetiva, esto es, la alienación de sí mismo, se desarrolla sobre el terreno de la alienación objetiva y sólo sobre este terreno se hace genéticamente comprensible. La alienación objetiva constituye el origen de las diversas modalidades de la alienación subjetiva. Por lo tanto, para superar esta última es necesario suprimir las condiciones que originaron la alienación objetiva cuya manifestación más importante es la alienación del trabajo.

Es oportuno recordar que el propio Durkheim plantea como forma de encarar el problema del suicidio la formación de grupos laborales que presenten una gran cohesión, es decir, ubica la solución al problema del suicidio dentro del terreno laboral. Asimismo, para los marxistas las respuestas a la alienación subjetiva y objetiva se centran en el campo laboral y en la esfera de las relaciones de producción.

Ahora bien, estas consideraciones nos permiten plantear una alternativa a la alienación desde un punto de vista marxista. Únicamente mediante el control obrero sobre los procesos productivos, el establecimiento de relaciones de producción socializadas y de mecanismos de solidaridad cooperativa dentro de la empresa, es posible plantear la existencia de un trabajo no enajenado.

Partiendo de que el mecanismo central de la alienación del acto de trabajo se origina de la división y ejecución del mismo, es preciso recomponer estos dos momentos mediante el control sindical y obrero sobre las diversas etapas del -

proceso productivo. De esta forma el suicidio, como una de las posibles manifestaciones de la actividad humana alienada, perdería su razón de ser.

VI. ANALISIS CRITICO DEL ENFOQUE MARXISTA

VI. ANALISIS CRITICO DEL ENFOQUE MARXISTA

Uno de los principales límites del enfoque marxista con siste en plantear una correspondencia causal entre la alienación objetiva y la subjetiva. Sin embargo, la alienación de la propia vida y del propio yo no dependen exclusivamente - del proceso de trabajo; existen otros factores que influyen poderosamente tales como las relaciones familiares, los mecanismos de transmisión educativa y variables psicodinámicas - referentes a la organización pulsional del sujeto (fijacio-- nes edípicas, mecanismos de defensa del yo, sublimación de - las pulsiones, etc.), factores que en el mejor de los casos quedan subordinados, de acuerdo a este enfoque, al proceso - de producción.

Al mismo tiempo, los marxistas menoscaban el análisis - de los mecanismos mediante los cuales la dinámica institucio-- nal determina formas concretas de comportamiento. Considera-- mos esta variable de suma importancia para explicar los meca-- nismos de codificación normativa cuya transgresión puede lle-- var al sujeto a conductas "desviadas", entre las que se in-- cluye el suicidio. Sin embargo, la limitante principal del enfoque marxista consiste en lo siguiente: las investigacio-- nes sociales que se inspiran en un marco materialista dialéc-- tico descuidan a menudo el análisis de los fenómenos empíri-- cos y privilegian el estudio de categorías de gran alcance - teórico (el concepto de totalidad, el concepto de trabajo, - el concepto de modo de producción, etc.). Las pocas investi-- gaciones empíricas que utilizan un marco materialista - - -

proceden de la Escuela de Frankfurt -las investigaciones sobre la personalidad autoritaria de Adorno¹¹, las investigaciones acerca del carácter social de Erich Fromm¹², etc.-. Estos trabajos, empero, no constituyen un marco explicativo para el suicidio sino sólo de forma indirecta.

Por estas razones, la crítica más contundente que puede dirigirse al enfoque marxista es plantear un análisis de conceptos que no se sustenta en investigaciones de comportamientos y hechos concretos, límite gravísimo tomando en cuenta - que el marxismo pretende justamente estudiar de forma concreta la dinámica social y económica de la sociedad.

Por estas razones, la explicación de un fenómeno como - el suicidio y de otros como ciertas conductas "desviadas" - como la homosexualidad, queda trunca, faltando las categorías y las variables intermedias que podrían dar cuenta de - la transición de los conceptos generales a las formas concretas de comportamiento.

11. Adorno, T.W., La personalidad autoritaria, Buenos Aires, Proyección, 1965.

12. Fromm, E., Sociopsicoanálisis del campesino mexicano, - F.C.E., México, 1973.

Segunda Parte

ENFOQUE PSICOANALITICO DEL SUICIDIO

VII. EL ENFOQUE FREUDIANO

VII EL ENFOQUE FREUDIANO

Desde la psicología, ha sido el psicoanálisis el que con mayor profundidad ha estudiado el fenómeno del suicidio. Si bien Freud no analizó más que tangencialmente este problema -su pequeño ensayo Contribuciones al simposio sobre el suicidio¹, escrito en 1910, no desenreda los hilos de esta problemática, llegando únicamente a delinear el itinerario que habría que seguir para lograrlo-, dos de sus obras constituyen los pilares teóricos a partir de las cuales se han generado una gran cantidad de formulaciones teóricas y estudios dentro del campo psicoanalítico. Publicadas con una distancia de tan sólo tres años, Duelo y melancolía (1917) y Más allá del principio del placer (1920) presentan, sin embargo, importantes diferencias. Mientras que la primera circunscribe su análisis al campo de lo psíquico, la segunda habrá de introducir un elemento nuevo -el instinto de muerte-, cuya raíz se ancla en el campo biológico.

Partiendo de la importancia de estas obras como fundamento para dilucidar la problemática del suicidio, es imprescindible analizarlas cuidadosamente.

En Duelo y melancolía², examina Freud la melancolía a partir de una comparación con el duelo. Como en el duelo, - en la melancolía el sujeto cesa de interesarse por el mundo

1. Freud, S., "Contribuciones al simposio sobre el suicidio", en: Obras completas de Sigmund Freud, Vol. II, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pp. 1636-1637.

2. Freud, S., "Duelo y melancolía", en: Obras completas, Vol. II, op. cit., pp. 2091-2100.

exterior, vive un estado profundamente doloroso y se encuentra incapacitado para amar. Este cuadro resulta comprensible en tratándose del duelo, es decir, en aquellas situaciones en las que una persona pierde a un ser querido o algo equivalente (patria, libertad, etc.). En efecto, en estos casos comprendemos que la falta de interés que el sujeto muestra hacia el mundo exterior constituye la expresión de su absorción total a la labor de duelo. Esta labor de duelo constituye el proceso mediante el cual el sujeto va abandonando, paulatina y dolorosamente, los lazos libidinosos que lo unían al objeto amoroso. Finalizada esta labor de duelo, se devuelve al yo la libertad de su libido, desligándola del objeto perdido.

Con respecto a la melancolía, en algunos casos constituye asimismo la respuesta a la pérdida de un objeto amado. No siempre, sin embargo, aparece con claridad, ni aun para el mismo sujeto, la fuente de su sufrimiento. Siguiendo la analogía con el duelo, mantiene Freud la hipótesis de la existencia de una pérdida de objeto, no ya a nivel consciente, sino a nivel inconsciente.

Si en el duelo se explica el retraimiento de la persona por su entrega a la labor de duelo, se pensaría que en la melancolía sucedería algo similar, es decir, que la falta de interés que el sujeto muestra hacia el mundo que le rodea constituiría la expresión de su absorción por una labor semejante a la del duelo. Mas, ¿qué es lo que el melancólico ha perdido? Para responder esta pregunta, es preciso considerar un importante elemento que caracteriza a la melancolía y

que no se presenta en el duelo, esto es, la presencia de una notable disminución del amor propio, un empobrecimiento del yo acompañado por insomnios y anorexia, es decir, por una - disminución del instinto vital.

Esta caracterización de la melancolía pone de manifiesto que la pérdida del sujeto ha tenido lugar en su propio yo. Esto es, una parte del yo -la conciencia moral- enfrentándose a la otra y tomándola como objeto, ejerce sobre ésta una crítica despiadada, dejándola empequeñecida y atormentada.

Un examen atento de esta situación lleva a Freud a una interesante observación: muchas de las acusaciones que el melancólico se hace a sí mismo, están realmente dirigidas a - otra persona a la que el sujeto ama o ha amado pero que se han volcado contra el propio yo. Sus lamentos -afirma - Freud- son quejas.

Este proceso puede concebirse, entonces, en los siguientes términos: a) relación ambivalente con un objeto; b) pérdida o cualquier forma de obligada renuncia a esa relación; c) introyección en el yo de ese objeto ambivalentemente amado y odiado; d) descarga de la agresión en contra de este objeto, ya internalizado en el yo.

Quando el amor al objeto, amor que ha de ser - conservado, no obstante el abandono del objeto, - llega a refugiarse en la identificación narcisista, recae el odio sobre este objeto sustitutivo, - calumniándolo, humillándolo, haciéndole sufrir y - encontrando en este sufrimiento una satisfacción - sádica. El tormento, indudablemente placentero - que el melancólico se inflige a sí mismo significa ...la satisfacción de tendencias sádicas y de odio orientadas hacia un objeto, pero retraídas al yo -



del propio sujeto... (Así) suele el enfermo conseguir por el camino indirecto del autocastigo su - venganza de los objetos primitivos y atormentar a los que ama, por medio de la enfermedad, después - de haberse refugiado en ésta para no tener que mos trarles directamente su hostilidad³.

Este sadismo, afirma Freud, daría la clave para compren der el problema del suicidio. Es fundamental subrayar que - "el yo no puede darse muerte sino cuando el retorno de la - carga de objeto le hace posible tratarse a sí mismo como un objeto; esto es, cuando puede dirigir contra sí mismo la hos tilidad que tiene hacia un objeto; hostilidad que representa la reacción primitiva del yo contra los objetos del mundo ex terior"⁴.

Siguiendo la línea de análisis de esta obra, el suici dio constituiría, en la fantasía inconsciente del sujeto, la descarga de su mortífera agresión contra un objeto internali zado, un ser que pertenece a su mundo interno. El suicidio, por tanto, encubriría y disimularía un homicidio ya sea por venganza, por envidia o como ataque defensivo contra un perseguidor⁺. Resulta obvio que los objetos externos sobre los cuales el sujeto proyecta su relación con los objetos inter nos resultan también víctimas de su agresión. Ellos sufri rán por este suicidio, por la culpa que el paciente generará en ellos al hacerlos responsables de su muerte.

El suicidio, por tanto, como acto de masoquismo extremo, se analizaría como la vuelta del sadismo en contra de sí -

3. Ibid., p. 2096

4. Ibid., p. 2097.

+ Los suicidas, escribió César Pavese en su diario antes - de darse a sí mismo la muerte, son homicidas tímidos. Véase Boccanera, Jorge, El poeta y la muerte, Editores Mexicanos - Unidos, México, 1981.

mismo, como un proceso resultante de mecanismos defensivos - del yo. Su sentido sería el de evitar el mal mayor (viven-- cias persecutorias y altamente frustrantes) a costa de acep-- tar el mal menor (conducta autodestructiva). Ciertamente - que esta "ganancia" -huida del objeto persecutorio mediante la autodestrucción- lo es únicamente en la fantasía incons-- ciente del sujeto. Más adelante se analizarán las fantasías inconscientes asociadas con el suicidio y su importancia - para el entendimiento de este fenómeno.

Por tanto, si seguimos para la elucidación del suicidio las mismas pautas que se aplican para la comprensión de cual quier acto psíquico dentro del psicoanálisis, se analizará - la conducta autodestructiva como una apariencia (contenido - manifiesto) que oculta y expresa una realidad subyacente - (contenido latente) la cual escapa al conocimiento mismo del individuo que es autor y actor de esta actuación. Así, el - acto suicida constituirá un medio para lograr un fin que no estaría en contradicción con el principio del placer; por el contrario, sería la búsqueda -todo lo enmascarada que se - quiera- de un fin placentero.

Previamente a la presentación de la obra "Más allá del principio del placer", es conveniente intentar dar cuenta de los factores que llevaron a Freud a transformar de forma tan radical su teoría al introducir el concepto de instinto⁺ de muerte; transformación de cuyos alcances no tuvo cabal conocimiento y que lo llevó a muchas inconsistencias teóricas.

+ Respecto a la utilización del término "instinto", cabe - hacer las siguientes aclaraciones: según el Diccionario de -

En 1920, con Más allá del principio del placer⁵, Freud inicia una revisión fundamental de su teoría de los instintos. Aquí postula por primera vez la existencia de un instinto de muerte en oposición al instinto de vida. Esta nueva dicotomía toma el lugar de la primera entre instinto del yo e instinto sexual.

psicoanálisis de Laplanche y Pontalis (Edit. Labor, Barcelona, 1983), el empleo del término instinto como equivalente - del trieb utilizado por Freud, constituye "no solamente una inexactitud de traducción sino que además ofrece el peligro de introducir una confusión entre la teoría freudiana de las pulsiones y las concepciones psicológicas del instinto animal y vela la originalidad de la concepción freudiana, en especial la tesis del carácter relativamente indeterminado del empuje motivante, los conceptos de contingencia del objeto y de la variabilidad de los fines".

El término trieb es una voz de raíz germánica utilizada desde una época remota que sigue conservando el matiz de empuje (treiben-empujar). La traducción correcta, por tanto, corresponde al término pulsión que tiene el mérito de poner en evidencia el sentido de empuje.

Ahora bien, si a pesar de las confusiones que puede originar el empleo del término "instinto", lo he conservado en el análisis de esta temática, ello ha respondido a mi deseo de respetar la terminología utilizada no sólo en obras de origen extranjero traducidas al castellano, sino también en obras escritas originalmente en nuestra lengua.

Es preciso, sin embargo, tener presente que el "instinto" freudiano no hace referencia a un patrón de comportamiento determinado de forma hereditaria; por el contrario, constituye un proceso dinámico consistente en un empuje (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin.

5. Freud, S., "Más allá del principio del placer" en: Obras completas, Vol. III, op. cit., pp. 2507-2541.

A pesar de que en esta obra Freud no se muestra totalmente persuadido de la validez de su hipótesis, en trabajos posteriores^{6,7,8} fue aumentando su convicción acerca de la importancia de este nuevo concepto -instinto de muerte- para dar cuenta de ciertos comportamientos agresivos que, a su parecer, se desbordaban, iban "más allá del principio del placer".

Uno de los factores que muy probablemente impulsaron a Freud a transformar su teoría, fue el brutal impacto sufrido a consecuencia de la primera guerra mundial. La avasalladora agresividad, fuente de innumerables estragos y destrucciones, tuvo que haber dejado una profunda huella en el espíritu de Freud⁹. Erich Fromm¹⁰ añade que la preocupación hacia la muerte que oprimía al Freud maduro, sus ataques de todes-tang (miedo a la muerte), aunados a la grave enfermedad que sufrió a partir de febrero de 1923, pueden haber sido factores de peso para conservar y reafirmar su hipótesis del instinto de muerte.

Sin embargo, más allá de los factores históricos y personales, habría que hacer mención de otros elementos de

6. Freud, S., "El yo y el ello" en: Obras completas, Vol. III, op. cit., pp. 2701-2728.

7. Freud, S., "El problema económico del narcisismo" en: Obras completas, Vol. III, op. cit., pp. 2752-2759.

8. Freud, S., "Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis" en: Obras completas, Vol. III, op. cit. pp. 3101-3432

9. Robert, Marthe, La revolución psicoanalítica, F.C.E., México, 1978, pp. 383-394.

10. Fromm, Erich, Grandeza y limitaciones del pensamiento de Freud, Siglo XXI, México, 1979, p. 136.

indole teórico. Es importante tener presente que desde los inicios de la construcción de su teoría e influido por el modelo herbartiano, Freud piensa en forma dualista, analiza los procesos psíquicos como producto de fuerzas en oposición (Herbart propuso en 1824 que las representaciones -átomos de la psique-, se vuelven fuerza por su oposición a otra representación¹¹). Ahora bien, cuando en 1914 con su obra Introducción al narcisismo¹² Freud ubica los instintos del yo en el campo de la libido, el antiguo dualismo quedaba en peligro. El narcisismo parecía imponer la teoría monista de que todos los instintos eran libidinales, abriendo camino a la principal herejía de Jung, la de que el concepto de libido abarcaba toda la energía psíquica. Así que la postulación del instinto de muerte permitía reinstalar el enfoque dualista dentro de la teoría.

En Más allá del principio del placer Freud postula que el principio del placer no tiene un total dominio sobre el curso de los procesos psíquicos. Si así fuera -afirma-, todos los procesos psíquicos serían placenteros, lo cual no ocurre así. ¿Qué es, entonces, lo que impide la consecución continua de placer? Freud menciona tres órdenes de factores.

En primer lugar, habría que considerar aquellos casos en que el principio del placer domina al principio de la realidad ocasionando, al no tomar en cuenta las demandas externas, daño al organismo.

11. Assoun, Paul-Laurent, Introducción a la epistemología freudiana, Siglo XXI editores, México, 1982, p. 130.

12. Freud, S., "Introducción al narcisismo" en: Obras completas, Vol. II, op. cit., pp. 2017-2033.

Otra fuente de displacer surge a consecuencia del conflicto que genera en el yo la existencia de instintos incompatibles entre sí que buscan la consecución simultánea de placer.

En tercer lugar, afirma que también bajo el dominio del principio del placer existen formas de convertir en objeto de recuerdo y de elaboración psíquica situaciones y sucesos desagradables como una forma de lograr un dominio sobre los mismos.

Sin embargo, a partir del análisis de las neurosis traumáticas en las que el sujeto revive continuamente la situación traumática en su vida onírica; la actividad de los niños que convierten en juego sucesos penosos así como la obsesión de repetición que presentan los neuróticos en el curso de su tratamiento psicoanalítico, postula la hipótesis de la existencia de un instinto más primitivo y elemental que el principio del placer, instinto que tiende a una obsesiva repetición. Mas, ¿cómo surge esta tendencia, bajo qué condiciones y qué relación tiene con el principio del placer?

Para responder estas preguntas postula Freud que en una época indeterminada aparecieron en la materia inanimada, como consecuencia de ciertas fuerzas, las cualidades de lo viviente. La tensión generada en la materia antes inanimada intentó equilibrarse y de esta forma surgió el primer instinto: volver a lo inanimado⁺. Sin embargo, cuando las

+ A la vivencia de muerte como retorno a lo inorgánico alude quizás inconscientemente José Gorostiza en su poema "Muerte sin fin" cuando dice: "cuando las plantas de sumisas plantas/ retiran el ramaje presuntuoso,/ se esconden en sus aspéras raíces/ y presas de un absurdo crecimiento/ se desarrollan hacia la semilla,/ hasta quedar inmóviles/". Véase Gorostiza, José, Muerte sin fin, Lecturas Mexicanas, P.C.E., 1964.

influencias exteriores se transformaron, obligaron a la sustancia viva a rodeos cada vez más complejos para alcanzar la muerte. Estos rodeos, entonces, mantenidos por los instintos conservadores, constituyeron el conjunto de los fenómenos vitales.

De esta forma, modifica Freud el concepto de instinto y lo define como "una tendencia propia de lo orgánico a la reconstrucción de un estado anterior, que lo animado tuvo que abandonar bajo el influjo de fuerzas exteriores"¹³. Bajo esta luz, los instintos de conservación se consideran instintos parciales, destinados a mantener distantes las posibilidades no immanentes del retorno a lo inorgánico, "el organismo no quiere morir sino a su manera". Los instintos sexuales, que en la primera teoría se contraponían a los instintos de autoconservación, se asimilan aquí a los instintos de vida, al "Eros" de los poetas, como fuerza tendiente a mantener unido todo lo inanimado; su inclinación a formar unidades cada vez mayores, conformaría un medio de neutralizar los instintos de muerte.

Como ya se mencionó, en esta obra sustituye Freud el antiguo dualismo entre instintos del yo e instintos sexuales por el de instintos vitales e instintos de muerte. La función de la libido sería la de volver inocuo el instinto de muerte, desviándolo al exterior. La parte de ese instinto que se pone al servicio de la función sexual, constituye el sadismo propiamente dicho.

13. Freud, S., "Más allá del principio del placer", op. cit., p. 2525.

Con respecto al masoquismo, Freud modifica su antigua - conceptualización. Sin en Duelo y melancolía lo consideraba como el retorno del sadismo en contra del propio yo, en esta obra plantea que el masoquismo sería primario, constituiría la expresión de la porción del instinto de muerte que no participa en esta transposición hacia el exterior.

Por tanto, el instinto de muerte se encuentra en su totalidad originalmente en el interior; posteriormente, una parte es enviada hacia el exterior actuando como agresividad, mientras que la parte que permanece dentro constituye el masoquismo primario. No obstante, cuando la parte enviada hacia el exterior tropieza con obstáculos demasiado grandes, vuelve a dirigirse hacia adentro y se manifiesta en forma de masoquismo secundario.

Siguiendo los planteamientos freudianos de esta obra, el suicidio constituiría el producto de instintos tanáticos⁺ no adecuadamente elaborados, no dirigidos hacia afuera o no amalgamados convenientemente con los instintos de vida.

La postulación del instinto de muerte suscitó innumerables polémicas tanto dentro como fuera del movimiento psicoanalítico. Clínicamente, la noción de una tendencia primaria hacia la destrucción y a la autodestrucción lleva al terapeuta a una fatalidad a la que no puede inclinarse a menos que renuncie totalmente a curar. Teóricamente, numerosos - --

+ La palabra tánatos, que designa en la actualidad el instinto de muerte, no fue jamás empleada por Freud. Su origen se debe a Stekel quien en 1909 la empleó para designar los deseos de muerte. Véase Robert, Marthe, La revolución psicoanalítica, op. cit., p. 395.

autores han señalado la fragilidad e inutilidad de esta hipótesis.

Fromm¹⁴ señala que una de las principales dificultades que presenta este concepto radica en la identidad que establece Freud entre la tendencia del organismo a volver al estado original, inanimado -como consecuencia de la compulsión a la repetición- y la del instinto de destrucción. La tendencia de la materia viva hacia la muerte -apunta Fromm- es muy distinta del impulso activo a destruir. Más inadmisibles aún resulta derivar de este impulso tanático la pasión de poder y de dominio así como el sadismo y el masoquismo.

Otra de las dificultades señalada por este autor consiste en el hecho de que el instinto de muerte no concuerda con el concepto general de los instintos. Carece de una zona específica en donde se origine, considerándose como una fuerza biológica propia de toda sustancia viva.

Por su parte, Karen Horney¹⁵ señala que es muy discutible la afirmación de que la tendencia destructiva sea de naturaleza instintiva. Si se muestra que la hostilidad es una reacción a una influencia perturbadora del ambiente, la tesis de un instinto de muerte pierde las pocas pruebas que tiene a su favor. Apunta que la práctica analítica contradice esta hipótesis. Al descargar cada vez mayor angustia, el paciente aumenta su capacidad de afecto y tolerancia hacia sí mismo y hacia los demás. Por otro lado, sostiene que -

14. Fromm, E., Grandeza y limitaciones del pensamiento de Freud, op. cit., p. 140.

15. Horney, Karen, El nuevo psicoanálisis, F.C.E., México - 1974.

esta teoría entraña serias consecuencias socioculturales; - obstaculiza todos los esfuerzos por indagar dentro de las específicas condiciones culturales, los factores que conducen a la destrucción. Constituye, así, una teoría profundamente pesimista que arrastra a una irremisible parálisis.

Edgardo Rolla¹⁶, psicoanalista argentino, juzga prescindible la hipótesis del instinto de muerte. Considera que - los llamados instintos de muerte, objetivados como fantasías de autodestrucción, quizás sean elementos esenciales para la gratificación del vivir y, por tanto, para la defensa de la vida del sujeto.

El hecho de que esta hipótesis haya recibido rechazos y críticas por un nutrido grupo de teóricos, no significa que haya sido absolutamente condenada. Como examinaremos en el próximo capítulo, muchos autores consideran que esta hipótesis es fundamental para dar cuenta de los actos suicidas. - Por otro lado, analizaremos las tesis de otro grupo de psicoanalistas que se adhieren a las tesis freudianas expuestas en la obra Duelo y melancolía como soporte teórico básico para explicar los actos autodestructivos.

16. Rolla, Edgardo H., "Una teoría sobre el suicidio" en: - Abadi, Garma, et. al., La fascinación de la muerte, Edit. - Paidós, Buenos Aires, 1973, p. 166.

VIII. DIFERENTES EXPLICACIONES ACERCA DE LA
GENESIS DEL SUICIDIO

VIII DIFERENTES EXPLICACIONES ACERCA DE LA GENESIS
DEL SUICIDIO

Como mencionamos en el capítulo anterior, existe un importante grupo de teóricos que consideran que el concepto de instinto de muerte es fundamental para explicar el fenómeno del suicidio. Analicemos sus argumentos.

Karl Menninger, psiquiatra americano, sustentó en su obra Man against himself (1938) la tesis de que toda clase de conducta hostil a la salud y a la vida constituye la expresión del instinto de muerte dirigido contra el yo, siendo el suicidio su manifestación más extrema¹. Según este autor, todo acto suicida contiene tres elementos: deseo de matar, deseo de ser matado y deseo de estar muerto. Como se ve, esta línea de pensamiento concibe que todo acto suicida conlleva elementos agresivos. Hace referencia asimismo al suicidio local, con el que designa las automutilaciones, fingimiento de enfermedades, frecuencia de accidentes laborales e incluso cierto tipo de impotencia sexual. Trátase de fenómenos unidos por un denominador común².

Melanie Klein, sobresaliente psicóloga inglesa, quien modificó la concepción freudiana clásica a partir de su experiencia clínica con niños entre tres y seis años, fue quien con mayor vigor defendió la teoría dualista de los instintos considerando que tenía una importancia clínica fundamental.

1. Stengel, Erwin, Psicología del suicidio y los intentos de suicidio, Ediciones Hormé, Buenos Aires, p. 60.
2. Rojas, Enrique, Estudios sobre el suicidio, Salvat Editores, Barcelona, 1978, p. 496.

De acuerdo a esta autora, la angustia primordial que experimenta el yo proviene de la amenaza de aniquilación originada desde el interior del organismo por el instinto de muerte. - El temor a la aniquilación sería el factor dinámico que impulsaría al yo a la acción y al desarrollo de las primeras defensas. Sustenta que el mecanismo de la proyección permite que el niño quede a salvo de ser inundado por sus impulsos destructivos.

Asimismo, León Grinberg³, psicoanalista argentino contemporáneo, se inclina por la teoría dualista de Eros y Tánatos y estima que ésta ha sido sumamente benéfica -para algunos analistas- en la investigación y en la labor clínica.

Conforme a este autor, el núcleo central del suicidio -és la culpa persecutoria. La intención última del suicida -es la de proyectar esta culpa en los objetos.

La culpa persecutoria depende del instinto de muerte -desfusionado. En los periodos de mayor regresión en que la actuación del instinto de muerte es más intensa, se incrementa igualmente la culpa persecutoria. Esta, alimentada por -la tendencia tanática, castiga al yo del individuo desde el interior del organismo. En caso de no ser atenuada por los instintos de vida, puede llegar a desatarse poniendo en peligro la vida del sujeto.

Grinberg sostiene que la culpa persecutoria se manifiesta precozmente incrementándose automáticamente ante cualquier frustración o fracaso. Es esta culpa la que conduce a

3. Grinberg, León, Culpa y depresión, Alianza Editorial, Madrid, 1983, pp. 80 a 90 y 116 a 126.

la necesidad de introyectar el objeto perdido como un recurso para controlarlo o aplacarlo.

Grinberg, siguiendo a Litman, señala que existen ciertas condiciones que determinan la vulnerabilidad al suicidio de cada individuo: a) el instinto de muerte; b) el splitting del yo debido al extremo desamparo infantil; c) las instituciones grupales que exigen una respuesta "culposa" en sus miembros.

Conforme a este autor, el suicidio constituye un cuadro regresivo de naturaleza psicótica asociado a una importante falla yoica, incapaz de controlar los impulsos peligrosos. Menciona que existen una serie de factores desencadenantes del suicidio que debilitan las defensas del yo y hacen aflorar tendencias instintivas destructivas. Ejemplos de dichos factores son: la pérdida de un objeto amado, sobre todo si se trata de relaciones de tipo simbiótico; herida narcisista del yo determinada por un sentimiento de fracaso; daño a las defensas yoicas y a sus funciones integrativas por drogas, alcohol o barbitúricos; sentimientos avasalladores de culpa, rabia y angustia; disociación extrema del yo basada en la identificación con una persona que se ha suicidado en el pasado.

Por otro lado, un copioso grupo de autores se adhieren a las tesis básicas expuestas por Freud en Duelo y melancolía. Angel Garma⁴, psicoanalista argentino, publicó en 1937 un trabajo en donde analiza la psicodinámica del suicidio -

4. Garma, Angel, "Los suicidios" en: Abadi, Garma, et. al., La fascinación de la muerte, op. cit., pp. 63-104.

sin apartarse en mayor medida de los principios básicos de la obra freudiana arriba mencionada.

Analiza Garma una serie de factores que pueden provocar el suicidio. Uno de ellos es la pérdida de un objeto libidinal muy valorado. El mecanismo sería el siguiente: ante los fuertes deseos frustrados de recuperar el objeto, el yo del sujeto se identifica con el objeto libidinal perdido, lo que lo conduce al suicidio. En este caso, se desea correr la misma suerte que el objeto amado y, por otro lado, la muerte, en la fantasía inconsciente del sujeto, significaría la forma de reunirse con el ser amado. El suicidio, por tanto, es el resultado de la identificación con el objeto perdido y/o el medio de recuperarlo.

Otro de los factores motivantes del suicidio tiene su origen en la intensa agresividad reprimida del sujeto que, ante los obstáculos que enfrenta para expresarse, se vuelve contra el propio yo. Este cuadro es característico de la melancolía en donde la autoagresión enmascara los deseos de muerte dirigidos hacia los objetos persecutorios. El suicidio, en consecuencia, constituye una agresión hacia el exterior que por diversos motivos se ha vuelto contra el propio yo.

La agresividad hacia el exterior del suicida se muestra al considerar que este acto constituye, en ejercicio de un sistema taliónico, la venganza hacia aquéllos que lo han orientado a tan violenta resolución. Con su muerte, el suicida pretende trastornar el ambiente que le rodea, desatando reacciones "culpígenas" y atormentadas en aquéllos que - - -

convivían con él. Adler considera que es precisamente este factor de venganza el principal en la dinámica del suicidio.

En apoyo a la tesis anterior, cita Garma una serie de - observaciones fruto de estudios etnológicos en los que de ma- nera patente se evidencia esta agresividad al exterior del - suicida. En ciertas tribus de la Costa de Oro, por ejemplo, cuando un individuo antes de suicidarse atribuye su comporta- miento a un tercero, éste queda obligado a padecer la misma suerte. "Muerte propia en cabeza ajena" se le denomina a es- ta práctica. En China se consideraba admirable el suicidio que se cometía por venganza de un enemigo que estaba fuera - del alcance. De acuerdo a su sistema de ideas, se pensaba - que el alma, desembarazada del cuerpo, se encontraba en una posición más favorable para perseguir a su enemigo.

Señala Garma, retomando a Freud, que los instintos eró- ticos neutralizan los deseos agresivos, es decir, que la ten- dencia al suicidio disminuye cuando existen afectos que lle- van al individuo a entregarse a obras sociales o familiares. (Ya Durkheim⁺, desde 1897, comprobó que la inclinación al - suicidio disminuye en épocas de guerra, en hombres casados - con hijos así como en grupos que presentan una gran cohesión. Durkheim, empero, explicó este hecho en base al grado de in- tegración del individuo al grupo).

Si el suicidio, tal como su etimología lo revela⁺⁺, sig- nifica darse a sí mismo la muerte, importa analizar la re- presentación que de la misma tiene el suicida. En la - - -

+ Ver capítulo II.

++ La palabra "suicidio" proviene del latín sui (sí mismo)- y cidium (muerte, del verbo caedere: matar).

mayoría de los casos, sostiene Garma, la muerte -paradójicamente- se representa al sujeto como el despliegue de posibilidades de vida de las que carecía anteriormente. Por otro lado, existe independencia entre el deseo de muerte y el deseo de suicidio, lo que se demuestra por el hecho de que en épocas pasadas y en diversas sociedades fuera el intento suicida castigado con la muerte. Si la idea de muerte fuera el único móvil del suicidio, la pena de muerte habría significado un alivio más que una pena. Asimismo, es característico de los individuos con inclinaciones suicidas el gran temor - que sienten a morir de forma accidental.

Garma indica que entre los diferentes significados que puede tener la muerte en la experiencia consciente e inconsciente se encuentran: 1) huida de una situación intolerable; 2) forma de obligar a los demás a dar más amor; 3) ser muerto puede significar la mayor perfección narcisista que otorga al individuo una importancia permanente.

Si bien en este trabajo Garma sigue las ideas básicas - de Duelo y melancolía, en otro estudio realizado en colaboración con Elizabeth Garma⁵, incorpora el concepto de instinto de muerte para el análisis del suicidio.

En este ensayo los autores plantean que en los suicidios intervienen de forma decisiva reacciones maníacas. La reacción maníaca está conformada por la alegría masoquista - del yo por la realización de actos en los que se somete al -

5. Garma, A., y Garma, E., "Reacciones maníacas: alegría masoquista del yo por el triunfo mediante engaños del superyo" en: Abadi, Garma, et. al., La fascinación de la muerte, op. cit., pp. 105-114.

triunfo destructivo del superyo. Bajo la apariencia de entregarse a actos placenteros, el yo se sujeta a su superyo - tanático y aniquilador que lo obliga a renunciar a sus relaciones objetales libidinosas.

De acuerdo a esta teoría, la finalidad implícita de todo acto maniaco es la autodestrucción; niega que en la manía el superyo se desintegre parcialmente para confundirse con el yo. En realidad, existe un deterioro parcial del yo y un incremento del superyo devastador de los objetos buenos, vitales.

Si, como señaló Freud, el contenido de la manía es idéntico al de la melancolía, ¿qué es entonces lo que los distingue? La diferencia, apuntan los Garma, se basa en la orientación del yo ante el superyo. En la melancolía el yo se somete a su superyo y sufre, deseando liberarse de él. En la manía, por el contrario, el yo se rinde mansa y alegremente a su superyo; bajo la ilusión de satisfacer sus instintos vitales, obedece los impulsos tanáticos de su superyo que lo pueden conducir a la autodestrucción extrema: el suicidio.

Mauricio Abadi⁶, médico y psicoanalista perteneciente a la Asociación Psicoanalítica Argentina y miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Internacional, ha elaborado un ensayo sobre el suicidio que, a mi juicio, es de los más sobresalientes. En él se centra fundamentalmente en la comprensión de la psicodinámica profunda e inconsciente del suicidio.

6. Abadi, Mauricio, "El suicidio" en: Abadi, Garma, et. al., La fascinación de la muerte, op. cit. pp. 115-127.

La principal tesis de Abadi en este estudio consiste en afirmar la existencia de una íntima relación causal entre el suicidio y las vivencias persecutorias y ansiedades paranoides. Sostiene que es lo paranoide el núcleo subyacente en toda melancolía; el factor depresivo conforma sólo la manifestación sintomática, "no es más que su caparazón".

Este autor prescinde de la diferenciación que suele hacerse entre suicidios conscientes e inconscientes. Subraya el hecho de que la intencionalidad de un acto es independiente de su toma de conciencia por parte del sujeto. Si bien admite que el carácter inconsciente de una tendencia suicida revela una mayor condición patógena, considera que la distinción entre suicidios conscientes e inconscientes tiene mayor valor para la descripción fenomenológica que para la comprensión de la motivación del acto.

Rechaza igualmente la oposición que se establece entre suicidios logrados y frustrados, por un lado, y suicidios reales y fantaseados, por el otro, argumentando que en la fantasía del paciente tienen las mismas connotaciones y psicodinámicos.

Los puntos medulares a partir de los cuales centra Abadi el problema del suicidio son los siguientes:

- 1) El predominio de las vivencias persecutorias y ansiedades paranoides. Los sujetos con tendencias suicidas son, fundamentalmente, individuos que padecen un implacable delirio de persecución, las más de las veces inconsciente. Si bien el elemento depresivo puede aparentar ser el determinante, esto no constituye más que la manifestación - - - -

superficial; detrás de ésta se ocultan vivencias persecutorias y ansiedades paranoides. Todo suicida en el fondo es un perseguido. Por tanto, el suicidio constituye un acto defensivo mediante el cual se busca escapar mágicamente del perseguidor.

2) El suicidio es el resultante de mecanismos defensivos del yo. Precuentemente, se considera que el individuo con tendencias suicidas llega a autodestruirse aquejado por la desesperanza y el desinterés hacia el mundo que lo rodea; se piensa que su resolución constituye la culminación de una fase depresiva. Si esto aparece así, es únicamente debido a la represión de las fantasías persecutorias que se esconden detrás de una fachada de tipo melancólico. Puede decirse que el agobiante hostigamiento que el superyo ejerce sobre el yo, deja a éste enflaquecido y desgastado y es precisamente este debilitamiento el que se asoma a la superficie y hace pensar que el motor del acto suicida es la depresión.

El suicidio, pues, constituye el recurso desesperado de burlar al perseguidor interponiéndole un abismo infranqueable. De este modo, "él (el suicida) seguirá viviendo más allá de la muerte, ya inaccesible para el perseguidor".

3) El suicidio tiene el carácter de actuación psicótica. En todo suicidio, aun cuando se dé en pacientes claramente neuróticos, existe un núcleo psicótico subyacente en cuanto significa una fuga mágica frente a las angustias paranoides. La actuación psicótica queda de manifiesto al considerar que: a) se trata de ansiedades psicóticas y b) el yo apela a los más regresivos mecanismos de defensa basados en

la omnipotencia infantil, en la negación maníaca de la verdadera muerte y en la disociación entre una parte del yo -identificada con el perseguidor- y otra, "la suicida".

4) En el suicidio subyace una intensa condición masoquista. Señala acertadamente Abadi que aludir al masoquismo como forma de explicar el suicidio, conduce a una afirmación tautológica, it begs the question. El suicidio, ciertamente, es un acto masoquista pero precisamente por eso no es la causa del suicidio. Lo que sí es posible es hacer referencia - al conjunto de situaciones psicológicas cuyo carácter común es el hecho de convertirse el sujeto en el objeto de su propia agresión. En este sentido, el masoquismo es producto de mecanismos defensivos del yo.

En un trabajo posterior⁷ de 1973, Abadi corrige su afirmación acerca del masoquismo subyacente en el suicidio por - considerarla una visión parcial que aísla el acto suicida - del contexto sociocultural que induce -luego asesina- al suicida. Sostiene que el suicidio que calificaría de "autocastigo" debería designarse con mayor precisión como "sometimiento atemorizado al código del clan".

5) El acto suicida es un acto mágico. Todo suicida es un individuo que busca, no su propia aniquilación, sino por el contrario, su supervivencia y resurrección. Para ello se entrega a una muerte mágica que no lo mata de veras y evita así la muerte verdadera de la que realmente huye y que es la muerte por manos de su perseguidor que, ésta sí, significaría su absoluta destrucción.

7. Abadi, M., "Notas para una reelaboración de algunas de - mis construcciones acerca de la muerte y el suicidio" en - Abadi, et. al., La fascinación de la muerte, op. cit., p.156

6) Existe un profundo nivel de regresión en el suicidio. La regresión del acto suicida se manifiesta en una doble vertiente: a) porque supone una regresión a la etapa de los primeros meses de vida cuyas características son: ansiedades paranoides, pensamiento mágico, primitivos mecanismos de defensa e inmadurez del yo y b) porque en la fantasía inconsciente del sujeto el suicidio representa el medio de lograr una regresión más profunda: el retorno al vientre materno.

Antes de hacer alusión a las fantasías que de la muerte configura el suicida, es menester llevar a cabo algunas reflexiones sobre la misma. El miedo a la muerte, dice Abadi, es la angustia fundamental del hombre⁸. (Albert Camus, por su parte, sostiene que "no hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena de vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía")⁹.

Miedo a la muerte, mas ¿cómo llegamos a conformarnos - una idea, un conocimiento de esa "presencia ausente"; cómo - es posible que llegue a ser no sólo un conjunto de conjeturas, sino algo que llega a vivenciarse de tan evidente manera?

Estas vivencias e ideas acerca de la muerte nacen, ciértamente, de las experiencias de la propia vida. La muerte -

8. Abadi, M., "En torno a la muerte" en: Varios, La fascinación de la muerte, op. cit. p. 129.

9. Camus, Albert, El mito de Sísifo, Alianza Editorial, Madrid, 1983, p. 15.

de un ser querido, al enfrentarnos a su irremisible desaparición, a su no ser, desencadena toda una serie de pensamientos y de emociones que nos hacen prefigurar la muerte, no sólo en la medida en que sentimos que con su desaparición desaparecen partes nuestras, se nos mueren, -aquellas partes proyectadas en él- sino también porque los sentimientos dolorosos que genera en nosotros y en los demás nos permiten construir un cuadro de lo que ocurrirá después de nuestra muerte. Este es un aspecto importante a considerar respecto a las fantasías del suicida: ya se analizó que con su muerte pretende, agresivamente, perturbar el mundo que lo rodea.

Otra vía que nos permite acceder al conocimiento de la muerte procede de la ineludible pérdida que en el transcurso de la existencia vamos padeciendo de partes de nosotros mismos. El caso más evidente es aquél en que, por amputación, se pierde algún miembro. Mas no es preciso que se llegue a tan extremo caso. La pérdida de la juventud, de la salud, de una situación confortable, son elementos que de alguna manera nos permiten anticipar lo que es la muerte.

Mas, ¿es este conocimiento el de la verdadera muerte? - No, en efecto, dado que esta experiencia -estar muerto- resulta incognoscible no sólo en la medida en que no existe un sujeto cognoscente -al morir se deja de ser-, sino también - porque la muerte no es algo que sea, sino simplemente una idea para expresar una carencia.

Tanto Freud como Fenichel negaban la existencia en el inconsciente de representaciones de la muerte. Abadi, por su parte, postula la existencia de una fantasía inconsciente

de la aniquilación de la vida generada de la experiencia del nacimiento en sus tres fases: pre, intra y postnatal.

Sugiere una hipótesis dualista de los instintos de acuerdo a la cual la inclinación hacia la muerte, la existencia de impulsos tanáticos presentes en todo ser humano se manifiestan en la tendencia a reproducir una pauta regresiva, originada en la vida del sujeto a partir de la relación simbiótica que se establece entre madre e hijo dada en la gestación. En la fantasía inconsciente, esa relación simbiótica se transfiere a la relación entre el cuerpo (envoltura materna) y la mente (creatura contenida). Así, el deseo de muerte -desprendimiento de alma y cuerpo- simbolizaría el deseo de nacer. Por tanto, Abadi admite la existencia de una inclinación tanática pero no, como postulaba Freud, como una regresión de la materia viva a su antiguo estado inorgánico, sino como deseo de renacimiento, de liberación, como deseo de otra vida libre del cautiverio del cuerpo.

Las fantasías de muerte en el suicida, entonces, presentarían las siguientes tres modalidades:

- 1) Muerte como fantasía de liberación de la cárcel del cuerpo, de la cárcel de la vida terrenal hacia un afuera, correspondiente al afuera extrauterino. El tránsito de la muerte, entonces, sería la reproducción del tránsito del nacimiento. Estaría asociado a la idea de una desesperada salida de un callejón sin salida; a la huida de una realidad perseguidora y frustrante. Obsérvese el elemento mágico -psicótico- presente en esta motivación.

2. Fantasía de la muerte como un acto que pone fin a la angustia de persecución de un inacabable estar muriéndose sin lograrlo jamás. Esta fantasía corresponde a una fantasía de nacimiento relacionada con la etapa intranatal. El morir constituiría el producto de la impotencia para lograr la verdadera muerte.

3. Muerte como fantasía de encierro o reencierro en la madre tierra o como fantasía de regresión al seno materno.

Distingue Abadi, entonces, dos conceptos de muerte: a) la muerte real, muerte ignorada, no susceptible de conocimiento, fuente principal de la angustia de muerte y b) la muerte imaginada -conscientemente hipotetizada o inconscientemente fantaseada- con la que el ser humano rellena el vacío de su desconocimiento. Esta muerte imaginada presenta dos vertientes: por un lado, el aspecto persecutorio que amenaza, muerte temida y atemorizante y, por otro lado, el aspecto de desarrollo de defensas frente a su persecución. El suicidio es precisamente una forma típica de defensa contra la muerte.

Entre otras motivaciones del suicidio menciona Abadi las siguientes: a) la idea de omnipotencia del suicida que, como un Dios caprichoso, dispone de su vida y de su muerte; b) la idea de obtener un bienpreciado, inaccesible en la vida; c) idea de renacimiento; d) venganza contra el mundo; e) una identificación con el perseguidor (para anticiparse a él); f) escape del sentimiento de soledad.

Por último, señala este autor que todo suicida se mira proyectado en los ojos de los demás desde un después del

del acto suicida. Angel Garma hace mención de algunas observaciones de criminalistas que han llamado la atención sobre el hecho de que los suicidas nunca se matan disparándose un tiro en el ojo, a pesar de que de esta forma lograrían con seguridad la muerte. Parece ser que la idea de la horrenda desfiguración que sufriría su rostro les resulta intolerable. No admitirían que los demás los vieran reducidos a tan lamentable estado.

Resumiendo, los principales planteamientos de Mauricio Abadi acerca del suicidio son los siguientes: la afirmación de que el suicidio constituye una actuación psicótica resultante de mecanismos de defensa del yo. Supone, por tanto, la existencia de ansiedades paranoides y de vivencias persecutorias. Afirma que el núcleo genético del suicidio está dado por la omnipotencia y la magia. Estas suponen una regresión a niveles en los que se da la posibilidad de una reconstrucción psicótica de la realidad. El suicida no busca su aniquilación sino su supervivencia en un "más allá" inaccesible para el perseguidor. Estima que las fantasías inconscientes acerca de la muerte son la reproducción de las fantasías inconscientes del proceso pre, intra y postnatal.

Si bien hasta ahora se han examinado autores de filiación psicoanalítica que han abordado el problema del suicidio haciendo a un lado los factores económicos y socioculturales, esto no significa que estos elementos sean unánimamente desdeñados. Nasim Yampey¹⁰, psicoanalista y médico - -

10. Yampey, Nasim, "Suicidio en Buenos Aires: factores sociales y culturales en su prevalencia y modalidad: en: Abadi et. al., La fascinación de la muerte, op. cit., pp. 13-54.

psiquiatra, representante de la Argentina en la Asociación Internacional para la Prevención del Suicidio, ha estudiado la correlación existente entre las transformaciones económicas y socioculturales y la autoquiritia⁺.

Para su estudio, parte Yampey del análisis de las modificaciones que sufrió su país -Argentina- desde el siglo pasado. El caudaloso flujo de inmigrantes europeos -principalmente italianos (la mitad) y españoles (una tercera parte)- que desde 1875 arribó al país, así como la inmigración latinoamericana de países vecinos -Paraguay, Bolivia, Chile- a partir de 1930, fueron elementos determinantes en el vertiginoso cambio de la sociedad argentina. Este país precedió a otros de Latinoamérica en su transformación de una sociedad hispanocolonial tradicional a una estructura urbanoindustrial.

Estos acelerados cambios en la estructura económica y social necesariamente produjeron modificaciones en los patrones culturales que generaron una situación de crisis. La familia, por ejemplo, bajo el impacto de la urbanización y la industrialización, reformó su estructura: de ser una "familia tradicional", caracterizada por la inclusión de tres generaciones, un alto índice demográfico y relaciones autoritarias centradas en la figura paterna pasó, después de un período de inestabilidad y crisis, a constituir un nuevo tipo familiar, la "familia urbana moderna". En ésta se presentan relaciones democráticas igualitarias, autoridad en la que participan la mujer y los hijos y natalidad planeada.

+ Voz griega formada por el prefijo auto (sí mismo) y keir (mano). Darse a sí mismo la muerte.

La situación de crisis producto de las aceleradas - - - transformaciones, se manifestó asimismo en el índice de suicidios. Este tuvo una alta incidencia a finales de siglo, - disminuyendo después paulatinamente. Yampey atribuye la elevada tasa de suicidios de la Argentina finisecular a los siguientes factores: a) inadecuación entre aspiraciones y formas de lograrlas; b) cambio de valores y pautas de comportamiento; c) pérdida de identidad grupal y personal; d) fracaso en el manejo socializado de la agresión. Es preciso, asimismo, considerar que la mayor parte de los extranjeros realizaban en su país de origen tareas agrícolas y pastoriles y, a pesar de su procedencia rural, alrededor de la mitad se ubicó en la zona metropolitana. Este exigió la adaptación a un nuevo tipo de medio así como a una nueva actividad que no siempre pudo lograrse exitosamente. Los conflictos, tensiones y problemas que sufrieron a raíz de las presiones externas los llevaron, en ocasiones, al límite de la autoeliminación.

Yampey ha estudiado con particular interés a los inmigrantes paraguayos y considera que sus observaciones de este grupo pueden hacerse extensivas a otros conglomerados sociales de países vecinos. Los motivos de expulsión de su país de origen han sido la inestabilidad política, problemas económicos y estancamiento social y cultural. Es interesante llamar la atención sobre el hecho de que la mayor parte salió de su país de origen con la idea de volver. Esto, por un lado, evita problematizar la emigración y facilita el desenvolvimiento en las nuevas condiciones de vida pero, por -

otro lado, impide la necesaria elaboración del proceso en un plazo razonable. Su sensación de transitoriedad les impide lograr una adaptación más creativa, no estableciendo nada - que rebase los requerimientos de una existencia incidental y pasajera. En este grupo, sin embargo, los suicidios se presentan rara vez.

Por otro lado, aquéllos que desde un principio deciden establecerse en el nuevo país, sufren un periodo crítico que tiene el profundo significado de un duelo. La crisis por la que atraviesan obedece a la necesidad de desprenderse de valores profundamente internalizados y la adquisición de otros nuevos así como la presión que experimentan de no limitarse a sobrevivir sino llegar a trascender. El conjunto de tras-tornos y padecimientos que los aqueja se expresa en ocasio-nes a través de todo el grupo o de uno o más miembros.

A nivel interno, el proceso de transculturación se vive como la separación de la madre tierra, tan dolorosa como puede ser la separación del niño de las figuras parentales. El proceso concluye con la superación creativa, que permite una expansión de la personalidad y la consecución de logros o - con el fracaso paralizante que a veces desemboca en el sui-cidio.

Analizando los índices de suicidios actuales (datos de 1970), Yampey señala que el mayor número de suicidas pertenece al grupo de la población menos productiva: amas de casa, jubilados, estudiantes, rentistas. El de los jubilados congtituye un grupo particular ya que, a pesar de que forman sólo el 10% de la población, participan con el 25% de los sui-cidios.

Observa que los intentos de suicidio son más frecuentes entre personas jóvenes, de 18 a 30 años; después de los 50 - prevalecen en forma categórica los suicidios consumados. El porcentaje de suicidas entre la población de personas viejas y maduras es tan alto, que a este tema dedica un estudio especial¹¹.

Basándose en la estadística de 1968, señala que en Buenos Aires las personas entre los 60 y 70 años conforman el - 24% del total de suicidas, siguiéndole con un 16% las personas de 50 a 60 años. Este hecho contrasta notoriamente con lo que ocurría en épocas pasadas: en 1915 prevalecía el suicidio de gente muy joven (15 a 25 años); en 1930 la mayoría se encontraba entre los 25 y 40; en 1950 entre los 40 y 50; en 1960 entre los 50 y 60. ¿Cómo explicar estos cambios?

Yampey opina que el periodo de transición, la intensa - movilidad social y las crisis de valores se han agudizado en las últimas décadas debido a las perturbaciones económicas, sociales y políticas y que ha sido dentro de esta efervescencia social en donde la participación de los jóvenes ha tenido una mayor cabida. La exigencia a la adaptación a nuevas pautas y estilos de vida ha dejado marginadas a las personas de edad quienes, debido a la menor capacidad de asimilar el acelerado ritmo de las transformaciones, han quedado rezagadas y relegadas.

Ahora bien, para poder formarnos un cuadro aproximativo de las condiciones que generan este "hastío de la vida", esta

11. Yampey, Nasim, "Prevalencia actual del suicidio entre las personas de edad" en: Varios, La fascinación de la muerte, op. cit. pp. 57-61.

afanosa búsqueda -como huida- de la muerte que se presenta - en las personas de edad, es imprescindible hacer referencia a las condiciones culturales -derivadas en gran medida de - las condiciones económicas y políticas-, analizando el papel que la sociedad concede a los viejos. Si dejamos a un lado casos excepcionales como el del septuagenario Reagan, mandatario estadounidense actual y el de la gerantocracia soviética que reinó en la URSS hasta una época muy reciente, salta a la vista que en las sociedades modernas los viejos viven - una situación de dolorosa marginación. Esta marginación se manifiesta tanto a nivel social general -oportunidades de - realización de actividades creativas, de expresión de deseos sexuales, etc.- como a un nivel psicosocial más estrecho - -papel que ocupan en la familia, por ejemplo-.

Yampey señala que la actual organización familiar excluye a los viejos que carecen de una función bien determinada y socialmente gratificante como los jubilados y las amas de casa. Tal parece que, a juicio de la sociedad, al llegar a cierta edad la gente dejara de ser, olvidando tanto el cúmulo de experiencias que han adquirido durante el curso de su vida y que podrían ser retomadas de forma provechosa, como - las necesidades que tienen de valoración y afecto.

A los factores anteriormente señalados, podría añadirse que después de los 50 años se presenta un periodo que puede volverse crítico, ya que en este momento suele hacerse un balance existencial que, en caso de resultar poco gratificante, sume al individuo en un estado de depresión y tristeza - que se vive como irreversible dado que en esta época de la -

vida las perspectivas temporal y vital se ven considerablemente reducidas; pareciera que la existencia, ahucándose, dejara poco espacio para llenar los vacíos dejados por las aspiraciones y los deseos no alcanzados.

Apunta Yampey que otra de las limitaciones de las personas de edad consiste en su dificultad para expresar adecuadamente su agresión: en primer lugar, porque sienten que si dañan a sus objetos les resultará imposible repararlos o restaurarlos y, en segundo término por el temor a la reacción vengativa que no podrán neutralizar debido a su fragilidad estructural.

Entre los factores que desencadenan la catástrofe melancólica, se encuentra la pérdida de un objeto libidinal significativo. La imposibilidad de elaborar adecuadamente el duelo culmina eventualmente con el episodio psicótico que es el suicidio.

Concluyendo, pueden sintetizarse los planteamientos de Yampey en estos dos estudios de la siguiente manera:

- a) Los factores sociales y culturales tienen una clara incidencia sobre el índice de suicidios.
- b) Los cambios demasiado bruscos de la sociedad -en este caso la inmigración masiva y la vertiginosa industrialización de la sociedad- trae como consecuencia una crisis de valores (la anomia durkheimiana) que se convierte en un terreno propicio para el suicidio. Nótese que existe -desde una perspectiva teórica diferente-, coincidencia con los planteamientos de Durkheim acerca del suicidio.
- c) Los grupos más vulnerables al suicidio son aquéllos cuya adaptación a los constantes cambios se enfrenta con

mayores obstáculos debido a sus condiciones de existencia. - En el estudio de Yampey estos grupos están constituidos por los inmigrantes y los viejos.

Antes de proceder al análisis de las medidas terapéuticas que pueden implementarse tanto a nivel individual como comunitario para enfrentar el problema del suicidio, es conveniente presentar una síntesis de las posiciones teóricas que acerca de este fenómeno se han elaborado dentro del terreno psicoanalítico. Es importante advertir que los planteamientos aquí examinados de ninguna manera agotan la totalidad de las posiciones que se han desarrollado en torno a este tema; conforman, sin embargo, las ideas centrales alrededor de las cuales se ha encarado el fenómeno de la autodestrucción.

Un tanto esquemáticamente, pueden clasificarse los enfoques psicoanalíticos acerca del suicidio en dos grupos:

1) El enfoque que concibe el suicidio como resultado de procesos intrapsíquicos, es decir, que considera que puede analizarse este fenómeno a partir del análisis de la biografía -y no de la biología- de la persona, de sus vicisitudes históricas y de la intencionalidad que la anima. En suma, que conceptualiza el suicidio como el producto final de mecanismos defensivos del yo. Este enfoque está representado por Abadi, Yampey y Garma (considerando su primera formulación del suicidio de 1952).

2) El enfoque que concibe el suicidio como resultante del instinto de muerte, esto es, como una pulsión que arranca desde lo somático. Sus principales exponentes son: - -

Menninger, Melanie Klein, Grinberg y Garma quien, con la colaboración de Elizabeth Garma, reformula su primera teorización del suicidio incorporando el concepto de instinto de muerte.

Con respecto a los teóricos pertenecientes al primer grupo puede decirse que, sin llegar a presentar una posición unánime, parten de un mismo proceso para explicar el suicidio.

Las principales tesis de estos autores son las siguientes:

1. El suicidio constituye un acto de naturaleza psíquica. Supone una regresión caracterizada por la utilización de primitivos mecanismos de defensa, pensamiento mágico e inmadurez del yo.

2. El suicidio puede presentarse como consecuencia de una identificación con un objeto libidinal perdido. Expresa el deseo de recuperarlo y de correr su misma suerte.

3. El suicidio constituye la manifestación de tendencias agresivas secundariamente vueltas contra el propio yo. Dentro de este proceso pueden reconstruirse los siguientes elementos:

a) Existencia de agresión medioambiental que, por diferentes motivaciones, el sujeto no puede repeler. Sus tendencias agresivas, entonces, al no encontrar cauces que permitan exteriorizarse, se vuelven contra el yo, llegando al extremo de la autoeliminación.

b) Autodestrucción que expresa la agresión contra un objeto ambivalentemente amado y odiado, objeto que se ha

introyectado. Este cuadro es característico de la afección melancólica. En ésta, una parte del yo se identifica con el objeto perdido mientras que la otra -conciencia moral- se erige en juez ejerciendo una crítica feroz y despiadada. En realidad, el conflicto que a nivel psíquico se presenta entre el yo y la conciencia moral (superyo), reproduce la lucha que el yo mantenía con el objeto. Como puede observarse, la autoagresión constituye la expresión de tendencias destructivas dirigidas hacia el objeto que se han revertido contra el yo del sujeto.

Respecto a este punto, pueden advertirse distinciones entre los diferentes autores. Angel Garna en su artículo "Los suicidios" de 1952, enfatiza la agresión contra el objeto como el factor desencadenante del suicidio. Abadi, por otro lado, sin menospreciar el factor agresivo secundariamente vuelto contra el yo, considera que los elementos primordiales que empujan al individuo a la muerte son las vivencias persecutorias y las ansiedades paranoides. Para Abadi, por tanto, el suicidio constituye una huida de un perseguidor.

De lo antes dicho se desprende que ambos teóricos conciben el fenómeno del suicidio como el producto de un enfrentamiento entre el yo y el superyo; sin embargo, la dinámica que se instaura y el papel que desempeña cada instancia psíquica no son idénticos para los dos autores: según Garna el yo sucumbe frente a la embestida del superyo; Abadi, por otro lado, estima que el yo reacciona activamente frente a las presiones superyoicas, elaborando un mecanismo de

defensa mediante el cual pretende, mágicamente, escapar del perseguidor interponiendo entre ambos una barrera infranqueable.

4. Existe cierta independencia entre el deseo de morir y el de suicidarse. Por lo general, los suicidas muestran un gran temor a morir de forma accidental.

5. Subyace en el suicidio una fantasía de autocastigo como forma expiatoria mediante la cual pretende el yo obtener el perdón de su superyo y recuperar su amor. Abadi considera que el autocastigo corresponde a un "sentimiento de culpa" inducido.

6. El suicida elabora un conjunto de fantasías conscientes e inconscientes acerca de su muerte. La muerte, como negación de la existencia, no es la única finalidad del suicida. Según Abadi, las fantasías inconscientes acerca de la muerte reproducen las fantasías inconscientes acerca del proceso pre, intra y postnatal.

7. Existe una clara incidencia de los factores sociales y culturales sobre el suicidio. Los cambios demasiado bruscos de la sociedad crean un terreno fértil para el suicidio. Los grupos más propensos son aquellos cuyas condiciones de existencia les dificultan adaptarse a los constantes cambios.

Respecto a los teóricos que centran su análisis del suicidio alrededor del concepto de instinto de muerte, pueden encontrarse las siguientes formulaciones:

1. Toda conducta hostil a la salud y a la vida constituye la expresión del instinto de muerte dirigido contra el yo. El suicidio constituye su manifestación más extrema.

2. En el suicidio intervienen reacciones maniácas. La finalidad implícita de todo acto maniaco es la autodestrucción. En esta afección el yo, bajo la apariencia de satisfacer sus instintos libidinales, se entrega a la destrucción tanática de su superyo.

3. El suicidio constituye un acto regresivo de naturaleza psicótica. Su núcleo central es la culpa persecutoria que depende del instinto de muerte desfusionado. La intención última del suicida es proyectar esta culpa en los objetos.

4. El suicidio está asociado con una falla de una importante función yoica, la de orientarse en el mundo externo y controlar los impulsos peligrosos.

5. Los síntomas más comunes del suicidio son la depresión, la psicosis y la angustia. En estas afecciones el instinto tanático paraliza a Eros impidiendo la movilización de la libido y la descarga de parte del instinto de muerte hacia afuera.

Puede concluirse que los dos enfoques antes mencionados, si bien parten de una distinta explicación genética del suicidio, coinciden con respecto a la explicación estructural, esto es, consideran que en la conducta autodestructiva el superyo, mediante diversos mecanismos, lleva al yo a darse a sí mismo la muerte.

IX SUGERENCIAS TERAPEUTICAS

IX SUGERENCIAS TERAPEUTICAS

En el capítulo anterior señalamos que los enfoques psicoanalíticos del suicidio pueden clasificarse en dos grupos: a) el enfoque que conceptualiza el suicidio como el producto final de mecanismos defensivos del yo y b) el enfoque que concibe el suicidio como resultante del instinto de muerte.

Ahora bien, con respecto a las medidas preventivas que pueden adoptarse para encarar este problema, pueden advertirse diferencias entre los teóricos pertenecientes a los dos enfoques; no así en lo relativo al tratamiento terapéutico que se propone, que presenta matices distintos en función de la experiencia terapéutica de cada autor e independientemente de su enfoque teórico de referencia.

Como ya se mencionó, los teóricos pertenecientes al primer grupo reconocen la importancia de los factores socioculturales en la determinación del suicidio. Se proponen, por tanto, las siguientes tareas preventivas para enfrentar este problema:

1. Desarrollar estudios epidemiológicos que profundicen en el análisis de los factores sociales. Realizar investigaciones transculturales así como examinar diferencias entre distintas subculturas. El fruto de estos estudios podría dar indicios acerca de los elementos socioculturales asociados con los comportamientos autodestructivos permitiendo, así, delinear métodos preventivos.

2. Desarrollar medidas preventivas en los grupos sociales más propensos: jubilados, gente de edad, amas de casa, inmigrantes, etc.

3. Implementar programas educativos tendientes a difundir en la población conocimientos acerca del origen patológico del suicidio y de las posibilidades que tienen las personas con tendencias de esta naturaleza de recibir atención y tratamiento especializados.

4. Desarrollar una sociedad de suicidología que permita reunir las labores dispersas, lo que permitiría una utilización de los conocimientos desarrollados más orgánica y regular.

5. Lograr el desarrollo de un modelo de psicoterapia breve planificada que funcione en dos o más instituciones - así como formar un grupo de psicoterapeutas dedicados a esta tarea.

6. Analizar el "ritual" de cada suicidio en cuanto ahí se encuentra la clave para descifrar las motivaciones inconscientes.

Con respecto al tratamiento, existe unanimidad en considerar que la psicoterapia constituye el recurso profiláctico más eficaz. Sin embargo, existen diferencias en relación a la importancia que se le concede a la existencia de grados de peligrosidad de la conducta autodestructiva. Autores como Abadi, consideran que tanto el suicidio logrado como el frustrado así como el real o fantaseado tienen la misma psicodinámica y que estas diferenciaciones no tienen valor más que para una descripción fenomenológica. Por otro lado, psicoanalistas como Gazzano¹ y Grinberg consideran que, en - -

1. Gazzano, Alfredo, J.A., "Clínica y terapéutica del suicidio" en: Varios, La fascinación de la muerte, ep. cit. - - pp. 193-207.

materia de tratamiento, es indispensable conocer el grado de peligrosidad de la conducta suicida dado que, dependiendo de este factor, se adoptará una u otra medida terapéutica.

Los autores que estiman necesario distinguir graduaciones de la conducta autodestructiva, definen como suicida a toda aquella persona que presenta una predisposición superior a la de la población media a sufrir procesos de autodestrucción parciales o completos y admiten la siguiente clasificación: suicidio cometido o suicidio logrado que es aquel en el que el acto autodestructivo tiene un desenlace mortal y tentativa de suicidio o suicidio frustrado en el que la acción autodestructiva llevada a cabo con una intención consciente no provoca la muerte del sujeto, aunque en ocasiones puede ocasionarle graves perjuicios.

Es interesante hacer notar que no ha sido sino recientemente que se ha prestado una atención seria a los intentos suicidas. Durante mucho tiempo se les consideró simulacros carentes de interés². En la actualidad, por el contrario, se sabe que las tentativas de suicidio expresan en forma velada y no siempre consciente peticiones de ayuda que, en caso de no ser atendidas, pueden sumir al individuo en graves depresiones aumentando las probabilidades de que su comportamiento autoagresivo tenga un desenlace fatal.

Ahora bien, la terapéutica del paciente suicida puede efectuarse en tres momentos³: 1) previamente al acto suicida mediante la detección y asistencia de quienes presentan un -

2. Stengel, E., Psicología del suicidio y los intentos suicidas, op. cit., p. 19.

3. Gazzano, Alfredo, "Clínica y terapéutica del suicidio", op. cit., pp. 201-206.

alto riesgo de autoeliminarse; 2) tratamiento al paciente - que ha cometido tentativas de suicidio y 3) después del suicidio mediante investigaciones llevadas a cabo en el medio - del paciente que permitan configurar un perfil del suicida, lo que serviría para detectar con mayor precisión las características de los individuos expuestos a mayores riesgos de autodestruirse. Estos estudios, por otro lado, harían posible el reconocimiento de estados de tensión grupales premórbidos permitiendo así una intervención oportuna.

Con respecto a los pacientes que han llevado a cabo in tentos suicidas deben ser tratados por psicoterapeutas entre nados en suicidología. No existen tentativas de suicidio be nignas y no puede hablarse de recuperación en tanto el suje to no reciba una intervención psicoterapéutica eficaz. Re-- sulta de inapreciable ayuda el tratamiento psicoterapéutico de la familia del paciente de forma paralela a su tratamien- to individual.

Es preciso considerar que en ocasiones y por diversos - motivos el paciente no está en disposición de recibir un tra tamiento psicoterapéutico completo. En estos casos, el tera peuta tendrá que desplegar toda su experiencia y conocimien tos para lograr, aun con recursos limitados, ayudar al pa- - ciente a resolver su grave situación. Es importante hacer - notar que el mayor porcentaje de reincidencia se presenta 90 días después de la tentativa de suicidio. Por tanto, cuando se elija un tratamiento de objetivos limitados, el terapeuta deberá asumir la responsabilidad de estar disponible por lo menos durante ese periodo crítico, prolongando esta disponi bilidad el mayor tiempo posible.

En lo referente al tratamiento psicoterapéutico del sui-
cidio, cabe mencionar algunos puntos que se desprenden de -
las conceptualizaciones teóricas antes revisadas:

1. Es primordial que el terapeuta establezca una acti-
tud empática hacia su paciente, lo que no implica contraiden-
tificarse con los aspectos saboteadores de la enfermedad de
éste.

2. Develar al sujeto la dinámica que se esconde detrás
de sus ideas de muerte, esto es, sus deseos de destruir a un
objeto internalizado que se ha vuelto altamente perseguidor.
No es, por tanto, su propia muerte lo que el sujeto busca -
con su suicidio sino la venganza del objeto frustrante y pu-
nitivo.

3. Poner de manifiesto que uno de los elementos funda-
mentales del suicidio es el miedo, la angustia ligada con vi-
vencias persecutorias.

4. Trabajar con especial atención la dinámica de la -
culpabilidad y la agresión teniendo presente que los senti-
mientos de culpa ejercen un efecto inhibitorio sobre la ex-
presión de tendencias hostiles. Asimismo, analizar las fan-
tasías inconscientes de agresividad dirigidas hacia el exte-
rior que subyacen en su deseo de muerte.

5. Es esencial que el terapeuta establezca un vínculo
con su paciente que le permita a éste reconstruir su mundo -
interno, vivido en peligro de destrucción y desastre así co-
mo recuperar aspectos de su yo que han sido excluidos por la
utilización excesiva de mecanismos de defensa.

6. Analizar las fantasías inconscientes del sujeto relacionadas con su muerte: fantasía de agresión, de autocastigo, de retorno al seno materno, de renacimiento, etc.

7. Finalmente, es importante tener en cuenta que el marco terapéutico debe ser flexible y ajustarse a las condiciones peculiares de cada individuo.

X. ANALISIS CRITICO DEL ENFOQUE PSICOANALITICO

X ANALISIS CRITICO DEL ENFOQUE PSICOANALITICO

La crítica que sustentaré no abarca todos los aspectos del psicoanálisis puesto que con este término se hace referencia a una pluralidad de conceptos y procedimientos cuyo análisis exhaustivo requeriría la elaboración de una obra - específica. Examinaré críticamente tan sólo algunos aspectos de la teoría y de la práctica psicoanalítica, profundizando en las áreas que revisten mayor importancia en lo referente a la problemática del suicidio.

El "psicoanálisis", en efecto, denota la coexistencia, como lo plantea Szasz¹, de cuatro categorías heterogéneas y generales de elementos: 1) un marco teórico de conceptos, - hipótesis y teorías cuyo objetivo es explicar diversos aspectos del desarrollo y de la conducta humana; 2) un conjunto de datos basados en la observación y en la inferencia; - 3) un método científico que permite, mediante un sistema de observaciones y deducciones, fundar las hipótesis acerca de diversos aspectos del comportamiento humano y 4) un método psicoterapéutico, una técnica curativa que permite provocar cambios concretos en los individuos sometidos a tratamiento.

Los niveles más significativos para la crítica del enfoque psicoanalítico del suicidio son los referentes al marco teórico y al método psicoterapéutico, puesto que es precisamente en estas áreas en donde se ubican la definición - de conceptos y de procedimientos que permiten explicar e intervenir sobre las conductas autodestructivas.

1. Szasz, Thomas, "El psicoanálisis como método y teoría"- en: Freud, Fromm-Reichman, et. al., Ciencia y teoría en psicoanálisis, Amorrortu Editores, Argentina, 1965, p. 63.

A nivel conceptual, analizaré críticamente un aspecto del psicoanálisis: la conceptualización y el papel otorgado a los procesos sociales como agentes desencadenantes del suicidio. Respecto al método psicoterapéutico propuesto por el psicoanálisis, realizaré una revisión crítica centrada en las características del dispositivo analítico.

En relación al primer punto, cabe señalar que muchos autores destacados, incluyendo al mismo Freud, han subrayado la importancia de los factores sociales en el surgimiento de las neurosis. Sería una falacia afirmar que todos los enfoques psicoanalíticos eliminan de su horizonte conceptual el análisis de lo social. En efecto, Freud² plantea que: "... ha descubierto el psicoanálisis cuán ampliamente participen las circunstancias y exigencias sociales en la etiología de las neurosis. ...la vieja afirmación de que la neurosis sería un producto de la civilización tiene, por lo menos, una parte de verdad." Asimismo, otros autores como Erich Fromm, Igor Caruso³, León Rozitchner⁴, han hecho hincapié en los aspectos sociales del psicoanálisis. Sin embargo, el problema relevante es el reconocimiento del papel que se atribuye a lo "social". ¿Cómo conceptualiza el psicoanálisis los procesos sociales y cómo los relaciona con la dinámica intrapsíquica?

2. Freud, S., "Múltiple interés del psicoanálisis" en: Obras Completas, op. cit., pp. 1865-1866.

3. Caruso, Igor, A., Aspectos sociales del psicoanálisis, Premiá Editora, México, 1979.

4. Rozitchner, León, Freud y los límites del individualismo burgués, Siglo XXI Editores, México, 1979.

Muchos autores de tendencia psicoanalítica reducen el análisis de las contradicciones sociales a un concepto genérico de civilización, destacando sobre todo sus características y connotaciones normativas. Si lo social coincide con las exigencias sociales de la civilización, la única medida posible para liberarse de una neurosis consiste en acatar el sistema de reglas formales e informales propuestas por las instituciones. El suicidio, por lo tanto, configuraría la emergencia de una personalidad sumamente inadaptada y enferma que escapa de la angustia mediante un acto psicótico.

La reducción de la sociedad a sus instancias normativas y reguladoras y del suicidio al producto de una enfermedad, encubre la carencia de un análisis riguroso del conjunto de las condiciones sociales que generan el malestar y el sufrimiento. El suicidio constituye el eslabón final de una compleja cadena de acontecimientos que incluyen los métodos de crianza, la clase social de pertenencia, la escolarización, el lugar de residencia, las relaciones laborales, la filiación ideológica del sujeto y su posición con respecto a los medios de producción y el mercado. Los elementos antes mencionados no se yuxtaponen mecánicamente, pueden influir de forma dinámica y diferenciada sobre la personalidad del sujeto; sin embargo, constituyen el marco general de análisis de los individuos en sus relaciones concretas y, por tanto, configuran el esbozo de la génesis social del suicidio.

Lo que el psicoanálisis menoscaba constantemente -con la excepción de algunas corrientes críticas-, es que el suicidio antes de constituir un acto individual, existe como

fenómeno social, es decir, existen condiciones y mecanismos objetivos en la organización social y en la interacción que empujan a los individuos a un acto autodestructivo. Los actos suicidas tienen como trasfondo un conjunto de condiciones deshumanizantes tales como: competencia exasperada, formalismo en las relaciones sociales, violencia y agresividad grupales, conformismo, etc.

A estas posturas puede añadirse una objeción de carácter epistemológico en relación al concepto de inconsciente. Según el enfoque del análisis institucional, el inconsciente está instituido, esto es, el inconsciente no sería únicamente el lugar donde se expresarían las dinámicas pulsionales, sino que existen en él instituciones y dispositivos que proceden de la organización social. Guattari⁵, por ejemplo, plantea que los dispositivos de comunicación, de semiotización, de poder, así como la práctica institucional inciden sobre la dinámica del deseo y del inconsciente. El suicidio, dentro de esta perspectiva, no sería tan sólo el producto de un conflicto intrapsíquico, sino que conformaría el producto de un conflicto irresoluble entre el individuo y los dispositivos sociales de dominación, conflicto que se concretiza dentro del sujeto pero a raíz de dinámicas y procesos que lo trascienden.

Sintetizando, podríamos afirmar que el psicoanálisis no desconoce la importancia de los factores sociales, sin - -

5. Guattari, Félix, Loureau, René, et. al., La intervención institucional, Folios Ediciones, México, 1981, pp. 95-125.

embargo, los concibe como un genérico medio ambiente cuyas leyes están "dadas" y en el cual actúan individuos que no presentan una determinación de clase. De esta forma, lo social pierde su especificidad y se convierte en lo formalmente establecido, incurriendo en un error similar al de Durkheim.

Lo que omite la teoría psicoanalítica es la articulación dialéctica entre el individuo como sujeto biológico y el individuo como sujeto social, como ser que desea y ser que produce. La explicación del suicidio, por lo tanto, queda encerrada en la dinámica de las instancias psíquicas, olvidando que estas mismas instancias están constituidas parcialmente por la dinámica de la organización social.

Respecto al método psicoterapéutico del psicoanálisis, puede afirmarse que cuenta con algunas técnicas y algunos objetivos específicos. Las técnicas mayormente empleadas son la asociación libre, interpretación de la resistencia, de la transferencia y del deseo, análisis de los sueños y de las fantasías, interpretación de las dinámicas vivenciales, etc. Los objetivos terapéuticos consisten en el reconocimiento cabal por parte del paciente de sus conflictos, propiciando así la búsqueda de alternativas concretas.

No obstante, existen otros aspectos del método menos analizados e igualmente relevantes: el método psicoterapéutico precisa previamente del establecimiento de un contrato entre el analista y el analizado. Dicho contrato es indispensable para la instauración del análisis y consiste en un conjunto de reglas normativas: expresión cabal de las

vivencias, reconocimiento de la autoridad técnica del terapeuta, pago puntual de honorarios, etc. Dicho contrato configura una institución o, utilizando la terminología de Castel⁶, un dispositivo que reglamenta el intercambio analítico dentro de las leyes del mercado y dentro de la normativa profesional vigente.

El concepto de dispositivo analítico se refiere al conjunto de determinaciones que presiden el establecimiento de una relación analítica; no incluye tan sólo la posición de clase del terapeuta sino las condiciones que posibilitan el discurso, el tratamiento y el poder psicoanalítico. Este poder es un poder institucional, instituido por una nueva clase de técnicos, mas este poder no es neutral; la operatividad psicoanalítica utiliza un dispositivo específico para reforzar su discurso.

Claudio Martini⁷ entre otros autores, ha señalado algunos elementos característicos del dispositivo psicoanalítico: la privatización, la separación y la despolitización. La privatización consiste en establecer un encuentro entre dos personas que crean "libremente" un contrato privado. La separación se refiere a la división entre el reconocimiento de los conflictos por parte del paciente y las acciones concretas tendientes a proporcionar alternativas viables. La despolitización consiste en el opacamiento de las dinámicas socioinstitucionales presentes fuera y dentro del análisis a raíz de la interpretación pulsional.

6. Castel, Robert, El psicoanalismo, el orden psicoanalítico y el poder, Siglo XXI Editores, México, 1980.

7. Martini, Claudio, El fin del manicomio, op. cit., - - - pp. 131-134.

Estos mecanismos guardan una estrecha relación entre sí y parten del presupuesto de que el cambio debe acontecer en la vida y en las percepciones del sujeto mas no en el campo macrosocial. De esta forma, el psicoanálisis cura a "su" paciente, un paciente que reúna los requisitos de disponibilidad, de solvencia económica, dispuesto a curarse y capaz de analizar sus conflictos. Un paciente que, además, esté dispuesto a ubicar sus contradicciones en el campo intrapsíquico.

Sin embargo, este dispositivo no funciona con la inmensa mayoría de los potenciales suicidas cuyo malestar procede de situaciones concretas de marginación y de desrealización que los orillan a la autoeliminación real o simbólica.

La relación psicoanalítica, además, prevee explícitamente una desigualdad de poder entre el terapeuta y el paciente; la interpretación simbólica, por ejemplo, es patrimonio del analista; las necesidades del terapeuta son concretas mientras que las del paciente no lo son. Esta desigualdad objetiva en la distribución del poder puede ser un obstáculo en el establecimiento de una relación basada en la reciprocidad y, por lo tanto, puede dificultar la terapia de un paciente cuyos conflictos se originen de relaciones asimétricas con el poder.

Ahora bien, a pesar de todas las limitaciones señaladas y teniendo presente que la terapia psicoanalítica únicamente puede ser aplicada a cierto grupo restringido de la población -grupo que reúna ciertos requisitos como capacidad económica, disponibilidad, etc.-, puede afirmarse que - - -

actualmente este procedimiento terapéutico es el que ha mostrado mayor capacidad para enfrentar la compleja problemática del suicidio.

Tercera Parte

ENFOQUE PSIQUIATRICO DEL SUICIDIO

XI ENFOQUE PSIQUIATRICO DEL SUICIDIO

I. Antecedentes históricos de la psiquiatría

El enfoque psiquiátrico del suicidio quedaría insuficientemente examinado si prescindimos de un análisis introductorio que enmarque las explicaciones acerca de las conductas autodestructivas dentro del desarrollo de la psiquiatría académica, de las teorías de la enfermedad propuestas y de la práctica institucional de esta disciplina.

La psiquiatría se constituyó como "ciencia" a mediados del siglo XIX a raíz de dos fenómenos: el surgimiento y la afirmación del positivismo en el campo de las ciencias sociales y la extensión de la práctica clínica de la medicina en el campo de la enfermedad mental. Esta doble filiación de la psiquiatría permite descubrir la génesis de sus conceptos y de sus teorías explicativas de la enfermedad mental.

La "locura" en la etapa preindustrial no disponía de un ámbito de análisis específico. Foucault¹ analizó las concepciones y el tratamiento de la locura en el periodo clásico y logró demostrar que el "loco" no presentaba un status autónomo; se le asimilaba a otras figuras sociales -delincuentes, enfermos neurológicos, mendigos, etc.- que estaban marginadas de la estructura económica y de los valores dominantes vigentes.

Por el contrario, a mediados del siglo pasado y como consecuencia de las conceptualizaciones positivistas, se

1. Foucault, Michel, Historia de la locura en el periodo clásico, F.C.E., México, 1967.

circunscribe un campo de análisis para el sufrimiento psíquico. La psiquiatría positivista concibe la enfermedad mental como una alteración de los parámetros que definen la norma biológica y la norma social. Por lo tanto, la enfermedad mental se considera simultáneamente como una alteración biológica cuya causa radica en procesos hereditarios y perturbaciones cerebrales orgánicas, por un lado, y como conducta socialmente intolerable que transgrede las normas sociales formal o informalmente establecidas, por otro.

Como plantea Claudio Martini², el enfoque positivista - en psiquiatría concibe al enfermo mental como:

- a) Objeto biológicamente perturbado.
- b) Objeto de estudio a nivel psiconeurológico.
- c) Sujeto despersonalizado en cuanto transgresor social.
- d) Individuo que pierde su contractualidad social y que necesita ser custodiado por instituciones totalizadas.
- e) Individuo que debe someterse a las reglas institucionales.
- f) Sujeto incomprensible, peligroso, incurable y de "público escándalo".

Cabe mencionar, sin embargo, que la génesis biológica - de la enfermedad mental nunca se pudo demostrar mediante investigaciones concluyentes y que las interpretaciones psiquiátricas acerca del enfermo como transgresor social no constituyen otra cosa que un juicio axiológico formulado en

2. Martini, Claudio, El fin del manicomio, op. cit., p. 23.

base a los valores hegemónicos presentes en una determinada organización social.

Los principales teóricos del positivismo psiquiátrico - elaboraron una taxonomía de la enfermedad esperando llegar, mediante la sistematización de las categorías nosográficas, a la definición del campo conceptual de la enfermedad. Kraepelin³ y Bleuler⁴ elaboraron un universo clasificatorio extremadamente minucioso; Kraepelin dividió la demencia precoz -atribución que después se transformó en esquizofrenia- en cuatro categorías, a saber: demencia simple, demencia hebefrénica, demencia catatónica y demencia paranoide. Elaboró asimismo el concepto de parafrenia -que luego se modificó en paranoia-, destacando las formas morbosas que la conforman.

La clasificación se lograba mediante el aislamiento de grupos de síntomas, funciones psicofísicas y rasgos conductuales integrados entre sí y presentes de forma significativa en el paciente. Por ejemplo, el esquizofrénico paranoide presentaría, según los teóricos positivistas, los siguientes elementos sintomáticos: ideas de persecución, alucinaciones, fantasías de conspiración, excitación incontrolable, negativismo, ideas de referencia, etc.

El procedimiento científico seguido por esta corriente consiste en plantear una correspondencia biunívoca entre el conjunto de los síntomas y el concepto nosográfico propuesto, es decir, si un paciente presenta los síntomas propios de -

3. Kraepelin, Emil, Dementia Praecox and Paraphrenia, Robert E. Krieger, Huntington, New York. Citado por Martini, C., - El fin del manicomio, op. cit., p. 25.

4. Bleuler, E., Demencia precoz: el grupo de las esquizofrenias, Edit. Hormé, Buenos Aires. Citado por Martini, C., - op. cit., p. 28.

algún cuadro clasificatorio, se le puede legítimamente atribuir el status de esquizofrénico, maníaco depresivo, personalidad psicopática, etc.

Estos planteamientos constituyen la base conceptual del enfoque psiquiátrico del suicidio. Los autores que se adhieren a esta postura, intentan determinar la frecuencia de suicidios de acuerdo a cada una de las patologías, presuponiendo de antemano que la clasificación de la enfermedad mental en diferentes formas de psicosis presenta una validez incuestionable. Esto es, no impugnan la taxonomía de la enfermedad mental, dedicándose a investigaciones epidemiológicas que presuponen el concepto clásico de enfermedad mental.

Es preciso subrayar, además, que las teorías positivistas en psiquiatría no configuran únicamente un dispositivo conceptual, sino que constituyen el sustento de la práctica represiva instrumentada en los hospitales psiquiátricos y en los centros comunitarios de salud mental. El tratamiento de la enfermedad no es desligable de su conceptualización puesto que es ésta precisamente la que legitima la intervención institucional⁵.

En el transcurso de los últimos 50 años, la psiquiatría ha conocido un desarrollo teórico aparentemente muy amplio; ha incorporado en su universo conceptual algunos conceptos psicoanalíticos propios del enfoque psicodinámico -mecanismos de defensa, formación dinámica de las neurosis y psicosis, teoría de las pulsiones, etc.-, así como referentes

5. Véase Basaglia, Franco, et. al., La institución negada, Barral Editores, Barcelona, 1979.

propios de la fenomenología (elemento psíquico, instaneidad, intencionalidad, etc.⁶). Sin embargo, su horizonte teórico práctico ha permanecido dentro del biologismo positivista. Prueba de ello es el desarrollo de la terapia psicofarmacológica, de las técnicas de shock eléctrico y de las investigaciones de psicocirugía, dirigidas al tratamiento biológico-médico de las disfunciones provocadas por la enfermedad.

La fragilidad del aparato teórico de la psiquiatría tradicional ha quedado al descubierto en los últimos 20 años - gracias a la elaboración de enfoques críticos acerca del sufrimiento psíquico y del tratamiento psiquiátrico. La corriente inglesa denominada antipsiquiátrica⁷, ha puesto de relieve las limitaciones epistemológicas de la clasificación psiquiátrica y ha otorgado a la "locura" un nuevo significado, conceptualizándola como la emergencia de una protesta frente a una situación intolerable.

Asimismo, la corriente francesa socioanalítica⁸, ha impugnado el dispositivo psiquiátrico, tanto institucional como comunitario, por configurar un instrumento de manipulación y control que contribuye a sujetar las necesidades radicales de los individuos y de los grupos dentro de esquemas funcionales al capitalismo tecnológico.

La contribución más contundente a la crítica práctica de la psiquiatría está representada por las corrientes - -

6. Rojas, Enrique, Estudios sobre el suicidio, op. cit., p. 25.

7. Cooper, D., Psiquiatría y antipsiquiatría, Edit. Paidós, Buenos Aires, 1974.

8. Guattari, F., "Revolución molecular y lucha de clases", en: Antipsiquiatría y política, Edit. Extemporáneos, México, 1980, pp. 55-67.

dialécticas y materialistas -Movimiento Italiano de Psiquiatría Democrática, Red de Alternativas a la Psiquiatría en América Latina-, que conciben a la psiquiatría como una pseudociencia que encubre sus finalidades de control represivo y normalizador detrás de teorizaciones acientíficas y obsoletas.

En las páginas siguientes llevaré a cabo un análisis de los marcos explicativos y de los tratamientos propuestos por las corrientes psiquiátricas tradicionales, destacando su conceptualización del suicidio y sus implicaciones clínicas. Revisaré críticamente, al mismo tiempo, los fundamentos, la metodología y los resultados de las investigaciones epidemiológicas propuestas y, por último, propondré un análisis crítico global del enfoque psiquiátrico del suicidio.

II. Concepción psiquiátrica del suicidio y sus implicaciones clínicas

Una gran parte de las investigaciones acerca del suicidio realizadas en el campo de la psiquiatría, han estado orientadas predominantemente hacia los resultados prácticos. Así, Farberow y Schneidman⁹, fundadores en 1958 del Centro de Prevención del Suicidio de Los Angeles, realizaron una gran cantidad de estudios encaminados a la prevención de la autodestrucción. De igual forma, Pöldinger¹⁰, Jefe del Departamento de Investigaciones de las Depresiones de la

9. Farberow, N.L. y Schneidman, ¡Necesito ayuda!, Estudio sobre el suicidio y su prevención, La Prensa Médica Mexicana, México, 1969.

10. Pöldinger, W., La tendencia al suicidio, Ediciones Morata, Madrid, 1969.

Clínica Psiquiátrica Universitaria de Basilea, Suiza, ha concentrado sus esfuerzos en la determinación de los riesgos de suicidio, considerando que este conocimiento es fundamental para tomar una decisión acerca del tratamiento más conveniente que debe recibir un paciente depresivo (tratamiento ambulatorio o internamiento en la clínica).

El mérito de Farberow y Schneidman no consiste tan sólo en haber sido unos de los primeros psiquiatras interesados en el estudio del fenómeno de la autodestrucción -fenómeno - que durante mucho tiempo fue considerado tabú-, sino en haber creado el primer centro dedicado a la prevención del suicidio. En la actualidad, existen más de cien centros semejantes en E.U. Asimismo, han surgido numerosas organizaciones dedicadas a la prevención de la autoeliminación en Europa, Africa, Latinoamérica y el Lejano Oriente, especialmente en Japón. Para impulsar estas actividades ha sido creada una Asociación Internacional para la Prevención del Suicidio, cuya sede se encuentra en Viena, Austria.

Dado que, como ya se mencionó, la labor primordial de Farberow y Schneidman se centra en la prevención del suicidio, analizaremos brevemente las principales actividades que realiza el Centro de Prevención del Suicidio (C.P.S.).

Los autores plantean que el objetivo fundamental del C.P.S. es la prevención inmediata y a largo plazo del suicidio. Las tres metas principales del Centro son:

a) Evitar la consumación de los suicidios mediante procedimientos de selección, diagnóstico y terapéutica propuestos por el Centro. A este finalidad se le denomina el aspecto clínico de la intervención del C.P.S.

b) Convertir el Centro en una agencia de salud pública, integrándolo con otras agencias e instituciones del Estado - en la comunidad tales como el Departamento de Salud Pública, el Departamento de Policía y la Oficina del Médico Forense. (Aspecto comunitario del C.P.S.).

c) Promover investigaciones epidemiológicas para conocer la distribución social y territorial del suicidio, así - como probar diversas hipótesis acerca del fenómeno de la autodestrucción. Estas actividades constituyen el aspecto investigativo del Centro.

Considerando que la actividad primordial del Centro está dirigida a la prevención de la autoeliminación, es importante tener conocimiento de las características de los sujetos presuicidas a fin de poder intervenir de forma oportuna. Numerosas investigaciones han puesto de manifiesto que los - suicidas muestran una fase preliminar reconocible (amenazas de autodestrucción, intentos recientes de suicidio o comportamientos que indican una tendencia autodestructiva). Los - esfuerzos de prevención, entonces, se centrarán en este tipo de individuos.

Los medios que el C.P.S. utiliza para obtener datos sobre personas presuicidas abarcan una vasta gama de actividades que incluyen encuestas entre médicos de la comunidad, - análisis de expedientes de pacientes hospitalizados con antecedentes suicidas y sistematización de la información recogida por el propio Centro.

El tratamiento que el C.P.S. ofrece a las personas que han intentado suicidarse, incluye varias fases: a) registro

de datos, b) contacto con relaciones colaterales; c) asignación de personal; d) terapias, e) observación posterior. Además, se aplica una batería de pruebas psicológicas (prueba de "apercepción temática", "completar frases", "inventario de la personalidad" de Minnesota, etc.). Posteriormente, el Centro se coordina con otras agencias -clínicas, Departamento de Trabajo Social, médicos particulares, hospitales psiquiátricos- para turnar casos de pacientes cuya condición lo amerite.

Los aspectos comunitarios de la intervención del Centro, cuentan con tres clases de actividad:

1. Asesoría a instituciones y a grupos dirigida a la prevención del suicidio. Forman parte de este tipo de intervenciones algunas actividades como la capacitación de operadoras telefónicas en caso de recibir llamadas de personas que desean suicidarse y el asesoramiento al personal médico de los hospitales para que estén en condiciones de determinar cuándo un paciente que ha intentado suicidarse puede abandonar el hospital.

2. Colaboración con la Oficina del Médico Forense del municipio para esclarecer casos dudosos de accidente-suicidio. Esto es, dado que el sine qua non del suicidio es la intención de autodestruirse y esta intención pertenece al dominio psicológico, un equipo del C.P.S. realiza lo que se ha denominado "autopsia psicológica". Para ello, recoge información de distintas personas que conocieron a la víctima, intentando reconstruir el estilo de vida del difunto. De esta forma se clarifica la causa de la muerte (suicidio, homicidio, accidente o muerte natural).

La realización de la autopsia psicológica tiene dos objetivos: a) proteger la salud mental de las personas sobrevivientes allegadas al finado y b) aumentar la confiabilidad de las estadísticas del suicidio.

Los aspectos investigativos del G.P.S. consisten en un conjunto de encuestas epidemiológicas que pretenden correlacionar los suicidios consumados y los intentos de suicidio con un conjunto de variables sociológicas y ecológico-sociales. Las variables sociológicas están conformadas por: raza, sexo, estado civil, ocupación, religión, nacionalidad, etc. Las ecológico-sociales incluyen la distribución y el tipo de los asentamientos humanos. Los autores, además, investigan las modalidades del suicidio: método empleado, análisis de las notas suicidas, etc.

Mediante estos estudios epidemiológicos los autores llegan a formular una tipología de los suicidas potenciales. De acuerdo a sus resultados, el sujeto que más frecuentemente intenta suicidarse presenta las siguientes características: sexo femenino, raza caucásica, edad comprendida entre los 20 y los 40 años, ocupación ama de casa. El método más frecuentemente utilizado es la ingestión de barbitúricos.

Asimismo, se precisa una tipología del sujeto que consume el suicidio, cuyas características difieren significativamente del grupo anterior. Los sujetos que logran suicidarse son en su mayoría individuos de sexo masculino, raza caucásica, mayores de 40 años, casados, pertenecientes a la clase obrera. Los medios mayormente empleados son el ahorcamiento, utilización de armas de fuego y envenenamiento.

Los autores, además, han realizado estudios de algunos pacientes internados en los hospitales psiquiátricos que han cometido actos suicidas. Según las encuestas realizadas, el mayor número de suicidios consumados en los hospitales corresponde a pacientes diagnosticados como esquizofrénicos.

El procedimiento de análisis incluye tres etapas: 1) resumen detallado y completo de la historia del paciente; 2) elaboración de una "autopsia psicológica" intensiva de cada caso; 3) síntesis de similitudes y diferencias básicas entre casos suicidas y el grupo control.

A partir de este análisis, los autores distinguen tres grupos dentro de los pacientes esquizofrénicos que atentaron contra su vida: a) paciente inconforme; b) paciente depen-diente satisfecho y c) paciente dependiente insatisfecho.

Sintetizando, podemos afirmar que Farberow y Schneidman llevan a cabo trabajos epidemiológicos desde una perspectiva psiquiátrica convencional, elaborando perfiles del suicida - tanto en la comunidad como en el medio hospitalario. Sus esfuerzos están dirigidos a la prevención del suicidio mediante el reconocimiento de las características ligadas a este - fenómeno.

El enfoque de Pöldinger presenta algunas semejanzas con los autores antes revisados. Sin embargo, sus estudios es-tán enfocados al análisis de la distribución del suicidio en el medio hospitalario y a la clasificación nosográfica de - los suicidas potenciales que ingresan al hospital.

Pöldinger correlaciona los suicidios acaecidos en los - hospitales psiquiátricos con las categorías nosográficas -

propias de la psiquiatría tradicional. Realiza, con este fin, un estudio epidemiológico para poner en evidencia qué tipo de enfermos mentales intentan el suicidio con mayor frecuencia.

De acuerdo a sus resultados, el diagnóstico más frecuentemente asociado con tendencias suicidas es el de depresión reactiva, que conforma el 25% de los suicidios frustrados; los pacientes psicopáticos conforman el 18% de la muestra total -440 pacientes-. Los pacientes alcohólicos constituyen el 9% y los toxicómanos el 7%.

Al mismo tiempo, el autor aplicó a un grupo de suicidas potenciales un test psicológico, el Beck-Fichet Inventory, para determinar los rasgos psicológicos asociados con la tendencia al suicidio y puso de manifiesto que dicha tendencia está relacionada con la depresión profunda, con el aislamiento y con la angustia.

Por último, cabe mencionar que el autor elaboró una lista de riesgo para valorar la suicidalidad. Para ello, reunió en una tabla de correlaciones los rasgos especialmente estudiados por su grupo de investigación. Además, consideró ciertos rasgos estudiados por varios autores -especialmente Kielholz y Ringel- que, de acuerdo a su experiencia clínica, son especialmente significativos desde el punto de vista del riesgo de suicidio. Entre ellos se encuentran la inhibición de las agresiones y las fantasías de muerte.

La ventaja de esta lista frente a otras análogas consiste en que, al utilizar como lista de riesgo la tabla de correlaciones, no se tienen exclusivamente en cuenta los riesgos aislados, sino la coincidencia entre rasgos distintos.

Los resultados que ha arrojado la aplicación de la lista de riesgo de suicidalidad, son los siguientes: no se observa una diferencia significativa entre los suicidios y los intentos de suicidio; sin embargo, la diferencia es altamente significativa entre pacientes que no cometieron actos suicidas y aquéllos otros que se suicidaron (p 0.001), y también con los que realizaron tentativas de suicidio (p.0.001).

Es importante dejar sentado que la lista de riesgo de suicidalidad no puede emplearse de modo racional si no se realiza en conexión con un reconocimiento general del caso. No debe ser empleada de forma única para decidir si un paciente ha de ser internado o puede tratarse de forma ambulatoria ya que, para resolver este problema, se deben considerar los rasgos de la personalidad y los hechos actuales.

III. Análisis crítico de la epidemiología psiquiátrica

Las proposiciones antes revisadas se desprenden de las investigaciones epidemiológicas realizadas por los autores. Es oportuno, antes de formular una crítica general, examinar el desarrollo de la epidemiología psiquiátrica a la luz del método empleado y del objeto de estudio definido.

Podemos definir a la epidemiología psiquiátrica como la disciplina que intenta correlacionar la distribución de los trastornos mentales con algunas características demográfico-económicas, destacando la distribución de las patologías por raza, sexo, ingreso y profesión¹¹.

11. Martini, Claudio, "Crítica de la epidemiología psiquiátrica" en: Medicina para quién, 2 edición, Editorial Nueva Sociología.

Las primeras investigaciones en el campo de la psiquiatría consistieron en encuestas estadísticas cuyo objetivo radicaba en la determinación de las frecuencias de las patologías. Los investigadores examinaban los expedientes de los internados y los datos de archivo existentes en el manicomio para determinar el porcentaje de esquizofrénicos, paranoicos, maniaco depresivos, etc., presentes en la institución.

Posteriormente, se llevaron a cabo estudios más refinados. Paris y Dunhan¹² mediante sus estudios plantearon la hipótesis de la anomia, es decir, consideraron que los trastornos psíquicos procedían de la desorganización social, de la carencia de reglas y normas aceptadas por la comunidad y de las precarias condiciones de vida de las metrópolis. Los desequilibrios psíquicos estarían influidos, según los autores, por factores ecológicos y sociales como la pobreza, el aislamiento, la desorganización social, la elevada movilidad social, la escasa cooperación y comunicación interindividual.

Elemento común de estos estudios es subrayar la existencia de una relación entre los factores sociales y las enfermedades mentales. Dicha relación es concebida como la interacción de dos elementos: 1) el conjunto de los trastornos codificados como enfermedad mental y 2) algunos desajustes del sistema social concebido de forma positivista o funcionalista, esto es, como un sistema regido por el principio de la integración y del "equilibrio social".

12. Paris, R.E.L. y Dunhan, H.W., Mental disorders in Urban Areas: an Ecological Study of Schizophrenia and other psychosis, University of Chicago Press, 1932. Citado por Martini, Claudio, "Crítica de la epidemiología psiquiátrica, op. cit.

Otras investigaciones epidemiológicas pusieron en evidencia la influencia de las clases sociales sobre la enfermedad mental. Dos investigadores norteamericanos -Hollingshead y Redlick¹³- plantearon, después de un extenso trabajo de investigación, que existe una correlación significativa entre la clase social de pertenencia y la prevalencia de algún tipo de enfermedad mental. Apuntaron, asimismo, que las clases más bajas presentan niveles de enfermedad -cuadros psicóticos- y de hospitalización, mucho más elevados que los miembros de las clases altas y que la pertenencia de clase determina el tratamiento institucional recibido por el paciente.

Todos estos trabajos incurren en un grave error: conciben las clases sociales como grupos homogéneos por instrucción, ocupación, ingreso y lugar de residencia y toman en cuenta los factores sociales de forma descriptiva, destacando los niveles de interacción de los distintos grupos e instituciones. Estos elementos son característicos del enfoque positivista-funcionalista que atribuye a la enfermedad el valor de un dato a priori y a la estructura social las características de un sistema equilibrado y "armoniosamente integrado".

Por otro lado, es oportuno recordar que el método epidemiológico empleado es fundamentalmente inductivo, esto es, - la epidemiología psiquiátrica intenta generalizar y producir sus modelos explicativos a partir del análisis de casos -

13. Hollingshead y Redlick, F.C., Classi sociali e malattie mentali, Einaudi, Turín, 1965. Citado por Martini, Claudio, "Crítica de la epidemiología psiquiátrica", op. cit.

particulares. El método consistiría, por lo tanto, en la generalización de lo empírico y en la construcción progresiva del objeto de estudio a partir de análisis de alcance limitado que pueden convertirse, mediante la acumulación cuantitativa de los datos, en modelos más acabados.

El procedimiento es el siguiente: se detectan casos de enfermedad, se cuantifican y posteriormente se intenta agrupar los síntomas más frecuentes en cuadros taxonómicos que correlacionan cierta patología con cierto grupo de variables sociales.

Los instrumentos metodológicos más frecuentemente utilizados son las tasas de prevalencia y las tasas de incidencia. La primera consiste en la relación entre el total de los casos psiquiátricos y el número total de habitantes. La segunda corresponde a la relación entre el número total de personas que en un determinado periodo experimentan por primera vez un trastorno psíquico y el número total de individuos sometidos a riesgo psiquiátrico.

Estos instrumentos presentan una validez muy limitada, puesto que miden casos de enfermedad detectados mediante la codificación tradicional de las patologías y configuran dispositivos técnicos meramente descriptivos. En efecto, estos índices sirven únicamente para cuantificar casos de enfermedad, mas no pueden explicar la naturaleza del sufrimiento psíquico ni la repercusión del tratamiento institucional sobre la definición de la locura.

Por estas razones, los estudios epidemiológicos referentes al suicidio presentan algunas limitaciones que ponen en entredicho sus resultados:

1) Consideran a la estructura social de forma estática, como la suma de sus partes.

2) Definen su objeto de investigación en función de las teorías convencionales de la enfermedad mental.

3) Otorgan a los factores sociales un papel etiológico sobre la enfermedad sumamente criticable. Dichos factores se toman en cuenta prescindiendo de un análisis de la totalidad social que permita su reconocimiento concreto¹⁴.

4) Se llevan a cabo fundamentalmente en los hospitales psiquiátricos, lugar que constituye el ámbito privilegiado de la observación.

5) Ignoran las repercusiones del tratamiento psiquiátrico y de sus instrumentos represivos (electroshock, contención, administración masiva de sedantes) sobre los suicidios cometidos en medios hospitalarios.

6. Realizan estudios en la comunidad concibiéndola de manera funcionalista, esto es, como una articulación del aparato institucional centralizado.

Muchos autores señalan que la organización totalitaria del manicomio y sus formas de manipulación represiva son las causantes principales de una vasta gama de actos autodestructivos: autismo, falta de comunicación con los demás, automutilaciones, vuelta de la agresividad hacia sí mismo y finalmente suicidio. El paciente pierde su contractualidad y su personalidad jurídica y social y se convierte en una "cosa", sometido a las reglas del establecimiento, nulificado como

14. Kosík, Karel, Dialéctica de lo concreto, Edit. Grijalvo, México, 1967.

ser autónomo y dueño de su subjetividad¹⁵.

Como último punto, podríamos mencionar que las investigaciones sobre la epidemiología del suicidio no pueden prescindir de un análisis de las relaciones institucionales vigentes en un sistema social dado. Estas relaciones definen ámbitos de conducta y de competencia basados en necesidades ajenas al hombre y funcionales a las exigencias de la producción y reproducción de mercancías.

El examen de la distribución social de un fenómeno -en este caso el suicidio-, no puede prescindir del análisis de esta dinámica, dado que las relaciones institucionales constituyen el marco normativo que regula los intercambios entre los individuos y sanciona las conductas que transgreden sus normas codificadas.

El suicidio no sería, por tanto, la consecuencia de una personalidad biológicamente perturbada, sino que constituye una respuesta extrema a los procesos de enajenación y mercantilización ampliamente difundidos en la esfera social.

Las investigaciones epidemiológicas tradicionales en el marco de la psiquiatría proponen, por lo tanto, una epidemiología centrada en la noción clásica de enfermedad mental; en esto consiste su límite. La única alternativa viable es proponer una epidemiología crítica de la práctica institucional que ponga de relieve su responsabilidad directa e indirecta en la génesis de las conductas autodestructivas.

15. Véase Goffman, E., Internados, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1970.

XII. ANALISIS CRITICO DEL ENFOQUE PSIQUIATRICO

XII ANALISIS CRITICO DEL ENFOQUE PSIQUIATRICO

Después de las proposiciones críticas que hemos venido realizando a lo largo del capítulo anterior, es menester sig tematizar algunos planteamientos y proponer algunas consideraciones críticas conclusivas acerca del enfoque psiquiátrico del suicidio.

En primer término, es oportuno recordar que el enfoque psiquiátrico del suicidio, así como de otras manifestaciones psicóticas, proceden de la concepción epistemológica que esta disciplina sustenta. El universo epistemológico de la psiquiatría suprime sistemáticamente la noción de sujeto, considerándola un límite para la investigación y la clasificación de los fenómenos. El "enfermo mental" es considerado como un objeto, como un conjunto de rasgos y síntomas clínicos. Al mismo tiempo, la epistemología psiquiátrica concibe a la enfermedad mental como lo opuesto a la normalidad, esto es, como la negación de las características que la integran. El concepto de normalidad, sin embargo, no se explicita ni se revisa críticamente.

El concepto de normalidad presenta connotaciones estadísticas y valorativas: se considera normal el comportamiento de la mayoría de los sujetos que se ajustan a las normas y a las pautas vigentes. La norma coincide con lo instituido. El criterio para definir a una persona como sana o enferma, estriba en la conformidad de ésta con respecto al papel que se le asignó.

Esta concepción es sumamente cuestionable puesto que reduce la enfermedad a sus determinantes biológicas -nunca -

comprobadas- y la conducta del paciente a la transgresión de las normas que rigen la interacción. Por otro lado, este es un límite común de las teorizaciones positivistas cuyo horizonte conceptual se limita a la descripción y a la sistematización de lo fenoménico.

Si se parte de que el suicida potencial es un enfermo mental y se considera que la enfermedad mental es la expresión de un desajuste con respecto a las normas biológicas y sociales, se deduce lógicamente que el suicida es un ser inadaptado, débil y enfermo. Las conductas autoagresivas, por lo tanto, se considerarían como un síntoma morboso, cuyo origen puede rastrearse en la historia personal y en la estructura biológica del sujeto.

Estos planteamientos desconocen constantemente la importancia de algunos factores que influyen sobre los comportamientos autodestructivos: la violencia social, su reproducción en ámbitos microsociales, la normatividad institucional, el conjunto de reglas formales e informales, la posición del sujeto con respecto a su grupo de referencia, etc. Dichos elementos constituyen el marco explicativo de los fenómenos suicidas.

La psiquiatría, ignorando estos factores, propone un enfoque y un tratamiento sumamente reduccionista, que encubre las estrategias de control ejercidas sobre el paciente. La función central de la psiquiatría en lo referente al tratamiento del suicidio consiste en medicalizar este problema, - restar autonomía al sujeto y considerar a los suicidas como débiles sociales que requieren la tutela institucional.

Estas consideraciones nos permiten mencionar otro aspecto de la crítica general. Las teorías psiquiátricas no son independientes de su práctica. Franco Basaglia¹ señaló que la psiquiatría nace como instrumento de legalización de la - institución manicomial. Es decir, las teorías de la enfermedad mental no son otra cosa que la justificación del tratamiento y de la práctica llevados a cabo en los manicomios y en los centros de salud mental. En este sentido, el aparato teórico de la psiquiatría configura un disfraz que encubre - sus finalidades concretas de exclusión y control.

Al psiquiatra, como agente social que recibe un mandato formal, no le interesa identificar la génesis del sufrimiento psíquico sino intervenir excluyendo al paciente en un espacio separado y reafirmando su expulsión de la sociedad civil.

Por último, cabe mencionar que las investigaciones epidemiológicas llevadas a cabo en la comunidad, ocupan un lugar importante dentro de las perspectivas actuales de la psiquiatría. Dichas investigaciones parten del presupuesto de que los enfermos y los suicidas potenciales recluidos en las instituciones conforman una pequeña parte del total de individuos enfermos. Por estas razones, dichos programas de investigación intentan detectar la presencia de los trastornos psíquicos en la comunidad. Con este fin, realizan entrevistas masivas con la población del área investigada con el objeto de identificar los "casos no declarados". Esta - -

1. Basaglia, Franco, La institución negada, op. cit.

expresión se refiere a las personas que sufren trastornos mentales pero que nunca han sido internadas.

Es evidente que estas investigaciones representan estrategias de psiquiatrización de la población. En lugar de analizar a la comunidad como el espacio en donde se reproducen los procesos económicos e ideológicos del Estado, dichos estudios intentan extender la penetración de la psiquiatría en los ámbitos sociales.

En este sentido, los estudios tendientes al análisis del suicidio en la comunidad conciben la prevención de este fenómeno como una intervención sobre los elementos desajustados del cuerpo social. Nunca la prevención se concibe como una labor de concientización y sensibilización comunitaria, sino como la normalización del sujeto.

La psiquiatría comunitaria, nacida para solucionar problemas sociales³ -conflictualidad social y racial-, reivindicaciones de los movimientos estudiantiles y obreros-, representa un intento de penetración de los aparatos del Estado en los ámbitos comunitarios. El enfoque del suicidio propuesto es congruente con este objetivo: la prevención del suicidio se sigue considerando como la prevención de la enfermedad y no como el cuestionamiento de la violencia social que orilla a muchos individuos hacia la autodestrucción.

3. Martini, Claudio, El fin del manicomio, op. cit., p. 36.

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

Como se ha analizado a lo largo de este trabajo, el sui cidio no ha sido abordado desde una sola perspectiva; por el contrario, este fenómeno ha atraído la atención de teóricos pertenecientes a distintas disciplinas: sociología, psicoaná lisis y psiquiatría.

Ahora bien, partiendo del hecho de que estas distintas explicaciones acerca del fenómeno de la autodestrucción provienen de diversas raíces filosóficas y epistemológicas, podemos plantearnos las siguientes preguntas: ¿es legítimo lle var a cabo un análisis integrativo de estos distintos enfo ques, o bien dichas corrientes configuran modelos explicati vos antitéticos e inconciliables?

Antes de responder estas preguntas, es preciso que consideremos otro problema que presenta un carácter más amplio y que ha constituido un nudo gordiano dentro de la psicolo gía social, esto es, habrá que clarificar la relación exis tente entre individuo y sociedad. Sólo después de haber des pejado esta incógnita, podremos volver a nuestro problema inicial: la posible integración de los enfoques sociológico, psicoanalítico y psiquiátrico acerca del suicidio.

La primera dificultad que se nos presenta es la de supe rar, a nivel lingüístico, la antinomia nominalista individuo sociedad. A este respecto, Ricardo Zúñiga¹, sociólogo de la Universidad Católica de Chile, propone la utilización del término individuo social. Este vocablo permite superar la -

1. Zúñiga, Ricardo, Documento de trabajo provisorio, Instituto de Sociología, Universidad Católica de Chile, Octubre - de 1972.

perspectiva que considera que individuo y sociedad son términos que se enfrentan como adversarios, que se excluyen mutuamente. Al plantear el problema del individuo social, lo que se busca es mostrar cómo tanto la individuación como la socialización son procesos que deben ser estudiados de forma relacional, dado que se presentan de forma complementaria y constituyen las polaridades vitales de un mismo proceso dialéctico.

Lo social no es un producto de los individuos sino, por el contrario, los individuos son un producto social. La individualidad, desde el punto de vista histórico-social, no constituye el punto de partida; es el fruto de una conquista del hombre en su proceso histórico-social. La individualidad y las modalidades de relación entre los individuos se hallan condicionadas histórica y socialmente. Ahora bien, las relaciones sociales que determinan los comportamientos individuales no existen como algo supraindividual; así como no podemos abstraer al individuo de la sociedad, tampoco puede abstraerse la sociedad -y, por tanto, las relaciones sociales- de los individuos.

Con esta primera visión de conjunto se plantea el problema epistemológico básico: la necesidad de comprender la realidad humana con una perspectiva que logre liberarse de la deformación de definir complementariedades sólo como oposiciones. Una relación implica la necesidad de una comprensión que respete el doble carácter de los entes o conceptos relacionales: su no identidad, y su existencia interdependiente. En el caso de la definición del individuo social, -

esta interdependencia conceptual y real es total: ni individuo ni sociedad tienen existencia real independiente.

Para poder dar cuenta cabal sobre el individuo social, es preciso partir de la complementariedad de las nociones -- de tipo individuo-psicológico y de tipo socializado-sociológico que, en tanto son desmitificados, más que polos de una contradicción, representan niveles de análisis organizables como entidades distinguibles, que forman parte de un mismo -- proceso dialéctico.

Por lo tanto, la comprensión de una misma realidad, en este caso del fenómeno del suicidio, permite y exige la coexistencia de niveles de análisis entre los cuales se cuentan las perspectivas psicológicas y sociológicas, así como las -- biológicas, las culturales y las económicas.

El entendimiento del fenómeno de la autodestrucción, -- por consiguiente, requiere del examen de dos niveles de análisis estrechamente vinculados entre sí: 1) el análisis psicológico en su doble vertiente del estudio de la personalidad del sujeto y la investigación de su dinámica motivacional y pulsional y 2) el análisis de los factores sociales y económicos que influyen sobre las conductas autodestructivas. Estos últimos --modos de producción, relaciones sociales de -- producción, niveles de integración social, niveles de organización social, ideología, papel de los medios masivos de información, función de las instituciones, etc.--, constituyen el marco explicativo de toda conducta humana.

El acercamiento psicológico y psicodinámico, por otro -- lado, constituye la esencia de la comprensión de los -- --

fenómenos suicidas puesto que, sin el entendimiento de las - motivaciones conscientes e inconscientes que orillan al individuo a la autodestrucción, toda explicación queda mutilada.

Por estas razones, los dos niveles de análisis precisan una integración que permita reconstruir el itinerario psicológico y social que lleva, desde la posición social del sujeto, a la consumación de este acto específico.

Estas consideraciones justifican la organización que decidí otorgar a mi trabajo: elaborar un estudio que considera ra las explicaciones sociales, psicológicas y psiquiátricas del suicidio para lograr una comparación integrativa.

Estamos, por lo tanto, en condición de responder a las preguntas precedentemente formuladas mediante un trabajo de sistematización de categorías y conceptos teóricos.

Dado que la explicación sociológica constituye el punto de partida para la comprensión de los actos suicidas, comenzaremos analizando las dos posiciones sociológicas consideradas en este trabajo: la posición durkheimiana y la perspectiva propuesta por Adam Schaff.

Como antes se subrayó, el concepto central que utiliza Durkheim para dar cuenta de las muertes voluntarias es el de integración social. Define Durkheim este concepto como cierto número de creencias y de prácticas comunes tradicionales y obligatorias. Según el autor, mientras más numerosos y - fuertes son estos estados colectivos, más fuertemente integrada está la sociedad y mayor virtud preservativa tiene.

Antes de analizar el potencial explicativo de esta posición, es conveniente indagar la posible existencia de una -

relación entre los planteamientos durkheimianos y aquéllos - propuestos por Schaff. Como se recordará, el concepto central utilizado por este autor es el alienación. Es importante tener presente que, dado que Schaff no realiza investigaciones específicas acerca del suicidio, se consideró que sus tesis centrales funcionarían como un marco explicativo de los - actos autodestructivos. Se estimó que el concepto de alienación subjetiva -producto de la alienación objetiva-, podría prestar grandes servicios para la comprensión de los actos - suicidas.

Ahora bien, ¿es posible encontrar algún punto de contacto entre la posición durkheimiana y aquélla propuesta por - Schaff? Sí, ciertamente. Si partimos de que la superación de los procesos alienantes presentes tanto en el capitalismo como en el socialismo -procesos alienantes que difieren cualitativamente en ambos sistemas sociales-, requiere, como - condición preliminar, la toma de conciencia de parte de la - clase trabajadora de su realidad social y su integración alrededor de un proyecto común, quedará de manifiesto que - Schaff, al igual que Durkheim, concede a la noción de integración un papel preponderante.

A este respecto, el autor marxista plantea lo siguiente:

Los hombres son capaces de despliegues de fuerza increíbles cuando comprenden el objetivo y lo - aprueban; sirvan como ejemplo los llamados "periodos de salto adelante" revolucionarios o nacionales, en los cuales las masas, hambrientas y aterridas, soportan los mayores sacrificios; estas fuerzas decrecen o se hunden incluso hasta el punto ce ro del llamado vacío existencial, cuando la - - -

situación se hace poco clara e incomprensible, cuando la gente ya no alcanza a comprender qué significa todo esto y para qué².

Se comprende claramente, entonces, que la alienación - proceso que genera infinidad de problemas entre los que se cuenta el suicidio-, sólo se puede suprimir a partir de la integración de la clase revolucionaria en torno a un objetivo común.

Por tanto, la diferencia de Schaff con respecto a Durkheim no estriba en la noción de integración social, sino en las características que ésta debe adquirir. Mientras que para Durkheim la integración social es sinónimo de adaptación a lo instituido y a los sistemas de gobierno establecidos, para Schaff este proceso configura un instrumento de organización del proletariado tendiente a suprimir las relaciones sociales mercantiles y reificantes propias del sistema capitalista.

Este análisis no quiere establecer correspondencias mecánicas entre la sociología durkheimiana y la marxista; su propósito radica en la definición de un marco común que abarque ambas corrientes. Dicho marco parte de la consideración de que el suicidio y los fenómenos que lo pueden generar son fenómenos regidos por leyes colectivas que trascienden la voluntad individual.

Quedan patentes, sin embargo, las diferencias entre los dos autores a nivel de las teorías sociales sustentadas y en lo referente a la concepción de las instituciones y del sistema político.

2. Schaff, A., La alienación como fenómeno social, op. cit. p. 270.

Ahora bien, la tesis central de Durkheim ha sido confirmada en numerosos estudios. María Luisa Rodríguez-Sala de Gómezgil³, autora de una de las pocas investigaciones realizadas en la República Mexicana, ha comprobado que existe una correlación positiva entre la desintegración social y la tasa de suicidios.

Según su estudio, se registraron altas tasas de suicidios frustrados en la Ciudad de México en la década de 1940 a 1950, década en la que tuvo lugar un proceso de acelerada urbanización. Es importante tener presente que esta vertiginosa urbanización produjo, a la par de un desarrollo económico, un conjunto de efectos colaterales problematizantes: inmigración masiva —que se traduce en una demanda inmediata no satisfecha de todo tipo de servicios—, creación de cinturones de miseria y graves problemas de adaptación y ajuste a una nueva realidad.

Esta autora ha comprobado, asimismo, que tanto en el D.F. como en el resto del país, son las personas que han roto el vínculo matrimonial (por divorcio o viudez) y que viven un estado de anomia, las más propensas al suicidio.

Ahora bien, si la comparación de los dos distintos enfoques sociológicos revisados plantea problemas teóricos relevantes, la comparación entre éstos y las teorías psicoanalíticas del suicidio resulta aún más problemático. Esto obedece a los factores siguientes: el psicoanálisis propone un distinto nivel de análisis e investigación centrado en el individuo y en sus dinámicas microsociales; la perspectiva

3. Rodríguez-Sala de Gómezgil, María Luisa, Suicidios y suicidas en la sociedad mexicana, op. cit.

psicoanalítica hace énfasis en la dinámica de las pulsiones, en las instancias tripartitas de la personalidad y en las relaciones objetales del sujeto. ¿Cómo articular, entonces, - la perspectiva sociológica con la psicoanalítica?

Como se mencionó con anterioridad, uno de los conceptos centrales propuestos por el psicoanálisis para explicar los fenómenos ligados con la autodestrucción, es la vuelta de la agresión hacia el propio yo. Dicha agresividad está fuertemente vinculada con el debilitamiento de los lazos afectivos que unen al sujeto a su núcleo familiar o a su país de origen, como lo señalan Garma⁴ y Yampey⁵ respectivamente.

Garma afirma que el establecimiento de lazos eróticos - neutraliza las tendencias agresivas, es decir, que las tendencias al suicidio disminuyen cuando el individuo se entrega a obras sociales o familiares relevantes. Por otro lado, Yampey plantea que la separación de la "madre tierra" provoca múltiples trastornos: pérdida de identidad individual y - cultural, difícil adaptación a nuevas normas y patrones, elaboración de un duelo provocado por la separación de la patria, etc. Estos factores inducen a muchos inmigrantes a dirigir la agresividad y la frustración derivante de las complejas situaciones externas hacia sí mismos, cometiendo así múltiples actos autoagresivos que incluyen el suicidio.

Ahora bien, estos conceptos acerca de la autoagresividad están ligados con el concepto de integración antes mencionado. El sujeto integrado de forma equilibrada a su

4. Garma, A., "Los suicidios", op. cit.

5. Yampey, N., op. cit.

familia; el trabajador que no experimenta la separación de su lugar de residencia y de sus núcleos relacionales, presenta menos probabilidades de suicidarse.

El concepto de integración que maneja implícitamente el psicoanálisis hace referencia a una integración de naturaleza libidinal, esto es, la integración se concibe como una interacción equilibrada de cargas y contracargas afectivas. Si la distribución de las catexias es acorde con las necesidades afectivas del sujeto, de sus relaciones tempranas y de su desarrollo genético e histórico, disminuyen considerablemente los riesgos de suicidio.

Esta noción reviste una gran importancia porque marca, al mismo tiempo, la continuidad y la ruptura con respecto al enfoque sociológico. El enfoque psicoanalítico otorga a la noción de integración características libidinales que no se asimilan mecánicamente a la integración social del sujeto pero que tampoco se contraponen radicalmente. El equilibrio afectivo necesario para llevar una vida equilibrada vendría a ser el equilibrio psicológico y dinámico, dentro de un contexto distinto de la noción de integración social.

Estas consideraciones intentan delimitar un ámbito comparativo entre enfoques distintos; sin embargo, cabe mencionar también un elemento de ruptura: la concepción psicoanalítica del instinto de muerte como la causante del suicidio. Esta última proposición arranca desde una explicación orgánica y biológica. Lo social queda oculto detrás de las manifestaciones de un instinto constitutivo del ser humano y presente de forma ineluctable desde su nacimiento.

Dicha ruptura no consiste en la explicación biológica - en sí, puesto que todo enfoque dialéctico debe tomar en cuenta necesariamente las recíprocas implicaciones existentes entre el campo biológico y el campo social. La diferencia radical que introduce el concepto de instinto de muerte radica en la postulación de éste como un elemento a priori, cifrado en el patrimonio biológico del sujeto y de su "destino" y - desligado de las condiciones psicológicas y sociales de la existencia humana.

Ubicado en un terreno predominantemente biológico, el - suicidio pierde sus características psicosociales y se reduce a un conflicto pulsional en donde predomina el retorno a lo inorgánico.

Las explicaciones biologistas alcanzan su culminación en el enfoque psiquiátrico, que establece una correspondencia entre el suicidio y la codificación nosográfica de la enfermedad mental. El universo teórico de la psiquiatría académica concibe el suicidio como un acto psicótico; la psicosis se considera la causa del suicidio, que se reduce a un modo de expresión extremo de la enfermedad.

Es tan estrecha la identificación entre suicidio y enfermedad mental, que los autores no se preguntan cuál es la etiología última del suicidio, sino que se dedican, pretendidamente, a la prevención comunitaria y hospitalaria del mismo. El campo social permanece, por lo tanto, separado del análisis clínico y diagnóstico del fenómeno.

La integración que proponen los autores que se adhieren al enfoque psiquiátrico, se limita a algunas sugerencias profilácticas como la incorporación del sujeto a la familia y -

a las formas de asistencia brindadas por el medio hospitalario; esta perspectiva carece, sin embargo, de una noción más amplia de integración social. Esto es comprensible si consideramos que la psiquiatría no es otra cosa que una de las - agencias de control actuantes en un sistema social determinado y, por lo tanto, no le corresponde analizar globalmente - las condiciones que producen el sufrimiento y la autodestrucción.

Ahora bien, a pesar de las limitaciones que presentan - los estudios epidemiológicos y que fueron precedentemente señaladas, es preciso considerar que la comprensión cabal del fenómeno del suicidio requiere de investigaciones de esta naturaleza. Es importante, sin embargo, señalar que estos estudios necesitan de un acercamiento teórico distinto que conceptualice críticamente los fenómenos sociales involucrados en la dinámica del suicidio y los procesos psicológicos subyacentes en este fenómeno. La epidemiología del suicidio, - por tanto, cobra una notable importancia siempre y cuando esté enmarcada dentro de una teoría crítica del hombre y de la sociedad.

Sintetizando, podemos afirmar que el análisis comparativo de los enfoques sociológico, psicoanalítico y psiquiátrico revela líneas de convergencia y de divergencia. Si orientamos las posiciones revisadas en función de la primacía - otorgada a los factores sociales, psicológicos y biológicos, obtendremos el siguiente diagrama:

Factores
sociales

Sociología Durkheimiana. (Positivismo normativo e institucional).

Sociología marxista. (Materialismo dialéctico. Lo social como relaciones económicas, políticas e institucionales antagónicas).

Factores
psicológicos

Teoría psicoanalítica. Vuelta de la agresividad hacia el propio yo.

Factores
biológicos

Teoría psicoanalítica. Instinto de muerte.

Enfoque psiquiátrico.

Resulta evidente que el enfoque sociológico se despliega casi enteramente en el campo social; el enfoque psicoanalítico configura la teoría psicológica más acabada y que el enfoque psiquiátrico y la postura del instinto de muerte se ubican, con distintos matices, dentro de las explicaciones biologistas.

Es imprescindible lograr una integración entre los tres tipos de factores no únicamente en la teoría, sino también en la acción profiláctica, terapéutica y comunitaria.

Si organizamos, entonces, las distintas posiciones en función del papel otorgado a la función de integración, obtendremos el siguiente esquema:

Enfoque
sociológico

Sociología durkheimiana. (Integración como adhesión del individuo a los rituales, normas y valores vigentes - sin cuestionar el sistema en el que está inserto).

Sociología marxista. (Integración como instrumento de organización y lucha para lograr una sociedad sin clases. Integración como estrategia de superación del capitalismo y de la alienación que éste conlleva).

Enfoque
psicoanalítico

Teoría de la vuelta de la agresividad hacia sí mismo. (Integración como el equilibrio libidinal a nivel individual y familiar. Integración como - relación afectiva-equilibrada entre el individuo y su medio.

Teoría del instinto de muerte. Concepción de un masoquismo primario. - Integración como - proceso pulsional en el cual Eros domina a Thanatos.

Enfoque
psiquiátrico

Integración como sinónimo de normatización. Integración como incorporación del sujeto a las pautas sociales y de salud vigentes.

Los esquemas propuestos sirven únicamente para sistematizar las consideraciones que he venido desarrollando a lo largo de este trabajo. Los enfoques propuestos son, indiscutiblemente, más complejos y matizados.

Se impone, sin embargo, una consideración final: el suicidio cobra cada vez mayor importancia en función de los fenómenos sociales y psicológicos de las sociedades modernas. Es indispensable encarar la magnitud de este fenómeno mediante estudios integrados que sepan conciliar la perspectiva -

macrosocial con la microsocial y, al mismo tiempo, fomentar una prevención real de este fenómeno mediante estudios epidemiológicos y trabajo de comunidad.

Nuestro país vive un alarmante retraso tanto en el aspecto teórico como en el aspecto preventivo. Unicamente la sincronización de esfuerzos de varias dependencias podrá producir trabajos valiosos que disminuyan la incidencia de este fenómeno en el país. Espero que este trabajo haya cumplido su función de tratar un tema poco estudiado y pueda sensibilizar, aunque sea mínimamente, a la comunidad acerca de esta problemática.

El suicidio constituye hoy en día uno de los fenómenos sociales más alarmantes: tomar conciencia de esto es un primer paso adelante.

BIBLIOGRAFIA

- Abadi, Garma, et. al., La fascinación de la muerte, Edit. - Paidós, Buenos Aires, 1973.
- Adorno, T.W., La personalidad autoritaria, Buenos Aires, Proyección, 1965.
- Assoun, Paul-Laurent, Introducción a la epistemología freudiana, Siglo XXI Editores, México, 1982.
- Balcárcel, Bunge, et. al., La filosofía y las ciencias sociales, Edit. Grijalvo, 1976.
- Basaglia, Cooper, et. al., Antipsiquiatría y política, Edit. Extemporáneos, México, 1980.
- Basaglia, Franco, et. al., La institución negada, Barral Editores, Barcelona, 1979.
- Bleuler, Eugen, Demencia precoz: el grupo de las esquizofrenias, Edit. Hormé, Buenos Aires.
- Boccanera, Jorge, El poeta y la muerte, Editores Mexicanos Unidos, México, 1981.
- Camus, Albert, El mito de Sísifo, Alianza Editorial, Madrid 1983.
- Caruso, Igor, Aspectos sociales del psicoanálisis, Premia Editora, México, 1979.
- Castel, R., El psicoanalismo, el orden psicoanalítico y el poder, Siglo XXI, México, 1980.
- Cooper, D., La gramática de la vida, Edit. Ariel, Barcelona, 1978.
- Cooper, D., Psiquiatría y antipsiquiatría, Edit. Paidós, - Buenos Aires.
- Díaz Polanco, Héctor, Contribución a la crítica del funcionalismo, Manuscrito de un seminario de El Colegio de México

Durkheim, E., Las reglas del método sociológico, Ediciones -
Quinto Sol, México.

Durkheim, E., El suicidio, UNAM, México, 1983.

Farberow y Schneidman, ¡Necesito ayuda! Estudio sobre el -
suicidio y su prevención, La Prensa Médica Mexicana, Méxi-
co; 1969.

Paris, R.E.L. y Dunhan, H.W., Mental Disorders in Urban -
Areas: an Ecological Study of Schizophrenia and other Psy-
chosis, University of Chicago Press, 1932.

Foucault, Michel, Historia de la locura en el periodo clási-
co, F.C.E., México, 1967.

Frankl, V., Psicoterapia y humanismo, F.C.E., México, 1984.

Freud, S., "Contribuciones al simposio sobre el suicidio" en:
Obras completas, Vol. II, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.

Freud, S., "Duelo y melancolía" en: Obras completas, Vol. II.

Freud, S., "El problema económico del narcisismo" en: Obras
Completas, Vol. III.

Freud, S., "El yo y el ello" en: Obras completas, Vol. III.

Freud, S., "Introducción al narcisismo" en: Obras completas
Vol. II.

Freud, S., "Más allá del principio del placer" en: Obras com-
pletas, Vol. III.

Freud, S., "Múltiple interés del psicoanálisis" en: Obras -
completas, Vol. III.

Freud, Fromm, et. al., Ciencia y teoría en psicoanálisis, -
Amorrortu Editores, Argentina, 1965.

Fromm, E., Grandeza y limitaciones del pensamiento de Freud,
Siglo XXI, México, 1979.

- Fromm, E., Psicoanálisis de la sociedad contemporánea, F.C.E. México, 1982.
- Fromm, E., Sociopsicoanálisis del campesino mexicano, F.C.E. México, 1973.
- Goffman, E., Internados, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1970.
- Goldman, L., Las ciencias humanas y la filosofía, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1972.
- Gómezjara, F., Alternativas a la psiquiatría, Ediciones Nueva Sociología, México, 1982.
- Gómezjara, F., Técnicas de desarrollo comunitario, Ediciones Nueva Sociología, México, 1977.
- Gorostiza, José, Muerte sin fin, Lecturas Mexicanas, F.C.E., México, 1964.
- Grinberg, L., Culpa y depresión, Alianza Editorial, Madrid, 1983.
- Guattari, F., Loureau, R., et. al., La intervención institucional, Folios Ediciones, México, 1981.
- Halbwachs, Maurice, Les causes du suicide, L'Année Sociologique, Paris, 1930.
- Hiebsch, Introducción a la psicología social marxista, Universidad de la Habana, Facultad de Psicología.
- Hiebsch, H., Problemática científica de la psicología actual, Edit. Orbelus, México.
- Hollingshead y Redlick, F.C., Classi sociali e malattie mentali, Einaudi, Turín, 1965.
- Horney, Karen, El nuevo psicoanálisis, F.C.E., México, 1974.
- Kosík, Karel, Dialéctica de lo concreto, Edit. Grijalvo, México, 1967.

- Kraepelin, E., Dementia Praecox and Paraphrenia, Robert E., - Krieger, Huntington, New York.
- Lapassade y Loureau, Claves de la sociología, Edit. Laia, - Barcelona, 1981.
- Laplanche y Pontalis, Diccionario de psicoanálisis, Edit. La bor, Barcelona, 1973.
- Lara Tapia, H., "El suicidio en México. Epidemiología, clínica y sociología", Consejo Nacional para la Enseñanza e Investigación en Psicología en México, Vol. X, No. 1, Junio, 1984.
- Markus, G., Marxismo y antropología, Edit. Grijalvo, México.
- Martini, Claudio, El fin del manicomio, Ediciones Nueva Sociología, México, 1983.
- Martini, Claudio, et. al., Medicina para quién, 2ª edición, - Editorial Nueva Sociología.
- Marx y Engels, Obras escogidas, Edit. Progreso, Moscú, 1970.
- Pariguin, Psicología social, Edit. Pueblos Unidos, México.
- Pitch, T., Teoría de la desviación social, Edit. Nueva Imagen, México, 1978.
- Pöldinger, W., La tendencia al suicidio, Ediciones Morata, - Madrid, 1969.
- Robert, Marthe, La revolución psicoanalítica, F.C.E., México 1978.
- Rodríguez-Sala de Gómezgil, Ma. Luisa, Suicidios y suicidas en la sociedad mexicana, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1974.
- Rojas, Enrique, Estudios sobre el suicidio, Salvat Editores, Barcelona, 1978.

Rozitchner, L., Freud y los límites del individualismo burgués, Siglo XXI Editores, México, 1979.

Schaff, A., La alienación como fenómeno social, Edit. Grijalvo, México, 1979.

Schaff, A., Historia y verdad, Edit. Grijalvo, México, 1974.

Schaff, A., La concepción marxista del individuo, Edit. Akal, México.

Stengel, E., Psicología del suicidio y los intentos de suicidio, Ediciones Hormé, Buenos Aires, 1973.

Velazco Ibarra, S., Metapsicología del suicidio, Tesis presentada en la Facultad de Psicología, UNAM, 1965.

Zúñiga, Ricardo, Documento de trabajo provisorio, Instituto de Sociología, Universidad Católica de Chile, 1972.